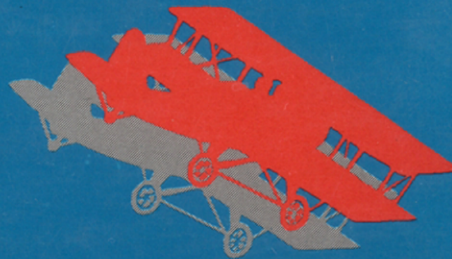


**PARTIDO SOCIALISTA DE CHILE**

# Cuadernos de El avión rojo

---

**Número 1 Año 1 septiembre 1994**



# CUADERNOS DE EL AVION ROJO

SEPTIEMBRE 1994



### **Cuadernos de «El avión rojo»**

- Representante legal:** Camilo Escalona
- Director:** Marcelo Schilling
- Comité Editor:** Clodomiro Almeyda, Osvaldo Andrade, Enrique Correa, Alvaro Díaz, Gonzalo D. Martner, Roberto Moreno, Adriana Muñoz, Augusto Samaniego, Adonis Sepúlveda, Juan Gabriel Valdés.
- Consejo Editorial:** Carlos Altamirano, Luis Alvarado, Raúl Ampuero, Armando Arancibia, Jorge Arrate, Manuel Barrera, Mauricio Bugueño, Fernando Bustamante, Carolina Carrera, Edgardo Condeza, Germán Correa, Antonio Cortés, Carlos Cruz, Raúl Díaz, Francisco Encina, Jaime Estévez, Pío García, Manuel Antonio Garretón, Oscar Guillermo Garretón, Jaime Gazmuri, Helia Henríquez, Eugenia Holo, Oscar Landerretche, Juan Pablo Letelier, Luis Maira, Carlos Montes, Carlos Moya, Ricardo Núñez, Carlos Ominami, Pamela Pereira, Jaime Pérez de Arce, Patricio Quiroga, Francisco Rivas, Juan Ruz, Julio Sau, Luciano Valle, Humberto Vega, Hernán Vodanovic'.
- Editor:** Rafael Ruiz Mascatelli
- Secretarias:** Claudia Hernández, Ana Lagos
- Diagramación y Diseño:** Franklin Trancoso Muñoz
- Oficinas:** Concha y Toro 36, Santiago. Teléfono: 696 65 96
- Impreso en: Ediciones LOM, Maturana 9, Santiago

# SUMARIO

## PRESENTACION

5

## CONTINUIDAD Y CAMBIO

Raúl Ampuero

7

## NUEVA EPOCA Y PROYECTO SOCIALISTA

Carlos Altamirano

13

## LOS SOCIALISTAS Y EL FIN DEL SIGLO: La recuperación de la capacidad crítica

Juan Gabriel Valdés

23

## NUESTRAS SEÑAS DE IDENTIDAD

Enrique Correa

33

## CRISIS DE LA IZQUIERDA: UN DESAFIO PARA LOS SOCIALISTAS

Clodomiro Almeyda

39

## REFLEXIONES SOBRE Y PARA EL SOCIALISMO CONTEMPORANEO

Antonio Cortés

51

## ¿HACIA DONDE VA EL SOCIALISMO?

Oscar Guillermo Garretón

59

## CUATRO AFIRMACIONES SOBRE TECNOLOGIA, DEMOCRACIA Y SOCIALISMO

Juan Ruz

67

## DECLARACION DE PRINCIPIOS EN LA INSCRIPCION LEGAL DEL PARTIDO SOCIALISTA (1990)

73

## PRESENTACION

**Cuadernos de «El avión rojo»** sale con el propósito de llenar un vacío en el debate y la reflexión de los socialistas acerca del mundo, de América Latina y de nuestro país.

En lo inmediato, se propone servir de vehículo a la expresión de planteamientos orientados a contribuir a la definición del Proyecto Socialista y, de ese modo, aportar a la animación y organización de la próxima Conferencia del Partido Socialista sobre el tema.

Sin embargo, **Cuadernos de «El avión rojo»** busca trascender dicho evento para ayudar a reponer una práctica de elaboración y contrastación de ideas, necesaria e imprescindible a todo partido político cuyo objetivo estratégico es el cambio social. En efecto, tal esfuerzo precisa del conocimiento de la realidad tal cual es, sin ideologismos, para a partir del mismo impulsar su transformación, en el sentido del imperio natural en la sociedad de valores como la solidaridad y la fraternidad, y del predominio estructural

de la democracia, la libertad y la justicia social como prácticas políticas y sociales cotidianas.

Por otra parte, esta publicación busca ser un espacio más de encuentro y participación de los socialistas, en la intención de fortalecer su vida partidaria, su acción colectiva, su formación política y su organización. También se postula el objetivo de estimular un debate articulado y acumulativo, que supere la especie de «diálogo de sordos» hoy imperante entre teóricos, intelectuales, profesionales y militantes socialistas, cuya creación es desconocida por sus pares y sin referencia a un eje ordenador que permita la emergencia del Partido como un intelectual colectivo.

Los artículos contenidos en este número, en general centran su atención en caracterizar globalmente la época actual, el capitalismo de hoy día, las tendencias de desarrollo que de él emanan, sus contradicciones y posibles líneas de definición del ser y del quehacer socialista contemporáneos.

Además, tienen en común la perplejidad y el asombro frente a los logros del capitalismo en el desarrollo de las fuerzas productivas, con el consiguiente cambio social, cultural y valórico, que hacen pensar en la emergencia de una nueva civilización, una nueva época de la humanidad. Asimismo, aunque la expansión y fortaleza del capitalismo llaman a maravillarse, todos los autores expresan su inconformidad y rebeldía respecto al mismo, en la medida que es intrínsecamente portador de consecuencias negativas para el hombre y su liberación integral.

Por último, casi todos los artículos están con referencias a la significación que está llamado a tener el planteamiento resultante de nuestra Conferencia de Proyecto. En la Comisión Nacional de

Proyecto Socialista hay coincidencia en estimar que, a ese respecto, el producto de la Conferencia debiera ser similar al planteamiento logrado en la Fundamentación Teórica del Programa de 1947, tanto por su profundidad cuanto por su trascendencia histórica.

Estos artículos no reemplazan, sino que complementan los documentos básicos de la Conferencia de Proyecto Socialista acordados en el Congreso de La Serena y, además de su contenido, tienen el mérito de ser asumidos con responsabilidad y honestidad intelectual por quienes los suscriben. Es, sin duda, un ejemplo a seguir en el debate que se avecina, pues ello contribuirá al éxito de los trabajos de la Conferencia.

Marcelo Schilling

# CONTINUIDAD Y CAMBIO

Notas sobre el Programa del Partido Socialista de 1947

RAUL AMPUERO

Habían pasado catorce años desde su fundación cuando el Partido Socialista realizó su primera Conferencia de Programa. Durante todo ese tiempo no se disponía de otros documentos ideológicos que la Declaración de Principios de 1933 y, en un plano más primario, el Programa de Acción Inmediata del mismo año. Entre esas fechas habían variado profundamente las circunstancias en Chile y en el Mundo:

- Había quedado atrás la Gran Depresión del 29 y comienzos de la década del treinta y sus ruinosos efectos en la economía chilena, particularmente en la industria salitrera;

-Bajo las banderas del Frente Popular y de la unidad de la izquierda, la vieja oligarquía había sido desplazada del poder, parcialmente al menos;

- Habíamos seguido con apasionado interés la guerra civil española y su dramático desenlace: la caída de la República y la instalación de un régimen fascista que se agregaba a las dictaduras de Italia y Alemania;

- De la segunda guerra mundial había surgido una institución planetaria -la ONU- como corolario del triunfo militar de las potencias occidentales y la Unión Soviética sobre el Eje. Se redibujaba el mapa político de Europa y comenzaba el proceso de descolonización en el Tercer Mundo;

- Stalin, en la Unión Soviética, había liquidado a la vieja guardia bolchevique, consolidando así su poder personal y consagrando una versión dogmática

del marxismo: el «marxismo-leninismo», como doctrina oficial de la tercera internacional y de los partidos comunistas a ella afiliados.

En suma, una serie impresionante de acontecimientos exigía reformular los postulados originales del Partido a la luz de la historia reciente. Con tal propósito, la nueva dirección del PS elegida en el XI Congreso General (octubre de 1946) resolvió convocar una Conferencia Nacional de Programa en el curso del año siguiente. La Comisión encargada de elaborar la ponencia inicial contó con la participación de un gran número de compañeros y, luego de aprobado su texto en la Conferencia, fue sometida a

la sanción final del XII Congreso General.

El Programa del 47 está dividido en dos secciones: una primera parte teórica, de fundamentación ideológica, y una segunda donde se diseñan los planes sectoriales. Mientras en esta última fue indispensable y valiosa la colaboración de numerosos especialistas y profesionales de cada ramo, la introducción teórica fue prácticamente redactada por el recordado compañero Eugenio González quien, con este escrito, nos dejó una herencia intelectual de

valor singular. Este documento enunció los principios que sirvieron de plataforma y orientación al Partido en los veinte años siguientes.

La escueta referencia al marxismo como método de interpretación de la realidad, formulada en la primitiva Declaración de Principios, resulta demasiado esquemática, insuficiente para situar

**Stalin, en la Unión Soviética, había liquidado a la vieja guardia bolchevique, consolidando así su poder personal y consagrando una versión dogmática del marxismo: el «marxismo-leninismo».**

ideológicamente al Partido, pero adquiere consistencia en los años que siguen, a través de un persistente y severo enjuiciamiento crítico de las experiencias y actitudes comunistas, dentro y fuera de la Unión Soviética, que el nuevo programa recoge. Con relación a este punto, se lee: «la política inicial de socialización del poder económico se fue convirtiendo en una mera estatización que condujo progresivamente a un régimen de «capitalismo de Estado», dirigido por una burocracia que ejerce el poder en forma despótica, sometiendo a una verdadera servidumbre a la clase trabajadora». Así «los auténticos fines del socialismo (...) se han ido desvirtuando cada vez más en función de una política de Estado que no tiene en cuenta los intereses de los trabajadores».

El rechazo del modelo comunista se extiende tanto a la concepción del Estado como simple instrumento del partido, como a la política exterior de Moscú. En este campo, el Programa señala una línea que inspirará más adelante la firme condena de las intervenciones soviéticas en Hungría (1956), Checoslovaquia (1968) y Afganistán (1979). Con ocasión de la ruptura soviética con Yugoslavia (1948) el Partido no se limitó a solidarizar con la posición de independencia del país ofendido, sino que acogió con esperanza las nuevas orientaciones contenidas en la política de Belgrado. Tanto el sistema de la autogestión como las iniciativas del no alineamiento calzaban con los conceptos de democracia económica y autodeterminación de los pueblos consagrados en el Programa que comentamos.

El postulado de la autonomía en sus diversas dimensiones anima todo el documento, sea como premisa de las relaciones interestatales o como condición en los compromisos con otras colectividades

políticas dentro y fuera de Chile. En su ejercicio, el Partido solidarizó con la Revolución Boliviana (1952), con la insurrección promovida en Cuba por el Movimiento 26 de Julio (1959), con la lucha independentista argelina (1962), en momentos en que otros partidos políticos de izquierda les regateaban su apoyo. El mismo principio nos permitió condenar la agresión franco-británica contra Egipto (1956), con motivo de la nacionalización del Canal de Suez, pese a que en aquella época el jefe del Gobierno en París era Guy Mollet, dirigente de primer plano en el Partido Socialista francés y en la Internacional Socialista.

En realidad, el rigor autonomista del Partido está estrechamente asociado a una vigorosa revalorización de la democracia. Si en 1933 había tenido ciertos fundamentos la incorporación del concepto de la «dictadura de los trabajadores» en la Declaración de Principios, en 1947 la gravitación objetiva de esas circunstancias había desaparecido: la Milicia Republicana -como guardián del viejo orden oligárquico- estaba disuelta; durante diez años el poder Ejecutivo se había movido en un espacio de izquierda moderada, con la presencia -en algunos períodos- tanto de ministros socialistas como co-

**«La política inicial de socialización del poder económico se fue convirtiendo en una mera estatización que condujo progresivamente a un régimen de «capitalismo de Estado», dirigido por una burocracia que ejerce el poder en forma despótica, sometiendo a una verdadera servidumbre a la clase trabajadora».**

munistas y, por último, el desenlace de la guerra mundial había rehabilitado el valor sustancial de la democracia en el mundo, luego de experimentar en toda su barbarie el totalitarismo fascista. Sin consignarlo en forma expresa, el Programa diseña un proyecto político que será conocido en los años siguientes con la denominación de República Democrática de Trabajadores. Dos elementos principales sirven de soporte a ese enunciado: uno es la reducción del papel del Estado en el proceso de



socialización de los medios de producción, y el otro la reivindicación humanista del trabajo, como factor económico y como supremo valor social.

Diversos pasajes evidencian esta convicción: «la tarea fundamental de nuestra época -dice- consiste en organizar racionalmente las fuerzas productoras para hacerlas servir a los intereses del hombre y de su vida».

«El sacrificio de las libertades en un régimen colectivista conduce inevitablemente a inéditas formas sociales de carácter clasista y antidemocrático, del todo ajenas al sentido humanista y libertario del socialismo».

«El socialismo -señala- lucha fundamentalmente por el establecimiento de un nuevo régimen de vida y trabajo en el que se den las mayores posibilidades de expansión de la persona humana» -y agrega- «pero en ningún caso acepta la estatización burocrática del poder económico, porque ello conduce inevitablemente a la esclavitud política de la clase trabajadora».

Tal vez la concepción de una planificación integral y centralizada del proceso productivo sea la más discutible de las ideas inspiradoras del Programa, aún cuando diversos pasajes la condicionan muy estrictamente, dejando importante espacio a la economía de mercado. El sistema implantado en la Unión Soviética vino a demostrar que la planificación total es virtualmente impracticable y sobre todo estimula la transformación del personal que la maneja en una «nueva clase social», por la magnitud de sus ingresos en dinero y en servicios. Independientemente del carácter teóricamente «estatal» o «social» de la propiedad sobre los medios de producción, es la tecnocracia la que maneja el aparato productivo, asumiendo simultáneamente una situación dominante en la conducción política.

Nuestra idea de la democracia como una radical socialización del poder en todas sus formas, como sustancial extensión del campo de decisiones del pueblo y del autogobierno, superando los privilegios de clase, ha estado siempre implícita en la mentalidad del Partido y desmiente los injustificados reproches de quienes nos atribuyen una pretérita insensibilidad hacia los valores democráticos tradicionales. A nuestro juicio, si tratamos de encontrar una clave objetiva para juzgar el nivel de democratización de una comunidad en determinada fase histórica, podríamos encontrarla verificando el grado en que el sistema contribuye a emancipar las fuerzas del trabajo. Frente a quienes aceptan la democracia

exclusivamente como un sistema destinado a perpetuar el capitalismo, nosotros la concebimos siempre como un ordenamiento institucional que debería garantizar el advenimiento pacífico de los cambios requeridos por la evolución de la sociedad.

Es importante subrayar el carácter anticapitalista de todo el documento, porque es él un elemento esencial en todo socialismo verdadero. La magnitud de la planificación, la extensión del

mercado, las diversas formas de propiedad, el grado de participación del Estado, todos esos factores, en mayor o menor medida, pueden ser empleados como instrumentos en la conducción económica de una comunidad con un criterio pragmático, para enfrentar sus peculiares problemas independientemente de su estructura socialista o capitalista. Teóricamente la misma economía de mercado, en sus versiones menos dogmáticas, podría compatibilizarse con un régimen socialista de autogestión, donde la empresa privada estuviese sustituida por las empresas autoadministradas por sus trabajadores.

La visión marxista de los fenómenos políticos

**El sistema implantado en la Unión Soviética vino a demostrar que la planificación integral es virtualmente impracticable y sobre todo estimula la transformación del personal que la maneja en una «nueva clase social».**

que acusa en la dinámica de la historia una presencia determinante de los antagonismos de clase es otro postulado que hoy se niega o se oculta en nombre de una solidaridad social puramente retórica. En el Programa del 47 esa perspectiva ilumina sus párrafos más elocuentes.

Como el anterior, el programa en elaboración deberá responder a un período de cambios inusitados en la esfera internacional, que coincide con el restablecimiento de la democracia chilena después de largos y penosos años de dictadura. El colapso de las estructuras estatales en los países del Este europeo no sólo cambia el mapa político y comprueba el fracaso histórico de la experiencia y del modelo comunista; genera también una nueva realidad planetaria dominada por los Estados Unidos como única superpotencia, en sustitución del mundo bipolar que conocimos desde la segunda guerra mundial. Por otra parte, la fragmentación del bloque soviético, junto, con abrir en sus antiguos territorios una fase de agresivos nacionalismos, daña la autoridad política de todas las tendencias socialistas, aún de aquellas -como el PS chileno- que mantuvieron una inquebrantable oposición a ese modelo.

La nueva situación ha dado una oportunidad excepcional al capitalismo para presentarse como único sistema capaz de conducir a los pueblos a la prosperidad y para desplegar una abrumadora ofensiva ideológica en torno a una suerte de «teología del mercado» y la revaluación del liberalismo, con una aceptación notable incluso entre ciertos dirigentes e intelectuales de izquierda. Tales acontecimientos son interpretados como anunciadores de una época de vigorosa expansión de la democracia, de derrota del subdesarrollo, de paz en todas las latitudes y de

prosperidad planetaria.

El derrumbe de los regímenes comunistas alentó las esperanzas de que fueran sustituidos por gobiernos democráticos, pero los acontecimientos más recientes parecen desmentir tan alentadoras perspectivas. En reemplazo del mundo escindido, vigente hasta ayer (que condicionó en todas partes la conducta de los dirigentes políticos), surge el dominio sin contrapeso de los Estados Unidos, que se asigna una misión tutelar sobre todo el planeta tanto en el orden económico como en los planos político y militar.

Por otra parte, la fragmentación geográfica de los estados europeos multinacionales -principalmente de la Unión Soviética y de la Federación Yugoslavenciende violentos focos de conflictos políticos y de

guerras, alimentados a su vez por la reaparición de viejas tendencias reaccionarias -algunas de claro signo fascista- y de añejos integralismos religiosos.

El cuadro se complica y hace más urgente la adopción de una clara línea de conducta si hacemos el inventario de los fenómenos que amenazan la vida humana en términos universales. En la reciente «cumbre» de Río de Janeiro se pasó revista a los fenómenos más alarmantes: la contaminación del aire y del mar, la destrucción de la capa de ozono, la desaparición de las especies, la

desertificación de terrenos que fueron bosques y praderas, todo en función de una actividad productiva inspirada exclusivamente en la persecución de la ganancia.

En un documento de la Comunidad Científica Sueca se puede leer esta síntesis sobrecogedora: «...Esta admirable y portentosa célula (célula verde de las plantas) tenía la habilidad de capturar excedentes de energía solar más allá de sus propias necesidades de mantenimiento y crecimiento. Esta

**Teóricamente la misma economía de mercado, en sus versiones menos dogmáticas, podría compatibilizarse con un régimen socialista de autogestión, donde la empresa privada estuviese sustituida por las empresas autoadministradas por sus trabajadores.**

habilidad la utilizaron (los hombres) a lo largo de millones de años para crear todos los compuestos, complejos y concentrados de los que depende toda vida humana y sus actividades. Los seres humanos permanecieron en un equilibrio con la capacidad regenerativa de las células verdes hasta hace unos cien años. Fue entonces que nuestra tecnología nos permitió ejercer control sobre fuentes de energía concentrada: carbón, petróleo. Ello nos permitió expandir nuestro dominio sobre el espacio ecológico con tal velocidad y fuerza que comenzamos a revertir el proceso evolutivo de la Tierra, transformando materia ordenada en basura molecular con mucha mayor rapidez de lo que las restantes células verdes eran capaces de procesar».

Si queremos ser fieles a nuestro «método de interpretación de la realidad» en el nuevo Programa, deberíamos intentar una respuesta a lo menos provisoria al crítico trance que amenaza al mundo. Entender su dinámica sería ya un progreso, en cuanto permitiría enunciar una estrategia política capaz de conciliar el desarrollo científico-tecnológico con una nueva estructura social y una economía de nuevo tipo.

La cruel paradoja de nuestro tiempo: el prodigioso impulso dado a la producción por el avance del conocimiento científico paralelamente a la difusión del hambre y la degradación material de gran parte de la población mundial, como fruto del modelo de consumo generado por el capitalismo, nos impone la tarea de diseñar un programa alternativo inspirado en el manejo social de las fuerzas productivas, cuya realización descansa en el impulso innovador de las clases oprimidas y marginadas en la sociedad capitalista, y en la acción de los pueblos del Tercer Mundo en busca de un nuevo orden internacional. Es cierto que, comprometido en una rivalidad histórica con las

naciones de Occidente, tampoco el «socialismo real» intentó aplicar un curso distinto para su propio desarrollo industrial.

La «globalización» de los problemas planteados pone a prueba una tesis ya adelantada por el pensamiento marxista, esto es, que el desarrollo de las fuerzas productivas termina siempre por dejar obsoletas, anacrónicas, las relaciones de producción históricamente alcanzadas. Las fuerzas productivas, es decir el conjunto dialéctico del trabajo humano, de los recursos y energías naturales utilizadas en la producción, los avances del conocimiento científico y técnico e incluso las modalidades de la estructura social, tienden a desarrollarse sin interrupción, de manera acumulativa, mientras las relaciones de producción se inclinan a reproducirse siempre de la misma manera y sólo pueden ser sustituidas en determinados momentos de ruptura revolucionaria. Se plantea así la contradicción entre «fuerzas productivas» y «relaciones de producción», que constituye el antecedente necesario para superar el modo vigente de producir. Tal situación, condicionando vigorosamente el proceso histórico, abre la posibilidad también de resolver la otra

**Allí donde la evolución de las fuerzas productivas no ha alcanzado un desarrollo suficiente para generar un modo de producción superior, el conflicto entre las clases sociales puede concluir en la disgregación de la sociedad.**


contradicción contenida en todos los modos de producción antagónicos, es decir, la contradicción interna entre clases explotadas y explotadores. Allí donde la evolución de las fuerzas productivas no ha alcanzado un desarrollo suficiente para generar un modo de producción superior, el conflicto entre las clases sociales puede concluir en la disgregación de la sociedad.

De atenemos a la retórica desatada en torno a la contaminación y sus efectos, parecería existir un acuerdo universal para acabar con el insidioso fenómeno. Sin embargo, cuando el análisis se propone identificar sus fuentes y recomendar medidas con-

cretas, irrumpen las resistencias de los intereses empresariales en el interior del país y de la diplomacia del mundo industrializado, en resguardo y justificación de su propio crecimiento y el de las corporaciones multinacionales. Incluso la lucha por la supervivencia de la especie adquiere una dimensión social y deberán ser los trabajadores los más consecuentes en asumirla dentro y fuera de Chile.

La respuesta correcta no vendrá del capitalismo. Para entendernos, hablamos del capitalismo «real», no del capitalismo de fantasía descrito por los teóricos neoliberales, llamado a enriquecer gradualmente la población entera hasta alcanzar con el tiempo los estratos más modestos. Hablamos del capitalismo

del libre mercado, el mismo que en Chile ha generado una gigantesca zona de pobreza. Nuestros cinco millones de pobres no son víctimas de una vocación morbosa ni de un momento de distracción de la «mano invisible» encargada de asignar recursos: son el precio de una política que premia la codicia e ignora la justicia social y la preservación del ambiente.

Resulta, entonces, indispensable la acción de un partido que estimule la presencia de los trabajadores en el campo político, como clase protagonista de la historia, y no como «gente» anónima, carente de voluntad colectiva, inerte destinataria de la filantropía privada o fiscal. 

# NUEVA EPOCA Y PROYECTO SOCIALISTA

CARLOS ALTAMIRANO

En mi opinión, éste es el documento más importante que va a elaborar el Partido Socialista después de sus declaraciones fundacionales de los años 1933 y 1947. Los acuerdos adoptados en los congresos de Linares y Chillán, en los años 1965 y 1967, fueron más bien de carácter coyuntural. Las grandes definiciones ya habían sido establecidas anteriormente. En consecuencia, para mí, este documento debiera tener un carácter prácticamente «refundacional». Refundacional por la magnitud de los cambios ocurridos en el mundo y refundacional por las dimensiones de las transformaciones acontecidas en Chile. Todo está en transformación. Por lo mismo, este documento ha de tener una importancia trascendente en la vida futura partidaria. Por el momento reina el desconcierto y la desinformación en las bases del Partido. Siento que este documento deberá intentar ser pedagógico y convocante, deberá intentar dar cuenta de problemas tan elementales como, por ejemplo, la política de alianzas. Nuestro Partido tuvo en el pasado un adversario casi permanente, cual fue la Democracia Cristiana. En cambio, desde que adoptamos la política de «Frente de Trabajadores» -1958-, la alianza privilegiada fue la «alianza de clases», la alianza socialista-comunista. Hoy estamos en otro tipo de alianzas y, por razones que todos entendemos, hemos concurrido a aprobarla e impulsarla, pero no se ha elaborado una justificación teórica para explicarla. Igualmente, los que ya hemos alcanzado una mayor edad, nacimos en el mundo del colonialismo y del imperialismo, donde el enemigo

**¿Qué ha ocurrido en Chile y en el mundo para que Estados Unidos de enemigo principal se transforme en socio preferente?**

principal era Estados Unidos. Todas nuestras luchas estaban orientadas en contra del imperialismo norteamericano. Hoy día, nuestro gobierno, está, diríamos, implorando, la incorporación al Tratado de Libre Comercio con Estados Unidos. La pregunta obvia es: ¿Qué ha ocurrido en Chile y en el mundo para que Estados Unidos de enemigo principal se transforme en socio preferente? Son éstos simples ejemplos, pero que dan testimonio de los enormes cambios que vienen ocurriendo. Por lo mismo, repito, pienso que se trata de un documento con características refundacionales, el cual debiera ser aprobado en un congreso de esta misma naturaleza.

## **Cambio epocal y no crisis transitoria**

Desde mi personal punto de vista, el mundo no está atravesando por una crisis temporal. El mundo está experimentando una colosal mutación histórica. Estamos en presencia del surgimiento de una nueva civilización.

Cuando se habla de crisis económica o de crisis política, se entiende que se trata de una situación esencialmente transitoria y coyuntural; que las ideas y concepciones momentáneamente cuestionadas o en crisis, recuperarán su vigencia dentro de un período breve. Creo que este no es el caso. Por ejemplo, las categorías marxistas han perdido gran parte de su valor y capacidad explicativa y no se trata de un fenómeno transitorio. No es una simple casualidad el que grandes pensadores y autores titulen sus obras:

«La postmodernidad», «El fin de las ideologías», «El fin de la historia», «Adiós al proletariado», «La tercera ola». Todos estos llamativos títulos, más allá de coincidir o no con el contenido de ellos, nos están indicando que una época está llegando a su fin y que otra nueva está naciendo. Parto entonces de esta idea central, de este supuesto fundamental: las sociedades contemporáneas se encuentran en una mutación histórica que afecta a todos los dominios de la vida y a todas las latitudes de la tierra.

### **Dos grandes procesos históricos coexisten**

Dos procesos fundamentales cruzan y entrecruzan la vasta geografía planetaria: el proceso de postmodernización euronorte-americano-japonés y el proceso de modernización, del hasta ayer llamado Tercer Mundo.

Estos dos procesos coexisten simultáneamente, sobreponiéndose, traslapándose, interconectándose y potenciándose mutuamente. Son dos procesos históricos simultáneos, de origen común, pero diferentes, porque algunos temas cruciales de la postmodernidad europea y norteamericana aún no se expresan en plenitud en nuestros países. Por ejemplo, la sociedad del ocio, con treinta y cinco horas laborales semanales, aún no está presente en nuestro debate. Asimismo, para el mundo europeo postmoderno la creación libre y consensual de una nueva identidad histórica: Europa, está exigiendo grandes transferencias de las soberanías nacionales particulares, inimaginables en nuestro contexto continental. En esa región ya está planteada la necesidad de dotar a Europa de una moneda única, de un banco central único y de fuerzas armadas bajo un comando común único. Nada de esto es pensable en nuestro mundo iberoamericano. En Europa, importantes grupos de opinión se oponen a extender aún más sus

**Europa está exigiendo grandes transferencias de las soberanías nacionales particulares, inimaginables en nuestro contexto continental.**

autopistas, a tender nuevas líneas de trenes de alta velocidad (350 kms. por hora) a prolongar aún más las múltiples líneas del metro de París hacia ciudades satélites. Estos, tal vez, sean problemas nuestros en ochenta o cien años más.

Sin embargo, por otra parte, temas tan típicamente postmodernos, como son los planteados por una economía global; los dramáticos desafíos ecológicos; los nuevos roles de la mujer; los temas morales expresados en dos posiciones contrarias dentro del mismo mundo cristiano: las de Clinton y las del Papa; el reconocimiento y aceptación de las diversidades étnicas, culturales y sexuales; el surgimiento de una red comunicacional de alcance planetario, y en definitiva, en el surgimiento de una nueva cultura y civilización mundial, son todos temas que ya están formando parte de la agenda común de la humanidad, con lo cual ambos procesos, con acentos y velocidades diversas, confluyen fundiéndose en un único proceso histórico, esta vez, necesariamente de carácter universal.

Chile, por ejemplo, en transición a la modernidad o, dicho en otra forma, en proceso de modernización, está experimentando el impacto de valores, conceptos, tecnologías que ya son propios de la postmodernidad.

### **El tema de la modernidad**

Desearía hacer algunos brevísimos alcances previos acerca de este tema.

En mi opinión, hasta el momento no ha existido en Chile un debate serio acerca de qué se entiende por modernidad y por modernización, lo cual no obsta a que este término se utilice a diario en todos los medios de comunicación.

El término moderno, desde mi punto de vista, aparece monopolizado ideológicamente por las

fuerzas conservadoras. Son ellas las que han dado un contenido a este término, por cierto sin definirlo ni precisarlo y reduciéndolo, en definitiva, a un concepto meramente economicista y propagandístico. Sería «moderno», para ellos, quien esté por la reducción del Estado a su mínima expresión; por la privatización de las empresas; por la desregulación de la economía; por la absolutización del mercado y por el riguroso mantenimiento de los equilibrios macroeconómicos.

Detrás de esta apropiación reduccionista e ideologizada del tema habría dos objetivos principales.

**El primero.** Las izquierdas, en el plano nacional y mundial habrían sido las fuerzas «modernas» y de vanguardia en las décadas de los años cuarenta hasta el setenta. Las derechas habrían estado a la defensiva, habrían sido las fuerzas conservadoras de la historia. A contar de los ochenta, en cambio, se habría producido una violenta reinversión de la historia. Las derechas, debido a diversos fenómenos históricos de enorme envergadura, habrían retomado la vanguardia de la historia, asumiendo el rol de fuerzas modernas y modernizadoras. Las izquierdas, por su parte, habrían pasado a ser las fuerzas conservadoras, habrían quedado ancladas en el pasado, en los estatismos, en los intervencionismos y en los proteccionismos, serían enemigas del mercado y adversarias del empresariado, actor por excelencia de la modernización.

**El segundo objetivo.** Esta apropiación ideológica del término «moderno» les serviría para justificar el régimen militar. Si bien los espíritus más honestos de la derecha reconocen los crímenes y violaciones cometidos en contra de los derechos humanos en ese período, intentan atenuarlos contraponiéndolos con los grandes éxitos económicos que habrían logrado.

**Si bien los espíritus más honestos de la derecha reconocen los crímenes y violaciones cometidos en contra de los derechos humanos en ese período, intentan atenuarlos contraponiéndolos con los grandes éxitos económicos que habrían logrado.**

La barbarie habría estado con la modernización económica.

Paso a referirme a mi personal concepto de modernidad y modernización.

Seis serían los fundamentales logros y las principales cristalizaciones de la época moderna occidental europea:

- 1.- La construcción de grandes estados y economías nacionales.
- 2.- La invención democrática.
- 3.- El modo de producir capitalista industrial.
- 4.- El método científico experimental.
- 5.- La secularización de la sociedad fundada en el nuevo modo de pensar racionalista instrumental. Y,
- 6.- El conjunto de nuevas idealidades surgidas durante este período de cinco siglos: nación, libertad, igualdad, progreso, tolerancia, soberanía del pueblo, etc.

Todas ellas son creaciones e invenciones esenciales surgidas en los siglos XVII, XVIII y XIX. Ninguna de estas ideas y conceptos existieron durante el milenio medieval cristiano ni vieron su luz en ninguna de las otras grandes civilizaciones. Son todos descubrimientos surgidos y cristalizados durante la llamada época moderna, de matriz burguesa ilustrada.

En consecuencia, es moderna la sociedad que reúna los siguientes requisitos: haberse industrializado; tener un sistema democrático consolidado; ser una sociedad racional y secularizada; estar dotada de capacidad científico-técnica y que hubiera internalizado los valores modernos señalados. Desde esta comprensión de la «modernidad», Chile dista bastante de ser un país moderno, puesto que no cumple a cabalidad con ninguno de estos logros de la modernidad.

¿Y por qué pensamos que estaría ocurriendo un cambio epocal, una veloz mutación histórica en las viejas sociedades occidentales? Dicho muy a grosso modo y telegráficamente: porque las grandes creaciones, objetivas y subjetivas, de la época moderna estarían siendo profundamente cuestionadas en las sociedades postmodernas. Si la modernidad sustituyó los estados feudales por estados nacionales, la postmodernidad está reemplazando los Estados-naciones por el Estado universal; las economías nacionales por la economía mundial y la empresa de dimensión nacional por la empresa de alcance trasnacional. Hoy día, cada vez más, lo local pierde autonomía frente a lo global. Inglaterra, Francia o Alemania, otrora el corazón y el cerebro del mundo moderno, hoy pesan sólo en su conjunto. Por lo mismo, se habla de Europa, Estados Unidos y Japón. Por cierto, sólo nos estamos refiriendo a algunas de las ideas y realidades más elementales de este cambio epocal y global. Hoy día, en esos países, el concepto de trabajo, virtud esencial del mundo burgués en los siglos XVIII y XIX, está siendo sustituida por la «virtud del ocio». En Europa se están fundado escuelas universitarias para estudiar qué hacer con el «tiempo libre». Si hasta ayer la semana era de 48 horas de trabajo, hoy ya está planteada la semana de 4 días y de 35 horas de trabajo. A comienzos de siglo, el obrero europeo, en promedio, trabajaba 3.200 horas al año. Hoy trabaja 1.700 horas al año y con sólo la mitad de trabajo produce múltiples veces más bienes y servicios que antes. Esto se debe al colosal aumento de las fuerzas productivas. El mundo decimonónico que trabajaba 3.200 horas al año, que vivía en promedio 40 años y donde el 50% de su población activa laboraba en la tierra, es radicalmente diverso del mundo que trabaja 1.700 horas, vive 80 años promedio y sólo un 3 a 4% de su

**Chile dista bastante de ser un país moderno, puesto que no cumple a cabalidad con ninguno de estos logros de la modernidad.**

población es agrícola.

A su vez, el mundo dicotómico de burgueses y proletarios, al menos en Europa, está en vías de desaparecer. La burguesía se ha ido disolviendo en múltiples estamentos y, en lo básico, se trasnacionalizó. El estamento dominante hoy es el de la tecnoburocracia trasnacional mundial, productora de bienes y especialmente de servicios y no el propietario burgués individual, productor de bienes manufacturados. Y es esta tecnoburocracia trasnacionalizada la fuerza dirigente principal de la actual expansión capitalista mundial y, dentro de ella, será la tecnoburocracia administradora de la red comunicacional mundial la creadora de la nueva cultura universal. Los Berlusconi de los medios de comunicación pesan más en la formación de la cultura moderna planetaria que el viejo ex rey del acero, Krupps o que el Sr. Ford, ex rey del automóvil.

Los sectores asalariados, a su vez, están siendo sustituidos por el robot y la computadora. En el moderno universo europeo, la «máquina» fue el descubrimiento principal. «Los tiempos modernos» de Chaplin dan testimonio elocuente de esta realidad. Hoy día lo fundamental se ha trasladado a la informática y a las computadoras y, por lo mismo, se habla de sociedades «post-industriales» o para otros de «sociedades informacionales».

Las luchas de clase jugaron un rol fundamental en las sociedades industriales modernas, las luchas ecológicas lo serán, en mi concepto, en las sociedades informatizadas postmodernas. Ayer, en estas sociedades el problema social ocupaba el centro de la escena política; hoy es el problema cultural y educacional. Ayer, las ciencias se regían por leyes físicas pretendidamente exactas e inmutables, hoy las ciencias en su fase postmoderna, contemplan el



factor del desorden, del caos y del azar en su acción. Ayer, la ambición de todas las potencias mundiales fue la dominación de la tierra; hoy, en cambio, es el del dominio espacial. Ayer habitábamos en un mundo de teorías globales y de verdades sólidas y estables; hoy, entramos a un mundo de valores esencialmente relativos y contingentes y de teorías que intentan explicar sólo aspectos parciales de la realidad global. Ayer, el concepto de familia fue el de la familia agraria, numerosa, patriarcal y machista; hoy es el de la familia pequeña, nuclear, urbana y, si cabe, despatriarcalizada, fundada en una gran variedad de vínculos: con y sin matrimonio, con y sin hijos biológicos, con sólo uno de los dos padres, con matrimonio de homosexuales, etc.

Los de mi edad nacimos en un mundo fragmentado política, económica y culturalmente; donde existían grandes estados nacionales, relativamente autárquicos; viejos imperios, algunos milenarios: zarista, chino, austrohúngaro, japonés, otomano; de guerras mundiales en el Primer Mundo y de cruentas guerras anticoloniales en el Tercer Mundo; de luchas anti-imperialistas en todas las latitudes de la tierra; de una feroz bipolaridad por cerca de cuatro décadas. Hoy, en sólo pocos años, todo, absolutamente todo, cambió radicalmente. Prácticamente ya no existen imperios, desaparecieron los estados autárquicos, se colapsó la Unión Soviética y el proyecto comunista. El mundo se ha monopolizado y globalizado.

### **El mundo global y la aldea planetaria**

En mi opinión, caricaturizando un tanto, los problemas del presente son globales o simplemente no son problemas. En nuestras conclusiones

refundacionales deberemos asumir estos cambios epocales. Por cierto, existen problemas propiamente locales o nacionales, pero ellos no influyen mayormente en el curso de la dinámica mundial, mientras que ésta sí determina las realidades locales.

El nuevo contexto internacional plantea situaciones geopolíticas absolutamente inéditas. El súbito colapso del socialismo real no sólo ha afectado dramáticamente a los 1.500 ó 1.600 millones de seres humanos que vivían bajo ese tipo de sociedad sino, en mayor o menor medida, a todos los países del mundo.

Por otra parte, está surgiendo un nuevo actor mundial que es la Europa unida. El caso de Europa es interesantísimo. Después de más de dos mil años de guerras incesantes y de poseer estos países poderosas culturas, por libre consentimiento de los pueblos europeos se está creando esta nueva identidad y este nuevo sujeto histórico; su surgimiento está obligando a crear estructuras semejantes en otras latitudes de la tierra. Mientras el «socialismo real» en la Unión Soviética se desintegró, en Europa el «capitalismo real» se integró. Este

**Ha nacido una nueva forma de dominación. No es ni la colonialista ni es la imperialista. Es una dominación aceptada y deseada por sectores muy importantes de los diversos pueblos de la tierra.**

es un cambio cualitativo en el escenario mundial, como también lo es el surgimiento de un potente polo capitalista en Asia y el que China ya ocupe el cuarto o quinto lugar como potencia económica mundial.

Estados Unidos, a su vez, por el momento, ha pasado a ser la única potencia de carácter planetario. Jamás en la historia de la humanidad un solo país había alcanzado tan gigantesca capacidad de hegemonía y su cultura, sus valores, su tecnología, su música, sus Michael Jacksons, sus Mac Donalds, sus jeans llegan hasta los más recónditos lugares de la tierra. Ha nacido una nueva forma de dominación. No es ni la colonialista ni es la imperialista. Es una dominación aceptada y deseada por sectores muy

importantes de los diversos pueblos de la tierra. Las tres locomotoras del sistema capitalista mundial: Estados Unidos, Europa y Japón conservan una superioridad aplastante sobre el resto de los países, superioridad que, por lo demás, tiende a crecer y no a reducirse. Y esto explicaría, entre otras causas, que un país como México -visceralmente anti-imperialista y más precisamente anti-norteamericano- hoy día abandone el mundo mestizo iberoamericano de cultura católica y de lengua castellana, y esté intentando incorporarse al mundo anglosajón, de cultura protestante y de habla inglesa.

A su vez, la política internacional del gobierno de Estados Unidos ha ido cambiando tanto como han ido transformándose las realidades latinoamericanas.

En nuestro continente se está produciendo una radical reestructuración de sus sociedades, de sus fuerzas políticas, de sus economías y de sus culturas. La Iglesia Católica ha ido adoptando posiciones de corte integrista, conforme a la nueva política del Papa; la Teología de la Liberación prácticamente ha desaparecido. En síntesis, el mundo iberoamericano transita bajo un renovado impulso modernizador, contradictorio y confuso, pero en su esencia, esta vez, de clara inspiración norteamericana. La percepción de Estados Unidos por parte de las propias izquierdas del continente ha ido cambiando, como también está cambiando y cambiará aún más, pienso, la de las derechas. Por lo mismo, no es tan sorprendente escuchar a un Onofre Jarpa o a un Augusto Pinochet emitir juicios bastante más críticos frente a Estados Unidos que los que formulan los dirigentes de la izquierda continental.

En estas nuevas condiciones históricas sería el caso preguntarse: ¿Continúa vigente nuestra vocación

latinoamericanista? ¿O la modernización y globalización de las economías nos llevarán inexorablemente a seguir el ejemplo mexicano? Pienso que, en este minuto histórico, se están dando dos opciones polares: la opción mexicana -esto es la del gobierno- de la integración a la economía y cultura norteamericana, y la opción brasilera, donde aún existe una burguesía nacional con ciertas aspiraciones autonomistas.

Son éstos, entre otros, los problemas, que en mi modo de ver, exigen una apertura mental absolutamente nueva. El mundo donde «el viento del este sopla más fuerte que el del oeste»; donde «inexorablemente» se transitaba del capitalismo al

socialismo y donde el colapso del capitalismo era inminente, se ha desintegrado. En cambio, se ha ido expandiendo e integrando el mundo del capitalismo. El capitalismo está construyendo una economía global; Estados Unidos se ha ido adecuando velozmente a las nuevas realidades planetarias; la bipolaridad ha desaparecido; han surgido nuevas y colosales estructuras económicas transnacionales; China es el país con mayor crecimiento económico en el mundo; Taiwán y Corea del Sur han logrado, en sólo 20 años, un

desarrollo industrial semejante al que Europa consiguió en 200 años. El mundo geo-político es absolutamente diverso al de hace sólo 10 años. La tendencia dominante es la globalización de la economía y la mundialización de la política y de la cultura. Cuando hablo de mundialización, lógicamente, estoy entendiendo por tal la universalización de los modos de producir y de pensar del mundo europeo-norteamericano.

**Un país como México -visceralmente anti-imperialista y más precisamente anti-norteamericano- hoy día abandona el mundo mestizo iberoamericano de cultura católica y de lengua castellana, y está intentando incorporarse al mundo anglosajón, de cultura protestante y de habla inglesa.**

## Socialismo y capitalismo históricos

El socialismo histórico así como el capitalismo histórico - históricos porque ambos son un producto de la historia- han ido experimentando grandes transformaciones en el curso de estas últimas décadas y exigen reelaboraciones fundacionales.

Sin lugar a dudas, el modo de producir capitalista industrial, tal como lo pensó Marx, constituye el descubrimiento vital de la civilización occidental moderna. Fue su invención y su espectacular desarrollo posterior lo que define principalmente a la modernidad. Su aporte a la evolución progresiva de la humanidad ha sido gigantesca, pero también ha creado situaciones terriblemente negativas. De ambas caras de la medalla del capitalismo deberá dar cuenta el nuevo planteamiento refundacional del Socialismo.

Creo que habrá capitalismo al menos por todo el siglo XXI. Su colapso «inminente» fue una falsa ilusión del pasado. El nuevo sistema postmoderno e informatizado del capitalismo a escala mundial perdurará por un largo período histórico y será obligación nuestra asumir esta realidad; asumir críticamente la existencia de esta nueva realidad histórica, cual es la de un capitalismo post-industrial, informatizado y robotizado, y dotado de alcance global, sobre todo después del catastrófico colapso del proyecto comunista histórico. En estas condiciones, reiterar la apelación a una ruptura con el capitalismo me parecería una irrealidad política pero, a su vez el reconocimiento de esta realidad deberá ser esencialmente crítica. Un socialismo moderno, a diferencia del neoliberalismo, no deberán ni absolutizar el mercado ni tampoco sacralizar el libre comercio, pero sí deberá aceptar el desafío de tener que convivir y luchar por sus objetivos en estas nuevas condiciones

**Reiterar la apelación a una ruptura con el capitalismo me parecería una irrealidad política pero, a su vez, el reconocimiento de esta realidad deberá ser esencialmente crítica.**

históricas. Debemos, en consecuencia, reestudiar la naturaleza y característica de este nuevo capitalismo postindustrial e informatizado y redefinir su relación con un nuevo socialismo, también de signo postmoderno.

## Socialismo y democracia

El proyecto socialista en debate debiera, pienso yo, reafirmar el compromiso irrenunciable del socialismo con la democracia y las libertades públicas y privadas. La democracia concebida como fin y como medio simultáneamente. El objetivo esencial será democratizar la sociedad en todos sus niveles.

Deberemos crear nuevas formas de democracia directa, distintos modos de participación y de integración. Por lo mismo, no he entendido por qué se ha criticado al alcalde de Las Condes por haber convocado a un plebiscito en su comuna. Siento que ha sido ésta una iniciativa importantísima, que marca un camino a seguir en las decisiones de los grandes temas políticos, internacionales y éticos del país. En la época de la electrónica, la democracia directa será cada vez más viable y, en cambio, la democracia representativa ha ido y continuará perdiendo influencia y prestigio. En Europa ya hace tiempo que todas las grandes cuestiones políticas y temas morales se deciden por la participación directa de la ciudadanía a través de referendums o plebiscitos. La sociedad civil ha ido ganando protagonismo en desmedro de la sociedad política.

## Socialismo y marxismo

El colapso de las sociedades de socialismo real no sólo se debió a factores objetivos y propios del

desarrollo de esas sociedades, sino que también a la teoría marxista y leninista que las inspiraba. En pocas palabras, para mí, el responsable de este colosal fracaso no fueron sólo Stalin y Lenin. Fue incluso Marx. Sin duda, el marxismo es una de las más poderosas y ricas elaboraciones intelectuales de la época moderna europea. Es una gran ideología nacida en la modernidad al igual que la liberal. Pero, a pesar de su enorme capacidad explicativa y de convocación no logra responder a la mayoría de las nuevas situaciones que se presentan a finales del siglo XX. En consecuencia, en un análisis de la relación tan estrecha que existió entre socialismo y marxismo, deberá destacarse los enormes aportes que hizo el marxismo a la cultura y a la política moderna occidental, y en general a los grandes movimientos de liberación del Tercer Mundo. Indudablemente, la moderna cultura occidental habría sido otra sin este colosal aporte del pensamiento de Marx, sin las grandes contribuciones posteriores de los marxistas; de las diversas escuelas inspiradas en el marxismo; de la escuela de Frankfurt, de la escuela austriaca, de las decenas de pensadores como Adorno, Marcuse, Gramsci, Habermans. Ningún pensador europeo de alguna importancia ha podido prescindir de este referente intelectual crucial de la modernidad europea. Ningún intelectual latinoamericano podrá prescindir de estas ideas y concepciones. Todas las grandes luchas políticas de este siglo se encuentran atravesadas por el *elan* marxista. Pero simultáneamente con hacer este reconocimiento deberá efectuarse un análisis crítico de las ideas de Marx y, sobre todo, de la actualidad y vigencia de estas ideas. Personalmente pienso que no debíamos definirnos como un partido marxista en las nuevas condiciones históricas en que

**Existe un amplio espacio en el cual convergen tanto las críticas de sectores progresistas católicos como de personas de pensamiento de izquierda, frente a múltiples de las manifestaciones más negativas de la sociedad contemporánea.**

nos hallamos. Debíamos sí declararnos tributarios de esa rica tradición intelectual y política de la Europa moderna, como también debíamos recoger el gran legado revolucionario liberal europeo, hoy por desgracia reducido y empobrecido por un economicismo neoliberal, y neoconservador.

### Socialismo y ecología

A mi forma de ver, el tema ecológico será el tema crucial del próximo siglo. Difícilmente otro tema ocupe un lugar tan central. De su solución dependerá el futuro de la vida planetaria. Ninguna política de izquierda podrá dejar de incorporar este tema como punto medular de su reflexión y propuesta.

#### El socialismo, la ética y el mundo católico

La ética y la moral son dos conceptos que cobran cada día mayor importancia en la política de fines de la modernidad y de inicios de la postmodernidad. Dentro de este capítulo no sólo debíamos intentar definir nuestras posiciones éticas sino, además, redefinir y reactualizar la relación entre el socialismo y el mundo católico y, más en general, nuestras nuevas apreciaciones - si existen- acerca del rol de la religión en la historia de la humanidad, porque hasta hace poco nuestra visión era la de la religión «opio del pueblo».

Por lo demás, en la actualidad existe un amplio espacio en el cual convergen tanto las críticas de sectores progresistas católicos como de personas de pensamiento de izquierda, frente a múltiples de las manifestaciones más negativas de la sociedad contemporánea, entre otras, su vértigo consumista, su espíritu hedonista, su impronta nihilista, la

exacerbación individualista, su racionalidad economicista de corte materialista muy superior al atribuible a Marx. En definitiva, el tema socialismo y moral deberá inspirar aspectos sustantivos de nuestra nueva reflexión política.

### **Socialismo y desarrollo**

Como todos sabemos, la forma de medir normalmente el desarrollo ha sido a través del porcentaje del crecimiento del producto nacional. Hoy día, incluso organismos internacionales como el PNUD, Fondo Monetario Internacional, Banco Mundial, están cuestionando esta forma de medir el desarrollo, por parcial e insuficiente. Se han agregado nuevos indicadores como, entre otros, el costo ecológico. Al crecimiento del producto se le deberá reducir, en adelante, el importantísimo costo ecológico que conlleva este crecimiento. Al igual, se han estudiado diversas fórmulas para ponderar los grados de libertad que existen en una sociedad, la amplitud para ingresar a la educación, para acceder a la salud, para integrar a la mujer. Estos datos y muchos otros deberán estar contenidos en un moderno concepto de desarrollo: «desarrollo humano», «desarrollo sustentable», «desarrollo con equidad». El nuevo proyecto político del socialismo deberá elaborar y definir su propio concepto de desarrollo y su propia idea de progreso, que en último término no importa otra cosa que diseñar las grandes líneas de la sociedad futura.

### **Vigencia del socialismo**

Una de las interrogantes claves a la cual deberá dar respuesta fundada esta Conferencia de Proyecto

es la de la vigencia del socialismo, lo cual nos lleva también a preguntarnos si deberíamos continuar llamándonos socialistas. Pienso que ningún tema debe quedar fuera de nuestra reflexión. En este cambio radical por el cual transitamos, muchas fuerzas políticas han cambiado su denominación, incluso identidades ideológicas tan importantes como fueron las del Partido Comunista italiano y las del Partido Demócratacristiano italiano han pasado a tener otros nombres. Todos los partidos comunistas del ex socialismo real también se han dado otras designaciones. Incluso los partidos de derecha de la mayoría de los países del mundo han venido cambiando sus nombres. Chile es sólo un ejemplo

**Las grandes idealidades socialistas sin duda permanecen vigentes, porque las grandes realidades nacionales y mundiales que dieron origen al socialismo, también persisten y se acrecientan: pobreza, desigualdad, injusticia social, falta de solidaridad, concentración de la riqueza.**

más. Por el momento, no estoy proponiendo el cambio de nombre del Partido Socialista de Chile, sino una reflexión profunda y objetiva sobre este tema. Las grandes idealidades socialistas sin duda permanecen vigentes, porque las grandes realidades nacionales y mundiales que dieron origen al socialismo, también persisten y se acrecientan: pobreza, desigualdad, injusticia social, falta de solidaridad, concentración de la riqueza. Pero éste -el del nombre- deberá ser sólo uno de los temas en el crucial capítulo acerca de la actualidad

histórica del socialismo en la nueva época del capitalismo transnacionalizado e informatizado.

### **Chile**

Por cierto, un tema insoslayable en nuestras reflexiones será el de Chile. Pienso que dentro de este tema, entre otras, debiéramos expresar algunas ideas aunque generales acerca de cómo estamos viendo y pensando a Chile en las nuevas circunstancias históricas en que nos encontramos. Tampoco


debiéramos omitir un análisis crítico acerca de los mil días del Gobierno Popular, así como de los 18 años de dictadura militar. También tal vez sea necesaria una breve síntesis de la enorme contribución del pensamiento y de la acción de la izquierda a la modernización de este país. En mi concepto, la modernización de Chile se inicia en los años 20 y la impulsó, básicamente, la izquierda. Ella democratizó a Chile, le dio el voto a la mujer y a los analfabetos, luchó por el establecimiento de leyes laborales, creó el Servicio Nacional de Salud, echó las bases de la industrialización, de la energía eléctrica, del acero, del petróleo, del azúcar y de la pesca. Las grandes reformas de estructuras de nuestro país las realizó la izquierda: la reforma agraria y la nacionalización del cobre.

Por último, en este breve recuento histórico, pienso que cabrían algunas referencias acerca de la acusación tan reiterada hecha en contra de nuestro Partido por haber presuntamente patrocinado la lucha armada y la violencia. Los personeros de derecha, que han hecho esta acusación, sin duda no tienen autoridad moral para hablar de este tema. Porque fue la derecha la que creó y mantuvo las llamadas «milicias republicanas», organización armada, que alcanzó a contar aproximadamente con 100 mil hombres, por cerca de seis años. Un verdadero ejército paralelo que existió durante la administración de Arturo Alessandri Palma. Este ejército se creó para disuadir las veleidades golpistas de ciertos sectores de las Fuerzas Armadas chilenas, quienes en ese entonces obedecían a inspiraciones de tipo izquierdista. ¿Por qué, en cambio, era un delito el que el Partido Socialista intentara crear, aunque más no fuera una modesta fuerza armada defensiva ante los evidentes intentos golpistas de las fuerzas conservadoras? Ninguno de los golpes de Estado intentados en lo que va corrido

**Deberá quedar explícito que ninguno de los actuales diversos grupos llamados terroristas han pertenecido ni han estado inspirados por el Partido Socialista.**

de este siglo, aproximadamente 17 ó 18 de importancia, fueron promovidos o inspirados por socialistas o fuerzas de izquierda. Los alevosos asesinatos de jefes militares han corrido todos por cuenta de grupos paramilitares de derecha: Schneider, Prats, el Comandante Araya. Ningún grupo presuntamente armado de nuestro Partido, ha asesinado jamás ni a un solo militar, de cualquier rango que él fuera. Jamás hemos promovido golpes de Estado. Jamás hemos mantenido un ejército paralelo como las Milicias Republicanas. Jamás hemos mantenido grupos paramilitares como los que hasta hoy existen, residuos de la DINA. Sin embargo, se nos imputa el haber promovido la violencia en nuestro país fundándose en algunos de los acuerdos adoptados en los congresos de Linares y Chillán. Debemos asumir críticamente esos acuerdos reco-nociendo sus posibles errores, pero ubicándolos al mismo tiempo en el contexto histórico, nacional y continental, en que ellos fueron adoptados. Además, deberá quedar explícito que ninguno de los actuales diversos grupos llamados terroristas han pertenecido ni han estado inspirados por el Partido Socialista.

En síntesis, y para terminar, debo dejar constancia que no sólo me he permitido dar mi opinión acerca del carácter y del sentido de este esfuerzo, sino también cuáles serían los temas cruciales de la hora presente y he adelantado una opinión muy breve sobre cada uno de ellos, con el fin de aportar algún orden y método a este debate.

Por lo demás, no sólo en esta Comisión Nacional de Proyecto Socialista estudiaremos estos temas y los que seguramente otros propondrán, sino también ellos deberán ser planteados a las bases del partido, porque serán ellas, en definitiva, las soberanas para decidir. En mi conducta personal, me ajustaré estrictamente a esa decisión. 

# LOS SOCIALISTAS Y EL FIN DEL SIGLO: La recuperación de la capacidad crítica

Juan Gabriel Valdés

## Un debate abierto

El desarrollo de un debate sobre temas ideológicos en el Partido Socialista constituye a mi juicio una señal muy positiva. Es importante para un partido como el nuestro poder abstraerse de los temas cotidianos y reflexionar libremente sobre el desarrollo de las ideas en el mundo y los valores que nos definen. No se trata de un mero afán intelectual. Tampoco de otra reflexión más acerca del pasado y de «cuánto hemos cambiado», porque eso ya lo sabemos y su reiteración actual más parece un ejercicio para tranquilizar a quienes siempre pensarán que no hemos cambiado lo suficiente. Se trata, más bien, de preguntarse acerca de los desafíos actuales y futuros que nos plantea la enorme revolución económica, tecnológica y social que vive el mundo en este fin de siglo; cómo deben organizarse y qué problemas deben atender quienes se proponen mantener en alto los valores de la libertad, la igualdad y la solidaridad. Veo al socialismo esencialmente como una posición sobre esos valores y como una crítica al capitalismo y al tipo de cultura que evalúa el tiempo y los valores sobre la base del dinero, impulsando sin cesar el imperio de las necesidades. Recuerdo aquí una frase acertada de Bernstein: «El capitalismo limita nuestro horizonte histórico, pero

**«El capitalismo limita nuestro horizonte histórico, pero no nuestra capacidad de análisis y de crítica: el socialismo presente y desea otra organización de la sociedad y del planeta, pero deberá desarrollarse en el seno del capitalismo mundial».**

no nuestra capacidad de análisis y de crítica: el socialismo presente y desea otra organización de la sociedad y del planeta, pero deberá desarrollarse en el seno del capitalismo mundial».

Ese análisis crítico tiene una importancia política directa en un país como el nuestro, abierto a la influencia y al intercambio internacional. Por necesidad, nuestras ideas reflejarán cada vez más los debates universales y nuestros problemas serán los mismos problemas que agitan los centros de producción de bienes y de ideas. Debemos acostumbrarnos, por lo tanto, a pensar en una escala mayor, adelantándonos a los problemas y no contemplando meramente su evolución histórica a posteriori, como si hubiéramos acabado siendo los historiadores del movimiento social. Pienso que mucho mayor que la transformación que nos ha exigido el pasado es la que nos demanda el futuro. La velocidad gigantesca de los cambios tecnológicos, económicos y sociales nos obliga a transformar radicalmente nuestra forma de ver el mundo y nuestras formas de acción. Es por eso que estos encuentros y la ampliación de este debate a la militancia en general, tienen una importancia prospectiva, un valor de futuro y no el carácter de un ajuste con el pasado.

Me referiré a temas esencialmente políticos e ideológicos y quiero hacerlo libremente, sin some-

terme a un orden preconcebido. Pienso que el mundo occidental entra en una fase de graves dificultades políticas, en que las nociones de democracia, de soberanía popular, de Estado Nacional están siendo cuestionadas gravemente por los hechos, pero además por una ideología predominante a la que no hemos sabido responder con ideas claras. Si mi exposición parece crítica y pesimista, ello se debe precisamente a que creo que necesitamos una mayor capacidad crítica para enfrentar estas tendencias, y eso requiere de cierto picaneos, de una mayor agresividad intelectual para develar los obstáculos y los problemas. El solaz que produce la contemplación de la fase democrática optimista en la que entró el mundo occidental tras la caída del muro de Berlín tiene cierta base real que debe ser considerada, pero no autoriza a esconder las tendencias negativas que se han desarrollado desde entonces. Ellas pueden no estar demasiado visibles en el Chile de hoy, pero bien pueden afectarnos gravemente, en el curso de los próximos años.

### El deterioro de la política

Comenzaré con un tema bastante familiar: el descrédito de la política y de la actividad política. Todos lo hemos notado: el ataque a la política y a los políticos está por doquier. Hay, quizás como nunca antes, en Europa y en los Estados Unidos, una difusión de ideas, de imágenes, de relatos que rebajan la política a un nivel de rémora social, al de una actividad que detiene el progreso y lo complica innecesariamente por la intervención de ambiciones de poder. Se la relaciona con la intervención estatal, la corrupción y la ineficiencia; y gracias a la participación a menudo voluntaria de los propios actores

políticos, se la reduce a un espectáculo competitivo, brutal y desprovisto de ideas contrapuestas, en el que compiten profesionales de sí mismos en búsqueda de un bien escaso, que es el poder. También se la banaliza, y con el argumento que «la post-modernidad la ha transformado», se ha hecho de ella un espectáculo que financiado por el dinero de grupos de poder que ordenan un mercado político «privatizado», reduce lo que es «público» a lo publicitario, lo imaginario y lo espectacular. Es decir, desde distintas ópticas y diferentes puntos de vista, en sectores probablemente mayoritarios de nuestras sociedades occidentales, con exageración o con justicia, la política es cuando menos banalizada, como si fuera

una más entre las ramas deportivas; es casi siempre criticada duramente y es a menudo despreciada como un estorbo del que bien se podría prescindir.

Pensemos en la crisis por la que pasan todos los grandes partidos políticos occidentales, en especial la Democracia Cristiana y la Social Democracia. Habiendo extraviado casi toda su identidad ideológica y perdido en el tiempo el Estado desde el cual construyeron su influencia social, aparecen hoy presionadas por grandes grupos económicos -que

para estos efectos lo mismo da si son estatales o privados- y conducidas a una corporativización de las decisiones que les lleva fatalmente a corromperse. Las derechas, conservadoras y nacionalistas parecen más libres de corrupción sólo cuando no están en el gobierno, pero deben enfrentar el problema adicional del desarrollo en su seno de manifestaciones racistas e integristas y en todo caso antidemocráticas. La participación en los partidos políticos decrece, la militancia envejece y algo parecido sucede en los sindicatos. En varios países de Europa, la dificultad para renovar los liderazgos se relaciona con la como-

**Es decir, desde distintas ópticas y diferentes puntos de vista, en sectores probablemente mayoritarios de nuestras sociedades occidentales, con exageración o con justicia, la política es cuando menos banalizada, como si fuera una más entre las ramas deportivas.**



didad de las nuevas generaciones políticas, incapaces de aceptar la dureza de la vida política y la necesaria sobriedad del servicio público. Y con la excepción de los partidos ecologistas, bien poco es lo que se puede añadir como novedoso en el plano de las organizaciones y las ideas políticas. No sólo es claro que la capacidad de creación de nuevas instituciones y de un nuevo pensamiento político va muy en zaga de la transformación incesante de la economía y la tecnología, sino también que esta transformación dirige un mundo en el que la institucionalidad política, las ideas políticas y la calidad de la práctica política se deterioran.

Alguien me dirá que todo esto no tiene novedad, porque siempre ha sido así. Dirá que la proporción de ciudadanos que piensa de este modo y condena a políticos y política se mantiene establemente minoritaria en el tiempo y no tiene incidencia en la estabilidad democrática. Me dirá que se debe distinguir además entre la crítica a la política y a los políticos, porque no se trata de lo mismo. Y que la razón principal de los ataques surge de la corrupción, un fenómeno de dimensiones demasiado vastas y publicitadas como para no provocar una severa condena ciudadana.

Que la corrupción es culpa de los políticos y que se trata con medicinas legales adecuadas, etc.

Hay alguna verdad en estas objeciones y es probable que tenga razón quien piense que nada demasiado dramático va a ocurrir en lo inmediato. Me parece, sin embargo, que con esa mirada sobre las cosas, se puede conseguir un retrato del aparente equilibrio de estos tiempos transitorios, en que el código que teníamos para interpretar los conflictos sociales ha desaparecido y vivimos en la ilusión que, por esa razón, ellos se han evaporado. Pero se trata de una mirada efímera. El fin de siglo tiene, por alguna

razón, un elemento de transitoriedad, en el que todo es «post» y nada parece tener una identidad precisa. No hay peor error, por lo tanto, que otorgarle al «post comunismo» y a la «post modernidad» el carácter de estructura estable. Vivimos, por el contrario, una brutal redefinición de las relaciones de poder en el mundo internacional, en la organización de la producción y en las relaciones culturales, y eso adquiere velocidades inesperadas y tiene consecuencias inevitables para las formas de gobierno y las ideas de la política en cada país.

No creo, por lo tanto, que los problemas de la política en Occidente sean un hecho episódico, algo que podamos descartar livianamente como manifes-

tación de un fenómeno histórico recurrente. Ni me parece que deban analizarse solamente como una manifestación crítica a la corrupción de clases políticas oligarquizadas, que en sí mismas no constituyen ninguna novedad histórica -por más que el grado de corrupción y degradación de algunos sistemas políticos parezca indicar lo contrario. Lo que debe destacarse como nuevo y diferente es que hoy día estos problemas graves de la política se producen en un contexto específico, vinculado a lo que se da

**El fin de siglo tiene, por alguna razón, un elemento de transitoriedad, en el que todo es «post» y nada parece tener una identidad precisa. No hay peor error, por lo tanto, que otorgarle al «post comunismo» y a la «post modernidad» el carácter de estructura estable.**

en llamar «la post-modernidad», un contexto objetivo de descomposición y reducción de «lo que es público»; de degradación ideológica del prestigio de los espacios y de la actividad pública; una pérdida de valor de aquello que pertenece a todos los ciudadanos y genera derechos y obligaciones individuales y colectivas; un extravío, en suma, del sentido de comunidad. Se trata de un proceso que combina los elementos de una transformación económica y social muy profunda, pero también de una ideología que tiene en el individualismo y en el crecimiento ilimitado su característica principal.

## La disminución y la despolitización del Estado

Una razón que no lo explica, pero que se halla en el origen de este descrédito de lo público y de pérdida del sentido de comunidad, es la disminución del tamaño del Estado y la paulatina cesión de sus funciones. El tema es demasiado conocido y universal como para requerir de una mayor exposición. El Estado no es más el lugar de las decisiones más importantes, no tan sólo en el ámbito externo, en el que una gran parte de aquellas escapan al Estado-nación, sino también en el plano interno, donde se ha producido una privatización del poder y una despolitización de las relaciones sociales. La transformación tiene una versión positiva, que retrata el proceso como la «creciente autonomización de las organizaciones sociales intermedias»: los municipios, las regiones, las organizaciones vecinales y un sinnúmero de otras iniciativas ciudadanas, que rescatan su propia autonomía y la ejercen manejando directamente su vida individual y colectiva. Y otra bastante más crítica, que enfoca la cesión al sector privado-diferente en cada país, pero cada vez más evidente- de las funciones asistenciales y de cohesión social que el Estado desarrolló durante décadas.

Todo este fenómeno, cuyas consecuencias aún no comprendemos bien, ha incrementado probablemente la eficiencia productiva, ha liberado procesos modernizadores en el terreno económico y en los servicios, pero ha tenido consecuencias catastróficas para millones de personas que de todo lo proclamado como «distribución de poder» han recibido la expropiación de lo poco o nada que recibían del Estado. En realidad, lo que debe anotarse es que este proceso de transferencia de poder del Estado a la sociedad civil

**El Estado no es más el lugar de las decisiones más importantes, no tan sólo en el ámbito externo, en el que una gran parte de aquellas escapan al Estado-nación, sino también en el plano interno, donde se ha producido una privatización del poder y una despolitización de las relaciones sociales.**

está lejos de ser realidad para millones de ciudadanos que están en el peor de todos los mundos: fuera de la protección de un Estado que les incita a que «opten» por servicios que no pueden pagar, y sin poder real para asumir aquellas «responsabilidades» que supuestamente se les ofrecen. Más aún: en muchos de nuestros países latinoamericanos, el proceso de cesión del poder a la sociedad civil, se ha reducido a una dimensión puramente económica, que identifica «traspaso de poder estatal» con «más libertad económica» -lo que en sí mismo puede haber tenido un impacto positivo en los índices de crecimiento económico durante algún tiempo, pero tiene en todo caso bastante poco que ver con el discurso acerca del poder de las «organizaciones intermedias» y la tan proclamada «democratización» en la sociedad civil. Y en sociedades como las europeas, donde la fuerza de la sociedad civil ha sido mucho mayor, el retroceso del Estado de aquellas funciones que garantizaban la cohesión social puede rápidamente disolver el tejido social, introduciendo una especie de «latinoamericanización» de consecuencias políticas imprevisibles.

De este modo, el descrédito de lo público y la degradación de la comunidad no tiene que ver, por lo tanto, solamente con el retroceso del Estado. Y lo que la genera -conviene subrayarlo- no es la devolución a la sociedad de sus responsabilidades, la distribución del poder y el crecimiento irresistible de las libertades individuales, que es el fenómeno esencial de la modernidad, y es un fenómeno que a los socialistas no cabe más que acoger y encabezar. Lo que la produce es precisamente que esto no sucede. Que lo que en verdad está ocurriendo es que hay menos Estado con más concentración de poder privado; que el «menos Estado» está conduciendo no a

más organización intermedia, a más participación y más democracia, sino al contrario, a menos comunidad.

### La supuesta disolución del conflicto social

Algo parecido ocurre con el tema de la disolución del conflicto social en la sociedad civil. La tesis de la distribución del poder en la sociedad civil ha llevado a pensar que el Estado debe mantenerse alejado del conflicto social; que éste debe encontrar soluciones a nivel de la empresa y, cuando no es posible, en los distintos niveles de organización social, lo que en la mayoría de los casos debería depender de la capacidad de aplicar «criterios técnicos», en el marco de procesos de negociación entre los actores involucrados. Así, se reducen los niveles de conflicto social, se permite su canalización hacia instancias legitimadas de resolución, se aumenta la competitividad de la economía y se consolida la estabilidad institucional, etc. En la práctica, sin embargo, nada o casi nada funciona así. Desde la Inglaterra de la Thatcher, hasta el Chile de Pinochet, los resultados de las políticas neo-liberales, han aumentado una distribución regresiva del ingreso, han generado sociedades escindidas, ciudades divididas y abismos culturales entre grupos que exhiben los más altos grados de modernidad y sectores mayoritarios que se ven reducidos a vegetar en el atraso por tiempo indefinido. Naturalmente que el conflicto adquiere en ese clima social una dimensión preocupante, que los grupos dominantes representarán rápidamente como apocalíptica. Y conste que no me refiero a aquel que puede ser verdaderamente apocalíptico y se relaciona con las «miserias irreductibles» de ciudades

como Los Angeles, Chicago o Bogotá, sino a aquel que intenta reducir el incremento de la distancia entre polos ascendentes de modernidad y cinturones crecientes de retraso social. O que intenta hacer efectiva aquella oferta de «opción» y de «participación» en la sociedad civil que se considera sustantiva de la modernidad.

El conflicto de intereses sociales, que otrora se representó como subversión, es ahora tratado como patología. Excluido del sistema político, el conflicto es retratado como un fenómeno socialmente atrasado, que no responde a intereses contrapuestos, sino a una patología premoderna. Se considera que el tema del conflicto social no es, en todo caso, un asunto que

deba ocupar a sectores de la clase política, salvo que éstos deseen retratarse como arcaicos. En realidad, la ideología predominante plantea la no existencia de intereses sociales, sino el interés de «la modernidad» como una cuestión que escapa a todo interés particular. Pero, ¿cómo puede ser moderna una sociedad que aumenta objetivamente la dimensión del conflicto social y luego pretende erradicarlo como si fuera una patología?

**El conflicto de intereses sociales, que otrora se representó como subversión, es ahora tratado como patología. Excluido del sistema político, el conflicto es retratado como un fenómeno socialmente atrasado, que no responde a intereses contrapuestos, sino a una patología premoderna.**

### La regresión ciudadana

La degradación ideológica de lo que es público y colectivo tiene también relación con otro fenómeno político característico del fin de siglo: el deterioro de la idea clásica del ciudadano y la falta de una nueva visión y una nueva práctica de ciudadanía, que dé base a un nuevo concepto de soberanía popular. Es verdad que este fenómeno, al igual que aquel del retroceso del Estado, tiene razones derivadas de la internacionalización de las economías, la complejización y la tecnificación de las relaciones sociales, etc. que hacen que el principio básico de la

democracia representativa se haga difícil de practicar como en el pasado y demande de los demócratas un enorme esfuerzo de educación, de formación, de transformación de las formas de participación. No se trata sólo de imaginar cómo debe reducirse la distancia entre las decisiones del gobierno y el ciudadano, sino también aquella entre las decisiones del gobierno y las de las estructuras de poder económicas y comunicacionales internacionales que afectan la vida de los ciudadanos. Porque, mientras por una parte el ciudadano participa de manera cada vez más distante en las decisiones centrales del gobierno, el gobierno pierde a su vez de la capacidad de decidir acerca de las decisiones que adoptan grandes conglomerados de poder económico que inciden directamente en la vida nuestra de cada día.

Se supone entonces que lo que debe lograrse, para «el proyecto de la modernidad», es un nuevo ciudadano que comprende la dimensión de aquello que le resulta esencial para vivir en libertad. Que asume la defensa del medio ambiente; que promueve nuevas formas de educación; que lucha por obtener mayores libertades individuales; que combate contra la discriminación racial y de la mujer que participa en su comunidad, etc. Lo que tenemos, sin embargo, es muy distinto. El retroceso del Estado y del viejo ciudadano politizado no se desarrolla en un marco ideológico que promueva nuevas formas de asociación, de comunidad y ciudadanía, sino bajo el predominio de una ideología que incita al individualismo irresponsable, incentiva el hedonismo y la obtención de dinero como motivación principal de toda actividad humana. Muy por el contrario de multiplicar (como se proclama a veces por sus portavoces) el orden de los valores y la

**El retroceso del Estado y del viejo ciudadano politizado no se desarrolla en un marco ideológico que promueva nuevas formas de asociación, de comunidad y ciudadanía, sino bajo el predominio de una ideología que incita al individualismo irresponsable, incentiva el hedonismo y la obtención de dinero como motivación principal de toda actividad humana.**

pluralidad cultural, esta ideología promueve un reduccionismo que subordina al dinero y la lógica de mercado todos los valores, causando además una desafección hacia cualquier forma de altruismo y esfuerzo colectivo. En vez de valorar el movimiento irresistible de la modernidad hacia la libertad individual como la necesidad de menos Estado, pero más organización colectiva de las organizaciones intermedias, de menos burocracia y más democracia, la prédica de esta versión «post-liberal» de la modernidad, desprecia el tema de la cohesión social, de la comunidad y del Estado, sin entender que ellas son condiciones para una existencia civilizada. Se favorece así una regresión que hace de cada hombre y mujer un individuo aislado, un «pasotista», preparado para consumir y competir, o al menos intentar hacerlo. Un «idiota», entendido en el sentido clásico griego que lo relacionaba con la indiferencia ante los asuntos públicos. Se devuelve así al individuo a un mercado, que en algunas descripciones suena bastante parecido a aquel temible «estado de naturaleza» descrito por algunos filósofos políticos clásicos.

### La ideología post-liberal

Retornamos de este modo al tema que he planteado originalmente: el del descrédito de la política y de los espacios de la política. Para muchos ciudadanos, la política de esta «modernidad» no se traduce en mayor protección social estatal, pero tampoco en una integración a nuevas formas «privadas» de protección; no les permite como antes un acceso al Estado, pero tampoco les hace participar en la supuesta «distribución del poder». La política no incluye ya el derecho al conflicto de intereses. Ella se concentra en decisiones lejanas, a las que

difícilmente se logra acceder, no diremos participar.

En realidad, que mucha gente se sume a esta ideología de descrédito de lo público, no debe resultar por lo tanto demasiado extraño. En efecto, si el «relato» publicitario y «cultural» con que se nos bombardea es que las decisiones socialmente relevantes no están ni deben estar en el juego político, y el mercado -que es lo que verdaderamente importa- demanda democracia, sino «la adrenalina de la competencia individual», ¿por qué debo participar como «ciudadano» en una carrera entre gentes que consiguen prestigio e influencia a partir de repetir lo que leen en las encuestas de opinión? Más aún: si la cultura «verdaderamente moderna» es la del individualismo y la del culto al hedonismo, ¿qué sentido tiene que dedique energías a una participación altruista en una comunidad? Y si lo hiciera, ¿por qué habría de practicar este altruismo en el juego político? Más lógico parece hacerlo en las telenovelas, en los espectáculos de caridad pública, junto a actrices y futbolistas. Es necesario observar que esta ideología no se vende sólo como un producto «político», sino que se diversifica a través de todo un sistema mediático y lúdico, como un «relato» publicitario, televisivo y social. Se encuentra desde el retrato del «político» en la telenovela, hasta en el análisis del encuestólogo que estudia motivaciones políticas. Y recibe a menudo contribuciones -supongo que inconscientes- de los propios políticos, que no tienen reparos en «vender» su vida privada a revistas del corazón, o fotografiarse cantando rock o haciendo avisos comerciales, con lo que no subrayan precisamente su carácter de servidores públicos, sino que fundamentan su actividad en el espectáculo público.

Existe, sin embargo, junto a esta visión «light» y banalizadora de la política y los políticos, otra más

**Más aún: si la cultura «verdaderamente moderna» es la del individualismo y la del culto al hedonismo, ¿qué sentido tiene que dedique energías a una participación altruista en una comunidad?**

"pesada" que observa los problemas políticos descritos, no como problemas, sino como manifestaciones bienvenidas e inevitables de la «modernidad». Revestida de un carácter «científico», la ideología se asila aquí en el viejo simplismo que reduce toda actividad humana al resultado del cálculo costo-beneficio y afirma que las instituciones socio-políticas son en realidad el objeto del análisis económico. De este modo, los políticos son «empresarios del poder», que compiten en un «mercado político» en el que, como cualquier otro tipo de empresarios, persiguen su interés individual. Los partidos son asociaciones empresariales de poder; organizadas para promover a quienes pueden conseguir mayor influencia en el Estado

(o en grupos de poder económico privados) para sus clientelas internas. De donde se deriva que lo que es óptimo para los políticos, difícilmente es óptimo para el interés público. Esta visión, profundamente corruptora de la sociedad, y que expresa en sí misma una visión verdaderamente patológica del ser humano, es sostenida por conocidos economistas internacionales y transmitida como «enfoque científico» en escuelas universitarias.

En verdad, reviste a menudo el carácter de una profecía autocumplida respecto al desarrollo de la corrupción en el sistema político. Hace inexistente cualquier pretensión de servicio público y muestra -al «consumidor ciudadano»,- la política como una actividad de la que hay que defenderse, porque amenaza necesariamente la esfera de las libertades individuales.

La defensa de los individuos frente a la política estará garantizada, en esta lógica, por la «privatización» del juego político. El Estado debe ser «ocupado» paulatinamente por la normativa y la lógica que rigen a la empresa. Se pide al Estado que funcione con criterios de productividad similares a

los de una sociedad anónima comercial. Que suprima los engorrosos controles burocráticos del gasto en aras de la eficacia gerencial. (Algo que sin constituir una relación de causa a efecto con el incremento de la corrupción estatal, sin duda la facilita). Que se limite al orden público y la mantención de los equilibrios macroeconómicos, etc.

### Las consecuencias

No es difícil imaginar aquel cuadro de deterioro extremo al que puede conducir esta visión de la política. Reducida primero a una competencia en la que priman las encuestas de opinión y la publicidad, los políticos deben competir por el favor público desde un escenario que privilegia el inmediatismo, el golpe de efecto y la individualidad. Se ven privados de la posibilidad de decidir sobre la calidad, la dirección y el destino de la colectividad. De poco sirve tener una «visión» de la sociedad, o estudiar sus problemas de largo plazo. Pronto conocen la impotencia de este poder ficticio, lo que constituye un elemento evidente de desgaste y puede que también de descomposición. Su legitimidad se deteriora, y dependientes a menudo de un tipo de financiamiento privado capaz de generar lazos de dependencia muy negativos para la sanidad del sistema, enfrentan una tarea que es a la vez cada vez más cara y desprovista de sentido sustantivo. Quien tiene éxito en ese contexto es el empresario del poder para sí mismo, el empresario de la imagen propia.

Tampoco es necesario insistir acerca de la gravedad de este proceso de deterioro. Conviene, sin embargo, destacar dos razones, entre tantas, que marcan su inicio y su punto de no retorno. La primera es que el deterioro de «lo público» lleva muy

fácilmente a olvidar que la transformación del Estado, su modernización y la disminución de su poder en favor de la sociedad civil, no es equivalente al desaparecimiento del Estado como actor central. En realidad, tras la oferta publicitaria y machacona de una sociedad civil que clama incesante por una desregulación tras otra, supuestamente aherrojada por una bestia estatal, yace un llamado a una lucha maniquea, en la que «el bien», la sociedad, debe destruir al «mal», el Estado. Y así se llega muy fácilmente a olvidar que el Estado es la condición para una convivencia civilizada.

Debemos subrayar que la creciente complejidad de las actividades humanas, su interdependencia y la

**El deterioro de «lo público» lleva muy fácilmente a olvidar que la transformación del Estado, su modernización y la disminución de su poder en favor de la sociedad civil, no es equivalente al desaparecimiento del Estado como actor central.**

más gran libertad de los actores, no conducen a una especie de fallecimiento del Estado en beneficio de un gran mercado regulado automáticamente, como pretenden los ideólogos neo-liberales. Al contrario: la aceleración de los cambios lleva consigo una extensión extraordinaria de las prácticas de mercado, que conlleva la necesidad paralela de regulaciones y servicios de todo tipo que no pueden ser asegurados más que por las autoridades públicas. Si eso no sucede, se deriva un

desprestigio creciente del gobierno acompañado de un clima social que transita entre la indiferencia y la desobediencia y que envuelve no sólo a los gobernados, sino también a los gobernantes, quienes en algunos lugares actúan como si no creyeran en lo que hacen y se limitan a administrar, sin conducir.

La segunda razón es que si hasta ahora podemos destacar alguna reacción contraria al «clima ideológico» que comentamos, ésta es -tal como puede verse hoy en la Europa de los desempleados y las migraciones- el recurso a la irracionalidad y el retorno a los peores excesos de este siglo. En efecto, más que una reacción «democrática» en favor de la «co-

munidad» y en contra del individualismo salvaje, lo que estamos presenciando es el retorno de los irracionalismos que presagia el retorno de los brujos. Porque es difícil no relacionar este fenómeno ideológico de deterioro de «lo público» y por lo tanto del sentido de comunidad, con la reaparición de fundamentalismos, racimos y tribalismos visibles hoy en Europa y también de algún modo en los Estados Unidos. ¿Cómo no ver que ella refleja una reacción de los excluidos del festejo de la privatización, de los que no encuentran ya en la democracia «la comunidad» que les permitía al menos teóricamente defenderse de la marginalidad, o ingresar en el sistema? Esos vastos grupos sociales, privados además, como están, de cualquier interpretación crítica de la realidad, se encuentran más que disponibles a cualquier propuesta movilizatoria, por irracionalidad y anti-democrática que ésta sea.

### Civilizar la modernidad

¿Qué hay tras esta visión de la política? ¿Qué se puede concluir de todo esto? En realidad, creo que lo primero a observar es ni más ni menos que la vieja fuerza del capitalismo y su capacidad de generar la internacionalización, de impulsar los mercados, de empujar la creación de un mercado mundial a cualquier costo. Un proceso cuyas ideas rectoras y racionalizadoras no consideraron nunca el control del hombre sobre el proceso, que no dependen de ningún humanismo, ni de valores cristianos, ni racionalistas, sino sólo de la capacidad de incrementar la producción y el lucro a cualquier costo. Lo que sucede, sin embargo, y que hace este proceso mucho más extraordinario, es que hoy esta fuerza se encuentra basada en la más gigantesca de las revoluciones tecnológicas que ha conocido la humanidad. El cam-

**Porque es difícil no relacionar este fenómeno ideológico de deterioro de «lo público» y por lo tanto del sentido de comunidad, con la reaparición de fundamentalismos, racimos y tribalismos visibles hoy en Europa y también de algún modo en los Estados Unidos.**

bio tecnológico es mayor en esta tres últimas décadas que en los últimos cien mil años y las maravillas en el terreno de las comunicaciones, de la biología, de la medicina parecen reabrir la idea del progreso infinito. Al mismo tiempo, sin embargo, hemos destruido el medio ambiente con mayor ferocidad en los últimos cincuenta años que en toda la historia anterior del hombre, sin que nadie parezca capaz de impedirlo. Y sabemos que centenares de millones de personas migrarán de un lado a otro en el mundo, buscando mejor vida y cambiando nuestras ideas, nuestras culturas y nuestros conflictos.

Es comprensible entonces que en ese contexto, el proceso sin modelo, abierto, ávido de novedad que es la modernidad, parezca no dejarnos mucho espacio para intentar decidir de nuevo acerca de la calidad, la dirección y el destino de la comunidad. Y no es raro que haya alguna gente que adopte una postura religiosa frente a esta modernidad, pensando que «el mercado» o «la historia» proceden por sí mismos en la selección de lo que es bueno y malo. Que algunos concluyan, por lo tanto, que no tiene sentido que la gente ponga su talento a concebir una sociedad mejor y más justa, porque además de inútil, el esfuerzo incurre en el muy condenable pecado de «constructivismo», de detener el «cambio», de impedirlo.

Es aquí, me parece, donde radica para nosotros los socialistas el meollo del problema. Es aquí donde se halla, a mi juicio, la cuestión esencial que define nuestra identidad y relaciona nuestras ideas básicas con la acción política. Porque lo que esta concepción de la modernidad pone radicalmente en cuestión es nuestra concepción del cambio. En efecto, desde el inicio de la sociedad industrial, el cambio ha sido para nosotros un movimiento de personas que re-

crean la solidaridad rota por la competencia dentro del capitalismo. Y que, como consecuencia de su movimiento, logran imponer principios, normas y leyes, que restablecen un cierto equilibrio y permiten un avance concreto, pero siempre relativo, de los valores de la justicia, de la libertad y la solidaridad. El cambio, por lo tanto, ha sido y es siempre para nosotros una cuestión esencialmente política, vinculada por definición a los movimientos políticos y sociales, a la capacidad de la gente de reflexionar, de organizarse, de humanizar la vida, de pensar y construir una sociedad más justa.

De aquí se deduce que el principal desafío de los socialistas -un desafío inmenso, que nos obliga a reinventar la manera como pensamos la política- es recuperar la capacidad de resituarse «la acción de construir comunidad» en la vida de la gente, de repensar y redefinir la acción social en el escenario ineludible que nos coloca la transformación de la sociedad moderna. Asumir la internacionalización y la modernización como nuestra, para civilizarla: he ahí el tema central. Y ello comienza por producir un

**Parece que la muerte de la idea de una «sociedad socialista» alternativa a la «capitalista» ha amputado a muchos de toda posibilidad de conceptualizar una crítica hacia la forma actual de organización social.**

cambio de actitudes en nosotros mismos respecto de la política como ética del servicio público. Estos son temas para otra exposición, por lo que no abundaré aquí en ellos. Pero es necesario terminar diciendo que este esfuerzo de refundación socialista sólo será posible si reconocemos un hecho central y universal que nos afecta gravemente y que debe ser lo primero a enfrentar. Ello es que se ha producido un verdadero derrumbe del pensamiento crítico. Que parece que la muerte de la idea de una «sociedad socialista» alternativa a la «capitalista» ha amputado a muchos de toda posibilidad de conceptualizar una crítica hacia la forma actual de organización social. Que, junto a las palabras que se han evaporado, ha disminuido también la capacidad y la voluntad de plantear el tema de la libertad y la justicia, de la igualdad y la fraternidad, para contrastarlos con la realidad. Si esos son los valores permanentes que definen al socialismo, debemos igualmente recordar que a éste lo caracteriza también una actitud sin la cual no existe: la de no aceptar cualquier realidad como un valor. 



# NUESTRAS SEÑAS DE IDENTIDAD

ENRIQUE CORREA

Una primera definición acerca de la textura del documento resultante de la Conferencia Nacional de Proyecto Socialista. Este debe ser:

1. Un documento que dé cuenta de los cambios en el mundo y en nuestro país.

2. Un documento que exprese nuestras convicciones más profundas sobre los tiempos que vivimos, más que la enumeración de grandes principios inalterables que serían incompatibles con los tiempos de cambio epocal o mutación a los que tan bien se ha referido Carlos Altamirano.

3. Un documento que, asumiendo sin temor los cambios, dé cuenta de nuestra historia y de nuestros legados o herencias y por tanto de la densidad y no de la brevedad de nuestra definición.

4. Un documento que de partida nos defina: como demócratas, como modernos y como expresión del mundo popular y de los derechos ciudadanos.

a) Una definición socialista de la democracia está asociada a tres conceptos claves: estado de derecho, libertades, ciudadanía.

El concepto básico es reivindicar el origen ciudadano de la soberanía democrática.

El poder político viene de abajo y no de lo alto. Así como no proviene naturalmente de los reyes, ni

de Dios, ni de la riqueza, ni de las armas, tampoco proviene de la vanguardia que posee ideologías «correctas» o científicas.

El principal actor de la democracia entonces no es el Estado, sino el ciudadano y sus derechos. Nos proponemos, pues, la apropiación de lo público por el ciudadano. Nuestro horizonte es acercar el Estado a la gente. La lejanía de los ciudadanos del Estado y de la política constituye uno de los problemas mayores de la política moderna.

Nuestros propósitos en este terreno apuntan a:

- El fortalecimiento de la ciudadanía, y de
- Los derechos y libertades civiles.
- La ampliación de las libertades en el ámbito cultural, moral y social.
- La reducción de las atribuciones del Estado que vulneran, invaden y distorsionan esas libertades.

La libertad es indivisible. Las libertades se atraen. No se puede ser

liberal en lo económico y autoritario en lo político. No se puede ser democrático en lo político, liberal en lo económico y conservador en la cultura.

Me parece importante definir al Partido Socialista como el Partido de las libertades.

**La secularización.** Junto con la pobreza, probablemente el ámbito de la secularización sea en el que estamos más lejos de la modernidad.

**El poder político viene de abajo y no de lo alto. Así como no proviene naturalmente de los reyes, ni de Dios, ni de la riqueza, ni de las armas, tampoco proviene de la vanguardia que posee ideologías «correctas» o científicas.**

El Estado es una entidad moral en sí misma y para mantener este carácter no necesita buscar apoyos morales externos, sino actuar conforme a las normas que los ciudadanos han establecido en la Constitución y en la ley.

El Estado no es neutral desde un punto de vista moral, favorece ciertos valores e inhibe determinados disvalores. Es neutral y no le conciernen las diversas posiciones religiosas y morales. Más bien, parte de su deber moral es no adscribirse a la moral de algún grupo en particular.

Quiero detenerme en una glosa sobre este punto.

Comparto la opinión de Carlos Altamirano: la Iglesia ha retrocedido ante la modernidad y ha revisado los aspectos claves del Concilio.

Es importante decir algo más sobre la raíz del asunto.

En el surgimiento de la modernidad, Lutero se convirtió en uno de sus fundadores, junto a Adam Smith, Carlos Marx, Darwin y Freud.

La respuesta de la Iglesia Católica fue parapetarse en el Concilio de Trento. El Concilio Vaticano II recogió y asumió todos los grandes problemas planteados por Lutero y buscó reencontrarse con la modernidad. Por eso es tan grave la revisión fáctica del Concilio que ahora se lleva a cabo. Basta leer el Cuerpo Artes y Letras de El Mercurio para medir la magnitud del retraso.

El punto es delicado, además, porque para la Iglesia fue posible encontrar puntos de contacto con el marxismo en materia de doctrina social y con el liberalismo en el terreno de los derechos humanos. Pudo ser portavoz de ellos, recoger éticamente el clamor de los pobres. Pero, en el terreno de la doctrina moral ha resultado ser irreconciliable con la vida moderna. Al levantarse como baluarte poseedora de una doctrina moral inmutable, la Iglesia niega un

asunto más de fondo: la autonomía de lo temporal, la autonomía de los ciudadanos (que fue el punto más importante de ruptura con Lutero). Y la autonomía no es un asunto adjetivo, sino sustancial del mundo moderno.

En ese punto no tenemos sino que afirmar la autonomía y la secularización como fenómenos clásicos de la modernidad con la que nos identificamos.

Otro asunto, siempre relacionado con la ciudadanía: la lucha contra la discriminación:

- contra los jóvenes (por su modo de vestir, sus conductas libres)

- contra las mujeres.
- contra las minorías étnicas.
- contra los pobres, su cultura y sus costumbres.

- contra los extranjeros que no tienen un origen anglo-sajón.

La discriminación se levanta como el gran fantasma incivilizado que nos amenaza.

Una conclusión o síntesis, en una frase, de estos dos últimos puntos, secularización y discriminación: estamos radicalmente en contra de cualquier fanatismo.

**Un fenómeno propio de la postmodernidad: la disolución de los actores colectivos. La coexistencia de fenómenos de globalización y de fragmentación, parecieran ser sesgos básicos de la época que vivimos.**

b) Nuestro horizonte es la modernidad.

Me parece interesante y sería la tesis que aquí nos ha planteado Carlos Altamirano en orden a que en nuestra época se superponen dos transiciones fundamentales:

- De la modernidad a la postmodernidad en el mundo anglo-sajón del norte del mundo.

- De la premodernidad a la modernidad en nuestro mundo.

Comparto, en todo caso, que el fenómeno clave es la globalización, la mundialización de los fenómenos políticos, económicos y sociales.

A ello agregaría un fenómeno propio de la postmodernidad: la disolución de los actores colectivos. La coexistencia de fenómenos de globalización y de fragmentación, parecieran ser sesgos básicos de la época que vivimos.

Pero, volviendo al fenómeno que he llamado principal: el de la globalización. Este es el proceso que explica otro asunto al que hace referencia Carlos Altamirano en su ponencia: la superposición en nuestro tránsito a la modernidad de valores e instituciones propios de la postmodernidad.

Compartimos con el mundo desarrollado las dudas fundamentales relacionadas con conceptos medulares, fundacionales de la modernidad.

Menciono solamente tres:

- El concepto de progreso
- El de ciencia
- El de clase obrera

Pero quisiera volver al tema de nuestro tránsito a la modernidad, porque una de las características de nuestro momento histórico es precisamente la superposición y entrelazamiento de la transición a la democracia y el tránsito a la modernización.

Creo que debemos ser extraordinariamente afirmativos en nuestra identificación con ella.

Debiéramos afirmar que tenemos enfrente la oportunidad histórica de convertirnos en un país desarrollado y moderno en el curso de esta generación.

Tenemos que ajustar cuentas con la teoría de la dependencia.

En los 60 afirmábamos que la dependencia era un fenómeno que afectaba tan íntima y tan fundamentalmente a nuestras sociedades que el desarrollo no era posible para las naciones rezagadas, a no ser que se produjera una ruptura radical con el capitalismo.

Creo que ese concepto ideológico ha quedado atrás. Ese es, en mi opinión, el significado más profundo del Este del Asia, y su actual febril pasión por el crecimiento.

Pienso que es preciso reconocer que la contienda en torno a la mayor eficacia económica entre economías centralmente planificadas y economías de mercado quedó zanjada en favor del mercado.

Creo que debemos evitar todo resabio que transmita la señal que para nosotros el mercado es un dato que aceptamos a regañadientes o con resignación.

Por el contrario, la economía de mercado es un desafío para plantear en ese terreno nuestras aspiraciones de libertad y equidad que constituyen la médula de nuestras convicciones.

Resistir la modernidad, refugiarse en un rincón nostálgico por las revoluciones del pasado y por nuestros sueños incumplidos es un nuevo modo de ser conservador.

Ser reaccionario es precisamente negarse a las tendencias históricas básicas.

Los socialistas debemos proponernos no sólo ser el partido de la democracia, los derechos ciudadanos y la justicia social, sino

proponernos convertirnos en corriente protagónica del tránsito a la modernidad.

Sin embargo, lo anterior no puede ser entendido como un llamado a una especie de optimismo ingenuo en la modernización o en las supuestas virtudes omnipotentes del mercado.

**Las caras de la luna son dos.** Una visión progresista de la modernidad y del tránsito a la modernización es aquella que desnuda el lado oscuro de la luna.

El mercado y sus automatismos generan creci-

**Una de las características de nuestro momento histórico es precisamente la superposición y entrelazamiento de la transición a la democracia y el tránsito a la modernización.**

nimiento y en ese terreno debemos ser desprejuiciados en liberar al mercado de trabas inútiles para que genere más crecimiento.

Pero el mercado y sus automatismos no generan equidad social, equilibrio medio ambiental, ni equilibrios regionales al interior del país.

La tendencia a la homogenización propia del capitalismo no contribuye, por sí misma, tampoco, a evitar la discriminación.

Por ello, a diferencia de los neoliberales, debemos afirmar que el Estado sigue siendo un factor clave en la modernización.

Debemos enfrentar en el plano de las ideas el enfoque que parte de la base de que el Estado debe ser tratado siempre como un adversario potencial de la modernización, como un peso muerto que ésta tiene que cargar sobre sus espaldas.

Creo que no podemos eludir una definición nuestra clara acerca del Estado y su papel.

Tenemos, también, que ajustar cuentas con nuestro estatismo del pasado.

Creo que sería un error, sin embargo, enredarse en una polémica ideológica entre neo estatistas y neo liberales.

Para ello debemos superar la visión estrecha que convierte el tema del Estado en el tema de las privatizaciones.

El papel del Estado no depende más de su carácter de propietario o proveedor directo de bienes y servicios, sino en el modo cómo adquiere fuerza para asegurar que el crecimiento genere equidad y no exclusión.

Para que no se siga adelante con el uso anárquico de los bienes de la naturaleza y por el contrario se desarrolle con respeto al equilibrio medio ambiental.

Para que no se siga reproduciendo el fenómeno de desigualdades interregionales, en un país en el que

conviven regiones que alcanzan grandes niveles de prosperidad con zonas que se hundieren en la decadencia.

c) En nuestro papel de expresión del mundo popular y de los derechos ciudadanos, son grandes temas para nosotros:

- el de la equidad social,
- el de la reforma de la educación y la reforma de la salud,
- el de la descentralización y la regionalización.

Ello tiene que ver con aquello que es constitutivo de nuestro propio origen: representar al mundo popular en un país que va a la modernización en un mundo de cambios vertiginosos. Son asuntos que deben ocupar un lugar relevante en el discurso que articule nuestras convicciones más profundas.

El papel normativo y regulador del Estado. El papel concertador de éste en la formulación de un modelo de desarrollo es un gran debate pendiente en nuestra sociedad que debe ser relevado por nosotros.

Dos notas breves sobre este punto:

i) Hay que levantar como grandes temas permanentes de nuestro diseño estratégico el crecimiento con equidad.

Debemos afirmar que el crecimiento que junto con producir más riquezas produce más pobres, contiene siempre el riesgo de la ruptura y del estancamiento.

Con la misma fuerza, sin embargo, debemos ahondar nuestras distancias con el populismo, que propone toda suerte de políticas públicas para combatir la pobreza que no se basan en el crecimiento económico.

Fuimos, en el pasado, demasiado displicentes con la inflación, que constituye junto al desempleo, los

**Visto desde el diseño de un modelo de modernización, ésta debería ser entendida como una modernización sistémica, que supere nuestra actual modernidad con fax, computadores, hepatitis y aguas servidas.**

dos factores mayores de inestabilidad de la economía y de la política.

ii) Creo que es muy interesante el enfoque que nos hizo Juan Ruz sobre el doble origen: técnico y ético de la propuesta de crecimiento con equidad.

Pero la equidad no es sólo un imperante ético, sino una condición del propio desarrollo moderno del país.

Pocas dudas caben que está llegando a su fin la creencia errónea en la expansión indefinida de nuestra economía exportadora.

Tenderemos al estancamiento si no damos un salto a nuestra modernización. Es ya un lugar común afirmar que un asunto esencial de esta fase es el aumento del valor agregado a nuestras exportaciones.

Debemos vender más calidad, más inteligencia, y ello no es posible sin políticas públicas que apunten a la educación, a la salud, en definitiva a la equidad.

Hay una identidad sustancial entre el propósito de la modernización y la lucha contra la pobreza.

La pobreza es el talón de Aquiles de nuestra modernidad.

Visto desde el diseño de un modelo de modernización, ésta debería ser entendida como una modernización sistémica, que supere nuestra actual modernidad con fax, computadores, hepatitis y aguas servidas.

Visto desde el otro rincón, el mundo popular concibe la modernización y el crecimiento con equidad como la única oportunidad, el único camino viable para la elevación de la calidad de vida de las mayorías.

Estoy de acuerdo en que requerimos sustentos más profundos para nuestra actual política de coalición.

La triada democracia, crecimiento y equidad no tiene otro sustento político posible que una coalición

de centro-izquierda.

La centro-izquierda, por otro lado, fue el motor dinamizador de nuestro primer impulso modernizador, en el período del modelo de crecimiento hacia adentro.

Ahora lo debiera ser de nuevo: en el empeño por una modernización sistémica, integradora, que concite los equilibrios macroeconómicos con los equilibrios sociales, ecológicos y regionales.

Otra virtud de nuestra actual política de concertación es que desde allí podemos impulsar un factor clave del éxito: la concepción de las políticas de Estado y de los consensos nacionales.

Una consideración final:


Creo que debemos hacernos cargo de nuestra herencia marxista y liberal.

Creo que debemos ser radicalmente críticos de las ideologías comprendidas como sistemas totalizantes, con pretensiones de verdad científica inapelable, como verdaderas religiones laicas.

Pero, a la vez, ello no puede significar que comprendamos la política como un mero juego de

máquinas de poder para repartirse el país como una torta.

La política no es el reino de la amoralidad, ni de los corsarios sin Dios ni ley.

La política está atravesada por propósitos éticos. Entendemos la ética no como un decálogo de restricciones, sino como un conjunto de propósitos, principios y convicciones que configuran un horizonte ético que tenemos siempre al frente, que siempre nos atrae y nos entrega criterios, carta de navegación para nuestro cotidiano ejercicio del oficio político. 

**Debemos ser radicalmente críticos, de las ideologías comprendidas como sistemas totalizantes, con pretensiones de verdad científica inapelable, como verdaderas religiones laicas.**

# CRISIS DE LA IZQUIERDA: UN DESAFIO PARA LOS SOCIALISTAS

CLODOMIRO ALMEYDA

Comenzaremos por decir que es ocioso remarcar la existencia de una crisis de la izquierda en nuestro subcontinente. A ojos vista, cual más, cual menos, los actores ideológicos y políticos de esa izquierda se encuentran perplejos ante las grandes novedades de los tiempos recientes, que han derrumbado toda una mitología de seudo verdades y llegan a cuestionar aquellas certezas sobre las cuales se sostiene el pensamiento de izquierda. Pensamiento animado por el ideario socialista y su principal fuente de inspiración, el marxismo. Esta perplejidad y desorientación de nuestras izquierdas las sume en un vacío ideológico que les dificulta concebir una propuesta alternativa, tanto frente al neoliberalismo, como frente al neopopulismo de izquierda y de derecha, que son los principales protagonistas de nuestras luchas políticas.

El neoliberalismo con ribetes autoritarios constituye la cubierta ideológica para racionalizar las formas renovadas que asumen las fuerzas de conservación social para prolongar su hegemonía en la sociedad. Y el neopopulismo, en sus varias versiones, es la respuesta fácil, superficial y cortoplacista a la compleja situación que viven nuestros pueblos.

Frente a estos dos actores de nuestra escena política -incapaz el primero de resolver de manera radical la problemática que aflige a la sociedad

contemporánea e infecundo el segundo para adelantar propuestas que vayan más allá de dar un respiro momentáneo y contraproducente a las manifestaciones de esa problemática-, hay necesidad de levantar un proyecto de izquierda, progresista, popular y nacional que retome, por una parte, el camino hacia formas más justas y humanas de convivencia social y que trascienda, por la otra, el simple reivindicacionismo sectorial, que pierde de vista al conjunto y al mañana, agravando los problemas en vez de resolverlos.

Para comprender esta problemática que vive la izquierda, hay que contextualizarla en el marco de la situación que vive el mundo contemporáneo.

Atravesamos, en estos últimos decenios del siglo veinte, por una etapa profundamente conservadora, en la que las fuerzas reaccionarias que se empeñan por sostener el orden establecido, han tomado la ofensiva, intentando desprestigiar, no sin éxito, a los movimientos de izquierda, motejando a sus ideas y valores de arcaicos y fracasados.

Estamos en presencia de un período de reflujo en el desarrollo de la humanidad -como los ha habido otros en la historia- pero que son a la larga simples paréntesis, que no logran ni pueden lograr poner diques definitivos al proceso de autotransformación del hombre y de la sociedad en procura del despliegue

**Nos encontramos, pues, ante un período de reflujo, semejante a la llamada época de la Restauración, que vivió la Europa tras la Revolución Francesa y las gestas napoleónicas.**

de las virtualidades latentes en la condición humana. Virtualidades que, por cierto, son negadas por las fuerzas conservadoras, que quieren congelar la historia en la era del capitalismo, con todas sus irracionalidades e injusticias.

Nos encontramos, pues, ante un período de reflujo, semejante a la llamada época de la Restauración, que vivió la Europa tras la Revolución Francesa y las gestas napoleónicas, signada por la vuelta en gloria y majestad del absolutismo luego del Congreso de Viena en 1815.

Este retorno del «*ancien régime*» no fue tan efímero y sólo luego de treinta años, en 1848, la historia recuperó su cauce y las conquistas democráticas y liberales de la revolución burguesa lograron permear profundamente a las sociedades europeas.

Ahora también, a la manera de Metternich a comienzos del pasado siglo, las Thatcher y los Reagan han querido detener la historia -incluso haciéndola retroceder-. Pero hoy en día, después de transcurrido el «boom» neoconservador y neoliberal de los años 70 y 80, se asoman ya por doquier las señales de agotamiento de esta etapa reaccionaria y se insinúan los síntomas de que para ella ha llegado también la hora del «Manen, Thecel, Phares».

Pero, no nos alejemos de nuestro tema. La crisis de la izquierda latinoamericana se inscribe, pues, en el cuadro de este reflujo histórico mundial, que la sobredetermina e influye sobre ella.

¿Cuáles son las causas que han hecho posible esta nueva Restauración, este período de reflujo, traducido en lo espiritual en este sofocante clima de arcaísmo y esterilidad ideológica que hoy abruma a la sociedad contemporánea?

En primer lugar, ha contribuido a configurar este cuadro el fracaso histórico de las experiencias

sociopolíticas del llamado «socialismo real». Estas ambiciosas empresas habían encendido las esperanzas durante la primera mitad del siglo de centenas de millones de hombres, que creían que a través del forado abierto por la Revolución de Octubre en el mundo capitalista podía avanzar el género humano hacia modalidades superiores y justicieras formas de convivencia colectiva.

Este fracaso y la forma súbita y estrepitosa con que se manifestó, anonadaron las conciencias de los hombres de izquierda en todo el mundo -y por tanto, también de América Latina-. No escaparon a este impacto ni siquiera aquellos que desde la izquierda habían asumido una posición crítica y en algunos

casos beligerantemente crítica frente a esas experiencias, puesto que no podían negar su afiliación cultural al movimiento ideológico y social nacido a mediados del pasado siglo como socialismo, y del cual se reconocían tributarios los autores de la Revolución Rusa y los responsables de lo que fue y como fue la Unión Soviética.

No es del caso referirse aquí circunstanciadamente al porqué del fracaso de estos ensayos socialistas.

Bástenos dejar constancia de que ellos se produjeron en escenarios caracterizados por el retraso económico y cultural y en condiciones de un cerrado aislamiento en el seno de un mundo cada vez más internacionalizado. No estaban, pues, presentes los supuestos para que esas experiencias fueran exitosas.

Se ha querido inferir por los ideólogos reaccionarios que el colapso de los «socialismos reales» involucra también la caducidad del marxismo, en tanto teoría inspiradora de aquellas experiencias. En realidad, es todo lo contrario. El colapso de los «socialismos reales» confirma las tesis marxistas acerca de las condiciones necesarias para que el capitalismo en crisis pueda ser reemplazado

**El colapso de los «socialismos reales» confirma las tesis marxistas acerca de las condiciones necesarias para que el capitalismo en crisis pueda ser reemplazado exitosamente por el socialismo.**

exitosamente por el socialismo. Y el hecho de que esas experiencias hayan colapsado se debe al olvido de aquellos supuestos y al afán voluntarista de hacer caso omiso de las limitaciones colocadas por la realidad a los intentos de alcanzar en breve plazo objetivos ambiciosos que son tarea para muchas generaciones, lo que se inscribe en una lógica idealista que nada tiene que ver con el realismo característico del pensamiento marxista.

Paralelamente a este fracaso del llamado «socialismo real», la conciencia del hombre de izquierda en las postrimerías de este siglo, fue duramente golpeada por otro hecho de no menor envergadura. El régimen capitalista imperante en la mayor parte del mundo, lejos de haberse debilitado luego de la segunda guerra mundial y de haberse precipitado en crecientes crisis estructurales, como lo preveían y anunciaban sus agoreros, demostró una sorprendente capacidad de adaptación a las nuevas circunstancias y una no menos admirable aptitud para aprovecharse rápidamente de los avances de la revolución científico-técnica de la postguerra, lo que le permitió incrementar a ritmos insospechados la productividad del trabajo. El capitalismo se mostraba en la práctica más eficiente y creativo que los socialismos reales, los que luego de un período de notables progresos, habían ido cayendo en el estagnamiento, la inercia y la rutina. Se desvanecía así también otra de las creencias mitológicas del arsenal ideológico del socialismo tradicional: su fe en la necesaria y cada vez más próxima crisis terminal del capitalismo, al que se presumía incapaz de enfrentarse a sus contradicciones internas, y perdiendo terreno frente a los avances del campo socialista, al que se visualizaba carente de las limitaciones que caracterizaban al capitalismo. La realidad andaba

**La realidad andaba por otro lado y la fuerza y progresividad del capitalismo contemporáneo dejaron a la izquierda con un palmo de narices.**

por otro lado y la fuerza y progresividad del capitalismo contemporáneo dejaron a la izquierda con un palmo de narices, sin poder explicarse cómo un régimen que creía casi moribundo gozaba de no sólo buena, sino de excelente salud.

Y, como si esto fuera poco, el llamado socialismo democrático europeo, o sea la socialdemocracia, artífice del Estado benefactor, que tanto ayudó a hacer compartir por las clases trabajadoras los frutos del incremento de la productividad del trabajo, entró en los años setenta en un período de agotamiento de sus potencialidades. La detención del crecimiento económico, la inflación y la ineficiencia productiva, que comenzaron a manifestarse en los países rigidos

por los socialdemócratas, sirvieron también de pretexto para que el neoliberalismo proclamara la bancarrota del intervencionismo estatal, de los proteccionismos y del Estado asistencial, como asimismo del ideario keynesiano que le servía de inspiración teórica. Se asestó así otro golpe a la confiabilidad del socialismo, en este caso su variante reformista y moderada.

En América Latina, casi coetáneamente con el agotamiento de las virtualidades del modelo social-demócrata en el Viejo Mundo, y en alguna medida interrelacionado con este fenómeno, se produjo también la pérdida de las potencialidades progresivas del modelo desarrollista «cepaliano», teñido de un fuerte matiz populista. En todos los países en que se llevó a la práctica ese modelo, también llamado de desarrollo «hacia adentro» o «sustitutivo de importaciones», se desató durante los años sesenta y setenta una violenta e incontrolable inflación, con sus secuelas de desorden social y de anarquía política. En la mayoría de los casos esa crisis del desarrollismo populista desembocó en dictaduras militares contrarrevolucionarias, como



respuesta al temor a una revolución social y al desorden caótico en que se sumieron los países víctimas de esas desafortunadas políticas.

Esta serie de desilusionantes experiencias a nivel planetario y subcontinental, dejó a la izquierda latinoamericana desconcertada y sin proyecto. No cabía insistir en el populismo (salvo para los más porfiados, que por desgracia los hay), cuyos amargos frutos ya se conocían. Pero tampoco podía convertirse en seguidora de las recetas neoliberales que afloraban por doquier, estimuladas por los vientos que en esa dirección soplaban desde Europa.

De esto han pasado ya algunos años. El neofiberalismo comienza a agotarse, pero la izquierda latinoamericana no logra levantar todavía la alternativa a las recetas neoliberales y al populismo demagógico, aunque elementos para ello existen y se perfilan, pero más como producto de la práctica que como resultado de la reflexión teórica.

Del análisis crítico de estas frustraciones, que han impactado la conciencia de la izquierda y que la mantienen, en lo grueso, morosa con su obligación de gestar una propuesta política popular, avanzada y renovadora, pueden extraerse ya algunas promisoras enseñanzas.

Desde luego, hay que destacar que la empresa de construir sociedades socialistas a corto plazo -en países pobres e insuficientemente desarrollados y en un marco de aislamiento del resto del mundo-, ha demostrado ser inviable, por cuanto degenera en regímenes represivos y burocráticos, a la larga cada vez más ineficientes y conservadores.

La práctica ha demostrado que para querer construir esa sociedad justa y libre, racional y democrática, a la que llamamos socialista, hay que tener paciencia y perseverancia, porque ello es una empresa larga y dilatada que ha de prolongarse por

todo un período histórico y, a la vez, es mucho más compleja y difícil de como se la imaginaba. Esa misma práctica ha demostrado que el Estado no puede suplir todas las carencias de las condiciones necesarias para que el socialismo pueda sustituir al capitalismo. Y si se pretende que el Estado asuma todas las tareas no cumplidas por el capitalismo en cuanto al desarrollo de las fuerzas productivas y a la modernización de la sociedad, a lo que ello conduce es a la gestación de un gigantesco aparato estatal, pesado e ineficiente, costoso y burocratizado, que pasado un tiempo se muestra incapaz de promover el progreso de las sociedades. Su intento de dirigir, controlar y gestionar todo a través de una planificación

centralizada y desde arriba, se torna ineficaz, ya que un plan global, completo y pormenorizado que tenga éxito supone un nivel muy avanzado en el desarrollo económico, tecnológico y cultural, que todavía la humanidad como conjunto está lejos de alcanzar. Mucho menos los países en desarrollo, como los de América Latina.

Por eso mismo, es misión fundamental de la izquierda favorecer la generación de esas avanzadas con-

diciones económicas, tecnológicas y culturales para que pueda hacerse realidad la utopía libertaria y justiciera del socialismo.

De las consideraciones anteriores fluye que ingredientes propios de las sociedades de clases y del capitalismo, acompañarán por largo tiempo todavía la trayectoria de la humanidad en su marcha sin fin hacia la utopía socialista. No sólo en cuanto resabios de una sociedad que no se pueden proscribir ni ignorar por decreto, sino porque todavía esos ingredientes cumplen una función muy importante como incentivos del desarrollo económico y social, como es el caso del mercado, de la propiedad privada de medios de producción, de la libre empre-

**Es misión fundamental de la izquierda favorecer la generación de esas avanzadas condiciones económicas, tecnológicas y culturales para que pueda hacerse realidad la utopía libertaria y justiciera del socialismo.**

sa, y sus correlatos jurídicos, institucionales y valóricos.

El empeño por establecer avanzadas relaciones de producción de carácter socialista, que no se corresponden con el atraso de las fuerzas productivas, lejos de incentivar el desenvolvimiento de éstas -como ocurriría en una crisis terminal del capitalismo-, convierte a esas relaciones instauradas antes de tiempo en frenos y obstáculos para que aquellas fuerzas puedan desplegar todas sus potencialidades en el marco de las relaciones de producción preexistentes. Así se infiere, por lo demás, de un correcto manejo de las categorías marxistas para entender el funcionamiento y desarrollo de las sociedades.

Pero estos reconocimientos y estas lecciones que debemos recoger de la experiencia, que importan rectificar errores voluntaristas y apresurados optimismos, y tomar más en cuenta a los porfiados hechos, no deben conducir al otro extremo, de que por un exceso de realismo, rayano en el pragmatismo oportunista, se termine por emprender una retirada ideológica vergonzante, que llega hasta implicar un abandono del ideal socialista y una pérdida de la fe en la posibilidad de construir en la tierra una sociedad distinta y mejor que el capitalismo. Ha surgido así un socialismo «realista» y «renovado» que ha renunciado a esa posibilidad, y al que lo único que le resta de progresista es su propósito de corregir los excesos de un «capitalismo salvaje», pero sin pretender afectar sus parámetros fundamentales, por cuanto éstos habrían demostrado en la práctica que la sociedad capitalista apoyada en ellos, pese a sus limitaciones, sería la mejor de las posibles. En otras palabras, se tendría que comulgar con el esquema de Fukuyama: con el capitalismo habríamos alcanzado el fin de la historia.

La Nueva Izquierda, aquella que se reconoce en la

milenario lucha de los pueblos por la libertad y la justicia, que se renueva en cuanto asume lo inédito de la siempre cambiante realidad y en cuanto recoge críticamente las experiencias de triunfos y derrotas, pero que no abjura de sus principios ni renuncia a sus símbolos, negándose a sí misma, esa Nueva Izquierda en su versión latinoamericana, debe en nuestro entender fundamentarse en un conjunto de afirmaciones que, por una parte, reiteren su carácter crítico y contestatario frente a la realidad actual y proclamen la necesidad de transformarla, y que por la otra, aspiren a hacerlo tomando en cuenta los cambios producidos en el entorno social y las enseñanzas que arroja la experiencia, todo lo cual enriquece su patrimonio ideológico y político y hace de ella un mejor instrumento para revolucionar la sociedad en la dirección del socialismo.

En un provisional intento, identificamos a continuación las ideas que a nuestro juicio constituyen las vigas maestras de una propuesta alternativa de la Nueva Izquierda latinoamericana:

**PRIMERO.** El socialismo continúa estando plenamente vigente como única respuesta válida para resolver los problemas de la sociedad contemporánea insolubles en los marcos del capitalismo. No es efectivo, por tanto, que el capitalismo sea el régimen económico-social mejor de los posibles ni el que más se aviene a la condición humana, tal como lo sostienen ahora desde los neoliberales, pasando por el Papa Juan Pablo II, hasta el llamado socialismo liberal ultra-renovado.

Ello porque los hechos demuestran que la actual sociedad capitalista ha generado una serie de contradicciones y puesto de manifiesto un conjunto de limitaciones suyas, insuperables dentro de sus propios límites. Se trata de la creciente brecha que

**No es efectivo, por tanto, que el capitalismo sea el régimen económico-social mejor de los posibles ni el que más se aviene a la condición humana.**

separa cada vez más al mundo desarrollado de los pueblos del llamado Tercer Mundo, que concentra la mayor parte de la riqueza en un quinto de la población del planeta y la pobreza en las otras cuatro quintas partes de ella. Se trata de la contradicción entre una población humana creciente a ritmos exponenciales y una oferta cada vez menos dinámica de alimentos, lo que preanuncia para el próximo siglo un colapso de la vida social en el planeta. Se trata de la existencia en los países del capitalismo avanzado de un tercio de su población marginada, excluida y rechazada por los otros dos tercios que se aprovechan exclusivamente de los frutos de su prosperidad. Se trata de la irracionalidad que significa el que habiendo alcanzado la humanidad como conjunto un nivel de desarrollo de las fuerzas productivas potencialmente capaz de eliminar la pobreza del mundo, la injusticia del orden existente mantiene a la inmensa mayoría de los habitantes del planeta en la indigencia y la ignorancia. Se trata de que la mayor parte de la capacidad productiva de la humanidad se aplica a satisfacer necesidades artificiales creadas por una perversa cultura consumista, o en sostener gigantescos e inútiles establecimientos militares, en detrimento de la satisfacción de las auténticas y elementales necesidades naturales del hombre. Se trata del creciente deterioro del entorno natural del hombre y de la calidad de la vida producidas por el irracional despliegue de un capitalismo voraz, que no reconoce límites en su afán de lucro, devenido en motor decisivo y principal de la existencia humana. Se trata, en fin, de la contradicción entre el progreso material de la sociedad -surgida de la cristalización de los valores individualistas que brotan espontáneamente de la práctica del capitalismo- y la miseria espiritual de esa misma sociedad. Ello se traduce en un vacío en las conciencias que ha llevado

**La «mano invisible» de los clásicos no nos encamina al bien común, sino beneficia particularmente a una parte de la sociedad.**

a que para centenas de millones de personas, tributarias de los desvalores engendrados por el capitalismo, la vida haya perdido todo sentido y sean así fácil presa del amoralismo, la drogadicción, el violentismo, el nihilismo espiritual y otras tantas plagas del cuerpo y el alma, todo lo cual afecta especialmente a la juventud, comprometiendo el futuro de la humanidad.

La única respuesta válida para resolver las aludidas contradicciones generadas por el capitalismo, pasa por superar progresivamente sus límites estructurales, que dan origen a la injusticia y la irracionalidad prevalecientes todavía en el mundo de hoy. Esto significa ir erradicando las explotaciones, desigualdades, marginaciones y represiones que agobian a la sociedad contemporánea. Y esa respuesta tiene un nombre: socialismo, cuya vigencia plena deriva de las contradicciones que afligen al capitalismo y que sólo él está en condiciones de resolver. Socialismo que quiere decir formas de propiedad, de trabajo, de orientación de la actividad productiva y de utilización de los excedentes económicos, que garanticen al género humano igualdad de oportunidades, condiciones de vida decorosas y dignas y una participación de todos y cada uno de los integrantes del cuerpo social en las decisiones que los afectan.

Sólo en el socialismo podrán realizarse plenamente los ideales de justicia y libertad que constituyen el contenido de la democracia.

**SEGUNDO.** La planificación progresiva de la actividad social y en especial de la económica, en función de los objetivos humanistas del socialismo, es el instrumento más idóneo para lograrlas, en la medida que asciende el nivel de desarrollo cultural, científico, tecnológico y productivo de la sociedad.

No es efectivo que sea el libre mercado el único y principal instrumento de una asignación racional de recursos y la condición imprescindible para que pueda manifestarse la creatividad humana.

Desde luego, porque el libre mercado determina que lo que se produce es lo requerido por la demanda efectiva, la que no refleja las necesidades reales de los hombres, sino la capacidad adquisitiva de los dueños del dinero. Y, además, porque el libre juego de las leyes del mercado conduce necesariamente a generar desigualdades e injusticias de todo tipo. La llamada libre competencia siempre favorece al más fuerte, acumulando la riqueza, el saber, la salud, el prestigio y el bienestar en un lado de la sociedad, y la pobreza, la ignorancia, la enfermedad, los desvalores y las privaciones en el otro.

Esto es tan evidente que nadie se atreve a negar que hay que corregir y atemperar las inequidades a que conducen el libre mercado y la libre competencia. La «mano invisible» de los clásicos no nos encamina al bien común, sino beneficia particularmente a una parte de la sociedad.

Para los apologistas del libre mercado, la función del Poder Público debe ser fundamentalmente el sostener el marco jurídico e institucional para que aquél funcione. Y a lo más, y a título subsidiario, debe el Estado corregir las más irritantes desigualdades a que pueda conducir la libre competencia, evitando así demasías que puedan generar un clima de conflictividad social que ponga en peligro la existencia misma de la economía de mercado.

La realidad latinoamericana, donde campea hoy en día el liberalismo económico es la más elocuente expresión de esas demasías. En Chile, que no es el país latinoamericano más desequilibrado al respecto, el quintil más bajo de la población dispone del 5% del

ingreso familiar total, mientras el quintil de rentas más altas recibe el 55% de dicho ingreso. Estos guarismos hablan por sí solos.

Si el mercado no conduce espontáneamente al bien común, no basta con atribuir al Estado la misión de atemperar las injusticias. Es menester generar una lógica diferente, que sitúe al mercado en un rol que permita al Estado promover ese bien común, con relación al cual el mercado es ciego. Y ésa es la lógica del plan y de la planificación.

No es efectivo pues tampoco que la planificación sea un instrumento intrínsecamente perverso como orientador de las economías, como lo sostienen los neoliberales y quienes han devenido en discípulos suyos, aunque no se den cuenta de ello.

En primer lugar, el actuar conforme a un plan -en economía como en cualquier otro ámbito de la sociedad-, es lo propio de la condición humana y del comportamiento racional, ya que ello significa esencialmente actuar en pos de fines conocidos y queridos. El dejar que el mero mercado determine totalmente el sentido de la actividad económica, dejando de

lado toda meta, todo propósito y todo plan, equivale a querer que subsistan y prevalezcan en la esfera humana, formas de comportamiento más propios y característicos del mundo biológico que de la naturaleza del hombre. Lo que no quiere decir que el recurrir a esa libre competencia no pueda ser el medio más idóneo para condicionar el avance y el progreso en la economía en determinadas épocas, como ha ocurrido en todo un largo período de la historia y sigue ocurriendo todavía, como lo atestigua elocuentemente la experiencia contemporánea.

Pero dejando estas consideraciones filosóficas de lado, la práctica y la razón nos llevan a considerar que plan y mercado pueden y deben coexistir en la

**Es menester generar una lógica diferente, que sitúe al mercado en un rol que permita al Estado promover ese bien común, con relación al cual el mercado es ciego.**

presente etapa de la historia, y particularmente en América Latina. Para la izquierda la primacía estratégica debe estarle concedida al plan. Sobre todo en cuanto éste debe relevar la satisfacción de las necesidades reales de todos los hombres y su dignidad, como el objetivo central que debe perseguir la actividad económica. El plan, por tanto, debe asignar recursos y fijar metas que converjan a esa finalidad. Lo que no obsta que para lograr aquellas metas del plan pueda y deba en determinadas condiciones otorgársele al mercado, a la empresa privada y al lucro el papel central como promotor privilegiado de esos procesos. Esto quiere decir que en el nivel que podríamos llamar táctico en sociedades como las nuestras, la primacía le debe estar concedida las más de las veces al mercado, en el marco de los grandes objetivos estratégicos del plan.

**TERCERO.** El Estado y las demás instituciones públicas, en cuanto representan los intereses colectivos y los valores humanistas hacia cuya realización hay que esforzarse por conducir a la sociedad, desempeñan y deben continuar desempeñando el papel decisivo en la promoción del bien común, hasta que el desarrollo económico, tecnológico y ético de la sociedad alcance un nivel tan elevado que vaya haciendo posible paulatinamente el autogobierno democrático de la comunidad y vaya desapareciendo el carácter autoritario de las entidades públicas. No es efectivo, por tanto, que el Estado deba en la sociedad cumplir sólo un papel subsidiario de la actividad privada.

Desde luego, porque al Estado compete fijar las metas estratégicas que debe alcanzar la actividad económica en función del mejoramiento de la calidad de vida de todos los hombres. Y porque al Estado conviene también la tarea de orientar por medios directos e indirectos a la actividad social, a fin de que

ésta converja hacia el logro de los grandes valores humanistas del socialismo: la justicia y la libertad.

Por otra parte, la corrección de los desequilibrios sociales originados por el libre juego de las leyes del mercado -que todos reconocen como faena que corresponde al Estado-, se inscribe en el esfuerzo por promover la justicia y la racionalidad en la sociedad, lesionadas por esos desequilibrios. Ese esfuerzo no tiene nada de subsidiario, sino que constituye la línea central de la lucha secular de los hombres en función de aquellos valores, lucha que lejos de ser algo marginal, es el contenido esencial de la historia humana.

De manera que la tan defendida subsidiariedad del Estado, debe ceder su lugar, en el ideario del hombre de izquierda, al reconocimiento de que el Estado es el instrumento privilegiado -no exclusivo- para promover el imperio de los grandes valores humanistas en la sociedad, sobredeterminando a la actividad de los otros agentes sociales. Ello en la medida que su quehacer refleje el interés, las ideas y los valores de quienes se empeñan por conquistar un vida más digna para sí y para

**El Estado es el instrumento privilegiado -no exclusivo- para promover el imperio de los grandes valores humanistas en la sociedad, sobredeterminando a la actividad de los otros agentes sociales.**

toda la humanidad.

El Estado, para acometer su trascendente rol, debe ser fuerte y legitimado por el apoyo popular. Que debe ser fuerte no quiere decir que debe ser autocrático, ni burocratizado. Debe, además, ser una entidad ágil, eficiente y receptiva a las demandas populares, a las que debe integrar en un plan de acción que trascienda las particularidades sectoriales -cualesquiera que éstas sean-, para poder así interpretar y promover el interés del conjunto de la sociedad, identificable con el interés de quienes quieren hacerla más justa, más racional y más participativa.

La asunción por el Estado del punto de vista de

quienes padecen las limitaciones del orden social imperante, y que constituyen la inmensa mayoría de la sociedad -lo que los cristianos llaman la opción preferencial por los pobres-, nada tiene que ver con un Estado que deviene en mecánico intérprete de intereses segmentarios y de demandas corporativas inmediatistas, los que no pocas veces difieren y antagonizan con el interés del conjunto de la sociedad y con el contenido de una demanda global por el cambio social que resuelva de raíz los problemas planteados. Un Estado que cede a la tentación populista no hace sino sacrificar un porvenir consistente en aras de un efímero presente, haciendo realidad aquello del adagio de «pan para hoy y hambre para mañana». Lo que la historia reciente latinoamericana demuestra hasta la saciedad. Así como de que de estas situaciones generadas por el populismo siempre sacan partido a la postre las fuerzas reaccionarias.

Por otra parte, en un mundo crecientemente internacionalizado, en el que los pueblos y naciones más débiles corren el peligro de que su soberanía, su cultura y sus intereses nacionales se diluyan en una trama universal dominada por los poderosos, el Estado debe ser también el sujeto en quien encarnen la autonomía, la cultura y los intereses de las diferentes naciones. Esto es particularmente válido para América Latina, amenazada como la que más por la influencia polifacética que ejerce sobre ella su gran vecino del Norte, que tiende a debilitar y desvanecer la sustancia política y cultural de nuestro ser nacional latinoamericano.

**CUARTO.** Las fuerzas populares, democráticas y progresistas de la sociedad deben empeñarse porque el Estado asuma la representatividad de sus intereses comunes y de los valores humanistas insitos a ellos,

a fin de que ese Estado ponga en juego su poder para colocarlo al servicio de esos intereses y valores. No es cierto, por tanto, que el Estado deba ser neutral. Por lo mismo que se reconoce que el Estado debe regular, controlar y corregir desequilibrios, sólo puede hacerlo si está inspirado en su accionar por ciertos valores.

Estos no pueden consistir sólo en las garantías para el libre accionar de quienes disponen de lo suficiente para poder hacerlo, sino que deben encarnar las metas humanistas y solidarias consustanciales con el pensamiento de la izquierda y en especial de los socialistas.

Esta afirmación es particularmente válida en el orden de las ideas y su reflejo en la política relativa a los medios de comunicación. Si en el plano económico el libre mercado ha jugado y juega todavía un rol importante como agente del progreso social, no es menos cierto que esta misma lógica aplicada al ámbito de las ideas y de los valores, conduce a la mayor de las insanías, puesto que en último término no son las ideas y valores mejores los que logran conquistar las

**Los medios de comunicación, y por su intermedio, los poderes dominantes en una sociedad, son los reales creadores de la llamada opinión pública.**

conciencias, sino aquellos que pueden ser difundidos por los medios de comunicación de masas, en su mayor parte de propiedad y al servicio de los grandes intereses económicos y de los beneficiarios del orden social imperante.

Los medios de comunicación, y por su intermedio, los poderes dominantes en una sociedad, son los reales creadores de la llamada opinión pública. Opinión pública que reflejada en los eventos electorales generadores de las autoridades, no es, como se pretende, la libre expresión de la soberanía popular, sino es un producto fabricado por los «medios» y que cumple su rol de favorecer la reproducción del orden existente.

El Estado, en cuanto intérprete del interés común, no puede ni debe ser neutral, sino debe estar lleno de contenido valórico y humanista y debe, por tanto, incentivar todo lo que conduzca a la realización de esos contenidos.

Sin que el Estado trascienda su compromiso con el orden establecido, encubierto en una aparente neutralidad valórica y política, no es posible que exista una verdadera democracia, sino sólo una mera caricatura suya, que no da lugar para que el pueblo y las gentes puedan tener conciencia de sí mismos y de sus reales intereses, ya que se lo impiden los mitos y lugares comunes con que los medios de comunicación conservadores obscurecen su entendimiento.

La democracia no está, por tanto, limitada en su desarrollo sólo por las desigualdades económicas que hacen de los ricos la fuerza más poderosa en el ámbito político y en la vida cotidiana, sino también porque la conciencia de los más vastos sectores populares está alienada a los intereses y la ideología de las clases dominantes, a través del dominio de éstos sobre los medios de comunicación de la opinión pública.

No corresponde, por tanto, idealizar la democracia, tal como se vive y se practica en América Latina, pensándola como una etapa terminal de nuestra evolución política. Hay que visualizarla más bien como un proceso en desarrollo, en el que la lucha por la equidad y la justicia social y el desenvolvimiento de una conciencia soberana y desalienada, van haciendo posible progresivamente que los pueblos puedan ejercitar en los hechos las libertades que la formalidad democrática les reconoce.

**QUINTO.** El partido político es el medio a través del cual se hacen presentes en la sociedad las demandas políticas y programáticas de los movimientos

populares y luego las hace gravitar en la sociedad civil y en el Estado para hacerlas realidad. No es efectivo, por tanto, que el partido político, como institución, esté quedando obsoleto, y deba limitarse solamente a trasladar las demandas que surgen espontáneamente de la sociedad civil al sistema político.

Si lo que se quisiera fuera sólo reproducir el orden social existente, el partido político como agente de transformación y cambio social no tendría objeto alguno, y su rol debería reducirse a procesar demandas sectoriales reivindicativas, de manera no muy diferente a como lo hacen los grupos de presión.

Pero si lo que se quiere es influir en la sociedad civil y en el Estado a fin de lograr determinados cambios en la estructura social, el papel del partido político es fundamental. Al partido de izquierda le corresponde recoger las aspiraciones que brotan de la sociedad para transformarlas en función de los intereses globales de las clases perjudicadas por el orden existente, en una demanda de cambio social estructural. Y luego le compete al partido de izquierda esforzarse por permear a la sociedad

civil con las ideas contenidas en ese proyecto de cambio, a fin de que aquellas puedan influir en la acción del Estado y la de los otros agentes públicos regionales y locales.

En una sociedad abierta y crecientemente democrática, el partido debe ser cada vez más un agente productor y difusor de proyectos políticos y cada vez menos una entidad clientelística como ha devenido en América Latina. Aquí el partido político ha ido convirtiéndose en un mero trampolín para favorecer el ascenso social, económico y político de las personas que se acogen a su amparo, y es esta deformación lo que ha determinado principalmente su descrédito y su pérdida de prestigio.

**En una sociedad abierta y crecientemente democrática, el partido debe ser cada vez más un agente productor y difusor de proyectos políticos y cada vez menos una entidad clientelística.**

Si la nueva izquierda quiere recuperar audiencia y poder de convocatoria en la sociedad civil, es menester que se proponga alterar la matriz orgánica tradicional de los partidos populares y sus hábitos perversos, a fin de evitar sus deformaciones que facilitan la corrupción y la desnaturalización de sus funciones, con el fin de hacer de ellos reales promotores del cambio social por la vía de la producción ideológica y de su impacto en la sociedad y en el Estado.

**SEXTO.** En el mundo en general, y en América Latina en particular, los Estados nacionales que heredamos del pasado van deviniendo cada vez más estructuras obsoletas, que no dan cuenta del proceso internacionalizador en todos los ámbitos del acontecer humano ni de la exigencia de una perspectiva universalista e integradora, como condición ineludible para lograr un óptimo aprovechamiento en beneficio de toda la humanidad, de los logros contemporáneos de la economía, la ciencia y la técnica. No es efectivo, por tanto, que la forma actual que reviste el orden estatal en América Latina y el Caribe, sobre la base de la existencia de una treintena de Estados pseudo-nacionales, esté destinada a permanecer intocada en el tiempo, como si esa modalidad estatal surgiera de la naturaleza de las cosas.

Por el contrario, abundan los hechos que denuncian la crisis de la forma de Estado nacional, de factura napoleónica, en todo el mundo. No es necesario acumular argumentos ni pruebas al respecto. Y si esto es verdad en general, lo es mucho más en América Latina y el Caribe, donde los Estados nacionales forjados en el pasado siglo van progresivamente perdiendo sustancia política frente a la transnacionalización económica, política e

ideológica que caracteriza a la sociedad contemporánea.

La tarea de favorecer el proceso de conformación de un nuevo sujeto político, que exprese los intereses y refleje la realidad del conjunto de América Latina y el Caribe, debe también ser un rasgo distintivo de la respuesta con que la nueva izquierda latinoamericana enfrente a los desafíos de la contemporaneidad. El ideal bolivariano de unidad latinoamericana está dejando de ser una mera utopía romántica, para irse convirtiendo en una exigencia de nuestros pueblos para poder subsistir con identidad en el próximo siglo y poder así, mancomunados, insertarse plenamente en un concierto de naciones cada vez más integradas e interdependientes.

**Los Estados nacionales forjados en el pasado siglo van progresivamente perdiendo sustancia política frente a la transnacionalización económica, política e ideológica.**

Y no deja de ser relevante que asumir un punto de vista integracionista latinoamericano, es también una condición importante para transformar nuestros costosos e inútiles establecimientos militares en entidades funcionales con las nuevas características del orden internacional. Ello significa no sólo ahorro de recursos, sino también dejar de lado una de las amenazas

más peligrosas para el desarrollo y afianzamiento de la democracia en América Latina, como lo son el militarismo y el chauvinismo pseudo-nacionalista.

**SEPTIMO.** En las condiciones creadas por el fin de la guerra fría, y pese a la tendencia de los Estados Unidos a monopolizar el poder mundial, el desarrollo general de la humanidad coloca cada vez más a la orden del día la necesidad de luchar por la racionalización de las relaciones internacionales, por un nuevo y más justo orden mundial, en una perspectiva de alcance humanista y universal. No es efectivo que el ideal de un mundo de paz, sin guerras, solidario y unido, que pueda racionalmente disponer




en beneficio humano de los recursos del planeta, sea una utopía trasnochada y carente de viabilidad alguna.

No es así. Por el contrario, la humanidad marcha en aquella dirección. No en línea recta, sino experimentando avances y retrocesos, pero siempre en ese sentido.

Una fuerza política que se pretenda constructora de un porvenir liberador para el hombre, como lo es la izquierda, no debe perder de vista este trasfondo histórico humanista y ecuménico que ha acompañado desde su nacimiento a los movimientos populares y democráticos de las clases y pueblos oprimidos.

Por otra parte, para que el socialismo pueda desplegar

todas sus potencialidades, es menester que se realice a escala universal. Una de las razones del fracaso de los llamados socialismos reales, fue la creencia de que podían esperarse de experiencias socialistas parciales y aisladas, los frutos que teóricamente debiera producir esa forma de sociedad. Se puede, pues, afirmar que el socialismo será universal, o simplemente no será.

En una hora de pragmatismos cortoplacistas y de agostamiento de todos los ideales, las fuerzas preñadas de futuro, como son las izquierdas y el socialismo, deben levantar en alto las banderas ecuménicas del internacionalismo y de la solidaridad de los pueblos. 

# REFLEXIONES SOBRE Y PARA EL SOCIALISMO CONTEMPORANEO

ANTONIO CORTES

Más de un dato indica que se han reabierto debates en el socialismo universal. Algunos resultan de la continuación de las polémicas que se suscitaron a propósito del proceso conocido como «renovación». Otros, no obstante, derivan de cambios acaecidos en los escenarios nacionales e internacionales y que abarcan la totalidad de materias que comprende y que intervienen en la teoría política. Los nuevos panoramas obligan a la revisión, incluso, de algunos de los tópicos que la *renovación* supuso enteramente superados y de otros que llegaron a adquirir la categoría de concepciones casi absolutas.

Puesto que se trata de una primera aproximación a estas nuevas realidades, los puntos aquí tratados se hacen, de preferencia, de manera general, aludiendo a los fenómenos globales más que nacionales. Sin embargo, y naturalmente, estas reflexiones están fuertemente influidas por el cuadro en el que se desenvuelve el socialismo chileno.

## Crisis de identidad

Aproximadamente durante los últimos tres lustros, el socialismo ha vivido un acelerado período de transformaciones doctrinarias y empíricas, signadas, en lo ideológico, básicamente por *lo defensivo*.

Algunas de las razones que explican el carácter

defensivo de los cambios en el socialismo, han sido ampliamente constatadas. Pero conviene resaltar algunos alcances.

a) La abrupta y catastrófica desintegración del «mundo socialista», repercutió fundamentalmente en el abandono y/o escepticismo de las fórmulas estatistas de desarrollo. Es decir, los diversos socialismos, aun cuando desde tiempos muy pasados estuvieran distantes de los regímenes comunistas, no dejaron de resentir sus derrumbes en la medida que éstos implicaban también el derrumbe del único modelo económico que aparecía como alternativo al esquema librecambista. Sin duda que la caída de los países comunistas implicó el desprestigio y el abandono no sólo del paradigma que representaban, sino también de todo activismo estatal en la economía. Así, el socialismo quedó sin respuesta sobre cuestiones económico-estructurales.

b) El fracaso de los países comunistas se observó también como un fracaso de la ideología «marxista-leninista» en la que se ampararon tales experiencias. Pero a partir de este dato verídico se hicieron inferencias teóricamente «perversas». Se incluyó en el rechazo a la ideología comunista a Marx y al grueso de los intelectuales clásicos (escuela de Frankfurt, Gramsci, Luckács, Mariátegui, etc.),

**Los diversos socialismos, aún cuando desde tiempos muy pasados estuvieran distantes de los regímenes comunistas, no dejaron de resentir sus derrumbes en la medida que éstos implicaban también el derrumbe del único modelo económico que aparecía como alternativo al esquema librecambista.**

de suerte que se produjeron dos efectos palpables. De un lado, el socialismo quedó, ya no digamos sin cuerpo doctrinario, sino simplemente, sin antecedentes teóricos propios. Se produjo de hecho una suerte de posmodernismo en el sentido de que se hacía aceptable sólo «lo nuevo» y sospechable toda herencia cultural, a pesar de que «lo nuevo» estaba bastante lejos de responder satisfactoriamente a las necesidades de proyección socialista. Y de otro lado, lo que constituye una curiosidad histórica, los pensamientos que pretendían reemplazar la tradición cultural no tenían (y no tienen) la racionalidad crítica de esa tradición. Así se generó un tipo de cultura socialista que podía hablar de lo nuevo pero no criticarlo radicalmente. Por cierto que la falta de sentido crítico y el vaciamiento doctrinario previo, generaron un aroma intelectual pasivo dentro del socialismo, más dado a dar cuenta de su propio pasado que de la fabulosa ofensiva cultural impulsada por el neoliberalismo. Aunque parezca exagerado no deja de ser real que el socialismo se ha venido oponiendo al neoliberalismo recurriendo al viejo liberalismo más que con argumentaciones propias y modernas.

No todo los socialismos nacionales se han percatado de la orfandad intelectual que se les produjo como consecuencia de la virtual adjuración que se hizo de Marx y de las corrientes marxistas no comunistas. Quizás porque muchos de ellos tampoco habían percibido cuán impregnado estaban sus pensamientos de esa cultura y cuán ligada está la razón socialista al tipo de lógica y razonamiento del que Marx, si bien no es el único, es uno de los exponentes más sólidos. En suma, la virulencia que desató buena parte de la dirigencia socialista contra Marx y su entorno teórico y la indiferencia con que la intelligenzia socialista asu-

mió los ataques contra ese antecedente doctrinario, terminaron por configurar un cuasi suicidio teórico.

Pero a estas dos razones que explican lo defensivo del socialismo en los tres últimos lustros, se agrega una tercera, menos analizada, pero tan importante como las anteriores. Con el tipo de cambios vividos, el socialismo se ha visto forzado a demostrar, y a demostrarse, que no ha sido cooptado por el capitalismo, o cuando muy menos, por el neoliberalismo. En efecto, el abandono de un proyecto de sociedad anti-capitalista, la asunción casi plena del liberalismo político, la inexistencia de un discurso crítico global al status, etc., interrogan, más allá de toda intencionalidad, el sentido actual del socialismo.

Esta verdadera crisis de identidad del socialismo no se contradice con la fuerza que conserva en algunas latitudes, aunque sí tiene que ver con las grandes crisis políticas que vive en otras. En gran medida el socialismo se ha mantenido como fuerza política y social, primero, merced a una identificación histórica que conservan estratos y grupos sociales y, segundo, gracias a las confrontaciones álgidas que se han vivido en determinados países entre autoritarismo y democracia. Dos casos ilustran esta última situación: Es-

**El socialismo se ha mantenido como fuerza política y social, primero, merced a una identificación histórica que conservan estratos y grupos sociales y, segundo, gracias a las confrontaciones álgidas que se han vivido en determinados países entre autoritarismo y democracia.**

paña y Chile.

### ¿Hacia el fin de la crisis de identidad?

Cada vez se hace más evidente que los éxitos neoliberales, cuyo apogeo se ubicó en la década anterior, están llegando a su término. No sólo en cuanto a los límites para la expansión social de sus logros. Estos límites han sido hasta ahora los que han inspirado las mayores críticas del progresismo hacia las políticas neoliberales. Quizás la excesiva atención

prestada a ellos ha conducido a una falta de atención sobre otros fenómenos más globales y que anuncian un agotamiento relativo y más profundo de tal esquema. De esos fenómenos interesa destacar tres.

**PRIMERO**, la dinamización económica que impulsó el neoliberalismo, a escala mundial, se sostuvo básicamente en la aplicación de las llamadas «economías abiertas». Con ellas pudo resolver una de las contradicciones claves de las modernizaciones económicas: la altísima capacidad productiva con mercados nacionales saturados y con tendencias a su achicamiento. Un mercado internacionalizado, por consiguiente, devenía así en una respuesta apropiada. Sin embargo, también el mercado mundial tiene fronteras. Máxime cuando, gracias al aperturismo internacional, se incorporaron nuevos países como ofertantes a ese mercado, y cuando el auge exportador implicó, en muchos casos, el empequeñecimiento de los mercados de consumo interno, cuya suma en el plano internacional conforma, en definitiva, el mercado mundial. Por cierto, que no estamos ad portas de una crisis catastrófica del modelo de economía abiertas. Pero sí nos encontramos frente a dos tendencias críticas. De un lado, el mercado mundial se acerca a un punto en el que reproducirá la situación que se plantea en los mercados nacionales, esto es, en las limitaciones para absorber la potencialidad de producción. Y de otro lado, estas restricciones mercantiles si bien no afectan a la totalidad de la economía sí afectan a naciones y empresas en particular y esas crisis locales sin duda que repercuten en el esquema general del funcionamiento económico.

**SEGUNDO**, en los niveles domésticos, el neoliberalismo alcanzó sus éxitos, particularmente

en los países en desarrollo, merced a políticas de disminución del gasto público y de privatizaciones. Es decir, con políticas correctivas de los errores o excesos del desarrollismo o del Estado benefactor, estrategias iniciadas en el período de entreguerras y fortalecidas con posterioridad a la Segunda Guerra Mundial. Este hecho no siempre se tiene en cuenta a la hora de analizar el período de apogeo del neoliberalismo. No obstante, constituye una de las explicaciones sustantivas acerca de sus éxitos. En gran medida, la etapa neoliberal puede concebirse como un estadio de transición de economías distorsionadas por políticas exacerbadamente estatistas, con sus respectivos corolarios de burocratización y paternalismo, hacia economías de un librecambismo adecuado a las demandas de expansión empresarial. El carácter transicional aludido se simboliza, en primer lugar, en el hecho de que, una vez superadas las etapas de privatizaciones y de liberalizaciones, el ímpetu inicial de los avances neoliberales se morigera o se detiene. Pero también se manifiesta este carácter transicional en la falta de alternativas de parte del neoliberalismo para proseguir en una tendencia de crecimiento.

**La altísima concentración de poder en manos privadas, connatural a las políticas neoliberales, afecta factualmente a los poderes públicos.**

lismo para proseguir en una tendencia de crecimiento. De facto, los estrategas de esta corriente sólo proponen, casi majaderamente, «más de lo mismo», en momentos en que las posibilidades de privatizaciones y de disminución del gasto público son escasas o nulas. Y en las áreas en las que todavía esto es posible, su implementación tendría implicancias sociales y políticas de difícil previsión en lo que se refiere a conductas colectivas y al orden social.

Para abreviar, concluida o próxima a concluir la transición liderada por el neoliberalismo, no están en absoluto claras las opciones para proyectar su esquema central, y esto se vuelve cada vez más un dato empírico y no sólo discursivo.

Y **TERCERO**, el neoliberalismo ha introducido conflictos radicales en los sistemas de organización político-social, a los cuales no puede responder congruentemente sin afectar su propia lógica intrínseca.

La acelerada y profunda internacionalización económica tiende a agudizar un conflicto, latente desde hace mucho, entre esa internacionalización y los Estado-naciones. En lo esencial, este conflicto plantea la inexistencia de una instancia que vele por el «bien común» a escala mundial en circunstancias que sí existe una economía privada que opera en ese nivel. De una u otra manera, esta contradicción tiende a debilitar, de facto, las funciones del Estado-nación dentro de su propio espacio nacional, muy en especial en los países de menor desarrollo en los que la forma-Estado arrastra debilidades históricas.

Por otra parte, la altísima concentración de poder en manos privadas, connatural a las políticas neoliberales, afecta factualmente a los poderes públicos. No es difícil señalar la presencia de problemas trascendentes para la sociedad en los que el Estado resulta impotente para actuar, más que por la privación de facultades, que es uno de los datos, que por la lógica que impone la concepción de liberalización de atribuciones y derechos para los privados y por la presencia de una fuerte imbricación, que recuerda etapas precapitalistas, entre riqueza y poderío político-cultural.

El desarrollo de tales poderes trae como consecuencia una creciente formalización de la democracia tal cual hoy se practica. Para ser más precisos: la formalización de la democracia es un fenómeno que ha acompañado siempre a esta forma de organización política. Sin embargo, antaño, merced

a la mayor relevancia de los poderes públicos y al mayor rol y extensión del Estado, el sufragio, el derecho ciudadano, el activismo social y gremial, factores decisivos en la conformación de los poderes públicos, configuraban un cuadro que hacía que los mecanismos democráticos aportaran cierto contenido real a la democracia. La pugna por «democratizar la democracia» se daba, esencialmente, entre las figuras estatales y la sociedad civil, por lo mismo era un proceso y un conflicto casi plenamente sometido a la dinámica de la democracia y sus recursos.

El orden socio-político que ha venido consolidando el neoliberalismo, rompe esa lógica al agregar una suerte de corriente de poder «paralela» y competitiva a la que emana de la democracia. De allí entonces la superior formalización de ésta. Para la opinión pública de hoy es cada vez más evidente que existe «una zona oscura» en el proceso de toma de decisiones en la que el ciudadano y el ejercicio de su soberanía en poco o nada influye. El tan comentado y universal fenómeno de alejamiento de la política respecto de la gente, está estrechamente vinculado a esta realidad. El político contemporáneo no puede obviar esa «zona oscura», oscureciendo con ello su propia actividad.

El contexto descrito ha dado lugar a concepciones escépticas que sostienen que el funcionamiento social tendrá definitivamente esas características. Y que, aparte de lo valórico, no significan drama alguno para el ordenamiento social, mientras el aparataje económico sea capaz de mantener logros y expectativas de mayores satisfacciones de consumo. Con independencia de lo que ocurra con las perspectivas de crecimiento económico, esa «optimista» visión no da cuenta de

**Antaño, merced a la mayor relevancia de los poderes públicos y al mayor rol y extensión del Estado, el sufragio, el derecho ciudadano, el activismo social y gremial, factores decisivos en la conformación de los poderes públicos, configuraban un cuadro que hacía que los mecanismos democráticos aportaran cierto contenido real a la democracia.**

otra contradicción que entrañan las modernizaciones neoliberales. La formidable expansión del mercado y del consumo de masas alcanzado en las últimas décadas, presiona para la extensión de una ideología «libertaria» del individuo, producto de la libertad de opciones, reales o anheladas, que el mercado le ofrece al ser humano. Ideología que configura dos tendencias colectivas: o ese hombre «libre» proyecta su «libertad mercantil» hacia todas las esferas de su existencia o se refugia en la libertad unidimensional del mercado. Ambas tendencias contradicen los requerimientos neoliberales. En el primer caso, porque ello implicaría un superior reclamo por el manejo de la vida colectiva y ello necesariamente conlleva a una revitalización de la figura estatal o, si se quiere, del poder público. Y en el segundo caso, porque una sociedad así de individualizada promueve hacia una imprevisibilidad del hecho social y del destino de las estructuras societales, con las consiguientes amenazas para la administración y conservación del status.

En el plano cultural e ideológico, y siguiendo el mismo orden de ideas, el neoliberalismo también empieza a declinar su fuerza. La simplicidad de su discurso logró asentarse masivamente merced a que empíricamente podía mostrar el fracaso del socialismo y, simultáneamente, podía lucir progresos económicos. Pero, como toda ideología que se respalda en la economía, su agotamiento comienza cuando esa economía deja de ser socialmente integrativa. No obstante, el inicio del flaqueamiento cultural, se origina, principalmente, en la incongruencia entre su discurso economicista y los conservadores valores políticos y éticos que promueve. Su apología al capitalismo librecambista no se compeadece con sus convocatorias moralizantes, con su relativismo democrático y con sus propuestas

puramente coactivas al momento de enfrentar conflictos sociales.

No está ajena, por último, a esta declinación cultural lo que acontece al seno de la Iglesia. Como fuerza político-cultural, el neoliberalismo pudo aparecer amparado por El Vaticano, mientras éste concentró sus energías en combatir los regímenes comunistas. Hoy, sin embargo, las políticas de El Vaticano se reorientan -lo que, por lo demás era esperable- a contrarrestar los efectos conductuales que incentivan las políticas neoliberales. La reciente encíclica «Veritatis Splendor» marca un hito en este sentido.

### Escenarios reconstructivos para el socialismo

El relativo agotamiento y la mayor conflictividad interna generada en las prácticas neoliberales, abren de por sí una perspectiva distinta para el socialismo. Cuando menos, ya no existe la misma racionalidad explicativa del fenómeno defensivo que ha afectado al socialismo en los últimos años. Por cierto, el debilitamiento neoliberal

**El debilitamiento neoliberal no garantiza per se la reaparición de un socialismo robustecido y ofensivo. El neoliberalismo dispone de espacios para reaccionar y corregir algunos de los factores que más influyen en su deterioro.**

no garantiza per se la reaparición de un socialismo robustecido y ofensivo. El neoliberalismo dispone de espacios para reaccionar y corregir algunos de los factores que más influyen en su deterioro. No puede abandonarse la hipótesis de que se reconstituya como alternativa extremando sus lógicas. Esto es, avanzando en un modelo de sociedad descaradamente timocrática, escindida en una suerte de apartheid, con una democracia extremadamente formalizada y con un poder estatal fuerte y concentrado corporativamente. Discursiva y empíricamente son detectables tendencias que se deslizan en esa dirección. Un cuadro de esa naturaleza parece hoy de difícil concreción, porque se supone que no hay

condiciones político-culturales que lo permitan. Sin embargo, sí existen sustratos sociológicos, ideológicos y políticos que lo sustentan y que mañana pueden nutrirlo con más energía. Un gobierno timocrático, de ricos, tiene ya, de hecho, una aproximación aceptable por la vía de la legitimidad y prestigio alcanzado por el empresariado como figura gubernamental. Tal vez el caso de Perot sea el más ilustrativo. La articulación que se da en muchos países entre corporaciones militares, gremiales, empresariales y comunicacionales en el ejercicio factual del poder, hablan de una tendencia a la corporativización y centralización del mando estatal sin alterar las formalidades democráticas. En muchas partes, las urbes, los sistemas escolares, los sistemas y representaciones políticas, etc. aceptan cínicamente la existencia de un universo marginal irreversible.

En suma, el camino del progresismo no está libremente abierto aun cuando el actual estadio del neoliberalismo alcanzara un punto crítico culminante.

Pese a lo anterior, es evidente que la pérdida de dinamismo y el desarrollo de contradicciones palpables en las fórmulas neoliberales, permiten con más facilidad retomar la crítica socialista al status. Y no sólo en aspectos puntuales, como ha sido en los últimos años la orientación que el socialismo le ha dado a sus críticas. Es la esencialidad de la lógica de funcionamiento del capitalismo contemporáneo lo que puede y debe ser criticado. Valga un alcance sobre este tópico que será tratado con más detenimiento en la segunda parte de este trabajo. La crítica radical al sistema no tiene por qué ser entendida con el maximalismo de la izquierda de otrora. La vieja izquierda ordenaba y subordinaba la crítica a su tesis y postulado esencial: la revolución. Su crítica era, a su vez, una oferta al término absoluto de todo conflic-

**Un gobierno timocrático, de ricos, tiene ya, de hecho, una aproximación aceptable por la vía de la legitimidad y prestigio alcanzado por el empresariado como figura gubernamental. Tal vez el caso de Perot sea el más ilustrativo.**

to. No es ese el sentido que fatalmente deba tener hoy la crítica radical al ordenamiento social vigente. A vuelo de pluma, puede decirse que hoy la crítica socialista debe consistir, primero, en la exposición llana, desencubierta, de las contradicciones del sistema y, luego, de la asunción de que el conflicto mismo sugiere soluciones que no necesariamente implican su extinción.

Volviendo al tema, el alternativismo crítico del socialismo está facilitado, pero requiere, al menos, de tres procesos.

a) De la revisión al seno del propio socialismo de las influencias ideológicas que el neoliberalismo le introdujo en los momentos de mayor desorientación intelectual. Fenómeno particularmente intenso en aquellos partidos que han accedido al gobierno. No se trata de ver en esto una «infiltración ideológica», sino de reconocer, de un lado, la tentación a adaptarse a políticas económicas «exitosas», enajenándolas de una cosmovisión integrativa de la totalidad de variantes sociales, y de otro, de aceptar que la imaginación socialista en esa área de problemas ha sido no sólo escasa sino, además, hasta pusilánime.

b) Del posible y conveniente retorno a sus tradiciones intelectuales. Resulta paradójico, por ejemplo, que Marx circule con propiedad entre intelectuales de variadas escuelas del pensamiento y que vuelva a ser un interlocutor válido y respetado por el neoconservadurismo, mientras se mantiene en relativo exilio dentro del socialismo. Los antecedentes de origen marxiano del socialismo pueden ser hoy recuperados sin las dificultades de antaño, precisamente, porque la desaparición del «marxismo oficial», permite lecturas «nuevas», desideologizadas

y que redescubren un bagaje cultural absurdamente desperdiciado. Marx y los pensadores que influyeron en él, Hegel, Ricardo, Rousseau, etc. y que por él fueron influidos, Bernstein, Luckács, Lefevre, Benjamin, Adorno, etc., y aquéllos que, siendo sus contradictores pertenecen al mismo gran movimiento racionalista crítico, Weber, Croce, Sartre, etc. mantienen en la actualidad una vigencia insospechada, respecto de los debates nodales de la contemporaneidad, a saber, en torno al modernismo y al posmodernismo o, si se quiere, en torno a los problemas de la «era post-industrial». La concepción de Weber acerca de la sociedad burocratizada, o la teoría de la desvalorización del capital en Carlos Marx, o el existencialismo de Sartre, son aproximaciones magistrales a los conflictos que en el presente se expresan con dramatismo.

Es patético, en consecuencia, persistir en la actual blandura doctrinaria del socialismo- que para algunos se ha convertido en un propósito-, con la correspondiente falta de identidad sustancial, teniendo a su haber una acumulación intelectual de la que categóricamente no dispone ninguna de las otras corrientes político-culturales y que dista mucho de hallarse caducada.


c) De la reinstalación de las prácticas teóricas, respetando sus lógicas intrínsecas y autónomas. Por

diversas razones, el socialismo ha venido desarrollando una política cultural de la que siempre fue enemigo: la instrumentalización del pensamiento y de la intelectualidad. Quizás la razón más importante se encuentre en el hecho de que los cambios al interior del socialismo consistieron, en algún momento, en una acelerada, casi abrupta, adscripción al status y a un compromiso con la democracia que se confundió con un exagerado compromiso con el poder. De allí que se demandó y se originó una *intelligentzia* de poca audacia y vuelo crítico y requerida más que todo para responder a las exigencias de tecnificación de la política que entraña la vida moderna. La pervivencia de una intelectualidad socialista,

**Los cambios al interior del socialismo consistieron, en algún momento, en una acelerada, casi abrupta, adscripción al status y a un compromiso con la democracia que se confundió con un exagerado compromiso con el poder.**

en sentido estricto, se ha mantenido de manera marginal y con escasa injerencia en las prácticas políticas del socialismo. Al trabajo de la intelectualidad se le impusieron los ritmos y las formas de la política, cuando, a diferencia de ésta, la práctica teórica no puede desarrollarse en los límites de la «realpolitik» ni del maniqueísmo connatural a la acción política.

Es factible que estos procesos avancen positivamente, particularmente por dos hechos negativos: los vacíos que va

dejando de manera creciente el agotamiento de la política y del discurso neoliberal y, a su vez, del propio agotamiento y hasta frustración a la que va induciendo la figura «neosocialista» predominante en los últimos años. 



# ¿HACIA DONDE VA EL SOCIALISMO?

OSCAR GUILLERMO GARRETON

Cuando se acercaron Martín Costabal junto a Rodolfo Menéndez y a Pancho Matte para solicitarme este tema, debo advertir que intenté infructuosamente cambiar el título y contenido de mi exposición.

Fueron implacables. Aceptaban que cambiara el contenido, pero el título no, porque lo estimaban «marketero» o «tema ancla».

Hago esta advertencia para deslindar toda responsabilidad con las expectativas que se hayan creado. Y esto por dos razones:

La primera es que -si damos un enfoque más de largo plazo al tema- la pertenencia al socialismo es hoy más una identidad histórica que un proyecto nítido y común. Todos sabemos de donde venimos, pero nadie sabe muy claro en que dirección va ni menos adónde terminará. Mi único consuelo es, como veremos, que creo ése es un problema de la humanidad y no sólo de los socialistas (pero ése es un consuelo de tontos, dicen).

La segunda, es que -si se da un enfoque de coyuntura al tema, centrado en los próximos 4 años- yo no creo ser el mejor representante, ni nadie me ha autorizado para exponer en representación del Partido Socialista. Yo estoy dedicado a la actividad empresarial y, como muchos otras personas del sector privado, puedo tener ideas o militancia política, pero no estoy por confundir planos.

Por eso, todo lo que diga es estrictamente de mi

responsabilidad. No represento a nadie más que a mí mismo (y eso, por ahora), aunque tengo la impresión de que muchos pueden compartir estas reflexiones.

I.- Estoy convencido que vivimos un cambio de época. Quizás el más vertiginoso y descomunal que haya vivido la humanidad, abarcando una radical mutación de las ideologías, de los modelos económicos, de los comportamientos éticos, e incluso de conceptos claves como Estado, nación, trabajo, clase, familia, progreso, caos, etc. Todo aquel que no lo entienda -sea persona, empresa, partido político o gobernante- correrá serios riesgos de tropezar y caer.

Si algo puedo reivindicar del llamado «socialismo renovado», es

que inició el camino de repensar y reponerse, desde 12 años antes de la caída del Muro de Berlín y 8 años antes de la asunción de M. Gorbachov.

Por eso, pienso que mi mejor contribución a Uds. y al diálogo entre nosotros es hablar de ese mundo nuevo que se nos viene encima y que, ciegos, a veces no vemos.

El mundo -durante casi todo el siglo XX- estuvo organizado en torno a proyectos e ideologías provenientes del siglo XIX. Esa realidad ordenó y explicó las principales dinámicas, convulsiones, confrontaciones e incomunicaciones de este siglo. Hoy esos proyectos, que sustentaron la organización

**Cuando un muro cae, no desaparecen sólo los límites de un lado de ese terreno o territorio, sino de los dos lados que ese muro separaba.**

del mundo, viven su agonía terminal y con ellos mueren también las organizaciones que generaron.

No es sólo el marxismo o la sociedad comunista lo que se derrumba. Cuando un muro cae, no desaparecen sólo los límites de un lado de ese terreno o territorio, sino de los dos lados que ese muro separaba, creando nuevos espacios comunes y otras fronteras. O dicho en otra imagen más alusiva a los proyectos y convicciones, si alguien deja de creer en Dios es difícil que siga creyendo en el Diablo, que es su antítesis. Los proyectos que organizaron el mundo en las primeras 9 décadas de este siglo se nutrían de la abominación de su contrario y dejan de existir juntos con la desaparición de cualquiera de ellos. Por eso que tiene poco sentido definirse hoy por trincheras o campos de batalla que dejaron de existir.

Quizás por no entenderlo así, el derrumbe de las sociedades comunistas trajo inicialmente una ola de optimismo en el resto del mundo. Se proclamó el triunfo del mercado libre, las bolsas reflejaban alzas, los líderes mundiales de occidente subían velozmente en las encuestas, los pueblos del oriente europeo se abrazaban por la llegada al paraíso occidental. En tanto un señor Fujuyama pronosticaba el fin de la historia.

Hoy, a sólo 4 años de la caída del Muro de Berlín, el cuadro y las expectativas son muy diferentes. Las odas al mercado libre son reemplazadas por la consolidación de mercados regionales y por fuertes vientos proteccionistas. El desmembramiento de países cambió el mapa político y todo indica que el proceso no ha terminado. En Europa, Japón y EE.UU. se habla de recesión, lento crecimiento, ajustes, reconversión, aumento de impuestos, etc., mientras recrudecen las disputas por los subsidios en el GATT. Algunos de los líderes mundiales hasta hace poco populares ya han sido derrotados -como Bush y

Mitterrand-, mientras otro tanto amenaza a Kohl y a Major, sin hablar del desplome institucional que sufre Italia, o del salvajismo de la guerra en la ex Yugoslavia. En tanto, las incertidumbres del futuro exacerbaban nacionalismos, xenofobias y conservadurismos diversos.

Valgan como anécdotas de nuevos tiempos las siguientes:

El PDS italiano -partido de los poderosos ex comunistas de ese país- es reconocido como el partido «americanista». Su conclusión es que EE.UU. representa la principal fuerza progresista del mundo, defensora de la democracia en todas las latitudes y de posiciones más liberales frente a la marea conservadora europea. ¿Qué diría de esto un general de la OTAN?

Por su parte, el gobierno liberal de Balladur en Francia, que derrotó al socialista Mitterrand, encabeza las posiciones más proteccionistas de la Comunidad Económica Europea y yo pude escuchar a uno de sus ministros argumentando que no podían seguir aceptando tan tranquilos productos del Tercer Mundo que eran más baratos porque su precio se basaba en la más brutal

explotación de los trabajadores de esos países. Por otro lado, ustedes saben, la economía de mercado que más crece en los últimos años es... China comunista. ¿En este cuadro, como podría responder la pregunta que titula esta charla?

No es uno de los contrincantes de las luchas del siglo XX el que triunfó y hoy construye sobre su victoria. Esa lucha desapareció. Hoy son otros los desafíos.

Es cierto que a nivel de la empresa, el mercado ha triunfado sobre el modelo comunista. Se demostró más eficaz y eficiente como instrumento de progreso económico. Asimismo, por largo tiempo, nadie pretenderá reemplazar la propiedad privada por una

**El PDS italiano -partido de los poderosos ex comunistas de ese país- es reconocido como el partido «americanista». Su conclusión es que EE.UU. representa la principal fuerza progresista del mundo.**

colectiva. Pero, si con esas solas convicciones, alguien se lanza a la competencia del siglo XXI, pagará cara su ingenuidad o sus anteojerías ideológicas.

El mundo no es un gran mercado unificado, libre y en competencia perfecta.

En parte más importante que antes, es economía de mercado. Pero también es la consolidación de grandes mercados regionales que -vía acuerdos entre Estados- comienzan a levantar sus propios muros en Europa, América y Asia.

Asimismo, surgen inéditos acuerdos interestatales de alcance planetario para enfrentar problemas de sensibilidad nueva como los medio ambientales. De allí los acuerdos en Canadá para regular drásticamente el mercado de los «spray» que utilizan derivados del flúor, en vistas a proteger la capa de ozono.

En otras palabras, la empresa del siglo XXI emerge en un mundo donde su organización e incluso el proyecto necesario para fundarla, están recién en proceso de gestación. Conocemos bien lo que fue derrotado, no así lo que viene.

En este cuadro, entre las cosas por hacer, resulta vital para nuestras empresas -dada la marginalidad de Chile respecto a los grandes centros de decisión- una política nacional que defienda consistentemente la apertura de mercados y el rechazo a las medidas proteccionistas, mientras simultáneamente se busca la inserción de Chile en los grandes mercados regionales del hemisferio norte -como el NAFTA-, que serán los espacios reales de la economía mundial, y se trabajan acuerdos bilaterales, especialmente en América Latina, donde hemos demostrado capacidad empresaria.

EE.UU. o Francia pueden ser proteccionistas. Para Chile, un país pequeño, volcado a la economía exterior, el proteccionismo no es opción. Es una amenaza.

No son sólo tiempos de dinamismo empresario, sino también de la indispensable asociación del Estado chileno a una consistente política económica exterior de toda la nación.

Asimismo, desde el punto de vista de las empresas, el desarrollo de vínculos estables -joint ventures, inversión cruzada, etc., con otras situadas en mercados estratégicos para ellas, aparece como una medida indispensable. Para nosotros -extranjeros a los grandes centros de decisión- es más vital el nuevo concepto de «empresa - relación» basada en una red nacional e internacional de alianzas estratégicas y flexibles.

¿Es esto socialismo o capitalismo? No lo sé. Más aún, ¿tiene sentido preguntárselo? Interesa sólo si me convence o no.

**EE.UU. o Francia pueden ser proteccionistas. Para Chile, un país pequeño, volcado a la economía exterior, el proteccionismo no es opción. Es una amenaza.**

II.- Uno de los temas que interesa es el nuevo rol del Estado y la necesidad de consensos o proyectos nacionales. Las que compiten hoy son empresas competitivas ubicadas en países competitivos. Una empresa competitiva radicada en un país colapsado -sin una economía sana, políticas serias, personal bien capacitado, infraestructura adecuada, mercado de capitales, buenas

telecomunicaciones- no tiene nada que hacer.

Un estudio del Banco Mundial (D. Leipziger y V. Thomas, «An Overview of East Asian Experience. 1993), muy citado en la última ENADE, trae un análisis de los principales factores de crecimiento en economías recientemente industrializadas del sudeste asiático (Corea, Taiwán, Singapur, Hong-Kong, Tailandia, Malasia e Indonesia). Luego de analizar factores ligados al patrimonio de esos países, a la políticas de sus gobiernos, a sus instituciones y compararlos con sus tasas de crecimiento -que han venido siendo en promedio del orden del 8% anual-, se ha concluido que los factores más determinantes, comunes a todos ellos, han sido: la estabilidad

macroeconómica, la inversión en recursos humanos, la apertura al exterior. una burocracia estatal altamente profesional y no corrupta, así como la estabilidad política.

Como pueden ver, son factores de competitividad/ país en que todos -individuos, empresas y Estado- tienen algo que hacer y decir. Nadie se basta solo: se trata de un esfuerzo nacional.

El debate actual no puede ser de Estado vs mercado. Es entre el Estado y la sociedad a que se debe.

III.- En otras palabras, el Estado de hoy y de mañana tiene cada vez menos que ver con el Estado que conocieron Carlos Marx, Taylor, Fayol y otros.

La metamorfosis del Estado es un problema universal e histórico. No es sólo una cuestión nacional o de simple modernización. Esto tiene varias razones, entre las que destacan:

Nuestras sociedades son cada día más complejas, menos uniformes y, por tanto, lo colectivo es cada vez más difícil de organizar, de regular, e incluso de definir. Este no es un problema técnico o de informática: es un problema cultural. Inciden en esto las nuevas formas de organización del trabajo, de desarrollo de las telecomunicaciones, de la economía de mercado, de focalización en el individuo antes que en la gestión masiva o en la «gesta» masiva.

Otra causa de la crisis es el desarrollo de las libertades y la visibilidad. El mundo es más libre y todos o muchos, más que antes, tienen posibilidad de conocer más cosas o tener más información. Y gente más libre tiene menor propensión que antes a recibir ordenes jerárquicas o a subordinarse a verdades oficiales.

Asimismo, hay mayor capacidad individual y colectiva para saber los efectos de las acciones que se realizan. Antes, decisiones «populares», capaces de

demoler el futuro de la gente y del país, eran posibles de adoptar sin que nadie se diera cuenta siquiera; mientras las oposiciones eran descalificadas esgrimiendo antagonismos ideológicos hoy diluidos. Los mismos que se sirven de los medios y aparecen habitualmente en ellos, son más vulnerables que antes: sin los medios actuales, Nixon no tendría su Watergate, ni Sadam Hussein su guerra presente al instante en la TV de los hogares del mundo. Cada vez más gente tiene la posibilidad de optar en qué medios se informa -vivimos el fin de la «prensa oficial» única y masiva-, en tanto las telecomunicaciones llevarán en 5 años esto a límites insospechables para muchos.

Por si fuera poco, la crisis del comunismo puso automáticamente en crisis terminal el pensamiento estatista. El Estado no tiene la sacralidad anterior y por ende su autoridad cultural es extendidamente reemplazada por el sometimiento más o menos resignado a sus leyes, cuestión siempre odiosa o al menos discutida, aunque sea aceptada.

Asimismo, ha terminado la época de la sociedad industrial, en

que buena parte de la población estaba sujeta a tareas repetitivas, ordenadas en torno a la hegemonía de la máquina de producción manufacturera, con modelos simples y universales de gestión basados en la maquinización del trabajo humano (Fayol y Taylor). Hoy el motor se traslada a la industria de los servicios (informática, telecomunicaciones, etc.) y el centro pasa a ser el capital humano, su capacidad empresaria, su creatividad, su educación y, sobre todo... su particularidad como persona.

El Estado reglamentador y redistribuidor -gran padre benefactor y clave de poder político- tenía sin duda más probabilidades de ser exitoso en una sociedad dominada por la standarización de trabajos

**Gente más libre  
tiene menor  
propensión que  
antes a recibir  
ordenes jerárquicas  
o a subordinarse a  
verdades oficiales.**

y productos (de productores y consumidores) y por el control oligárquico de informaciones y poderes en manos exclusivas del factor capital. En la actual sociedad de la diversificación, de la democratización universal y de la empresa particularizada, del volcamiento a su majestad el cliente individual, de la información liberada y crecientemente personificada, se extiende el poder cultural y económico del factor humano. En la sociedad que se viene abriendo, un Estado que decide por todos, que cuida de todos, que impone la decisión colectiva, que se siente depositario de un impreciso «interés nacional», se hace cada vez más inviable.

Por último, el Estado-nación se muestra crecientemente insuficiente para dar cuenta de la economía cada vez más mundializada de nuestra «aldea global».

Cuando se observan las dificultades de los 7 Grandes en sus intentos por manejar las crisis, en tanto, gracias a las telecomunicaciones, los mercados de capital mueven a escala planetaria cifras varias veces superiores a las del comercio internacional, o empresas europeas y americanas llevan su contabilidad en la India o Irlanda, no se necesita explicar esto demasiado.

En otras palabras, pareciera que el «Estado poder gobernante» está acabado.

La pertenencia cotidiana es cada vez más a espacios menores, más asibles que el Estado-nación (la región, el barrio, el club, el gremio, la empresa, etc.), mientras los costos del Estado benefactor son insostenibles aún en la hipótesis dudosa de que la sociedad quiera pagarlos.

Más aún, pareciera que el propio «Estado benefactor» de las democracias de postguerra ha entrado en bancarota.

El FMI («El País», 24/09/93) entregó un estudio

elocuente sobre esta situación. Señala que antes de 20 años los pensionistas o jubilados superarán el 53% de la población en edad de trabajar en Canadá y sitúa las necesidades netas de recursos del Estado canadiense para cubrir esos compromisos en el 250% de su Producto Interno Bruto (PIB).

Otros países desarrollados dan un resultado similar, según el FMI: Francia (216%), Italia (233%), Japón (200%), Reino Unido (186%) y Alemania (160%). En tanto en EE.UU., con sistemas complementarios de capitalización y pensiones privadas, enfrenta necesidades de sólo un 43% de su PIB.

Por eso, más allá de la discusión sobre «más o menos Estado» o sobre su «modernización», se trata de un Estado obligado a actuar distinto porque tiene una misión diferente: transferir y potenciar oportunidades a los miembros de la sociedad a que se debe.

Además, el Estado será cada vez más pequeño en relación a la economía, independiente de sus facultades y roles.

Todo indica que es altamente polémico aumentar la dotación, los presupuestos o las atribuciones de sus instituciones, cuando las tendencias culturales apuntan en sentido contrario. Mientras, la economía chilena continúa creciendo a ritmos entre 5% y 6% anual, en tanto el propio Estado genera año en año, con su acción social, nuevos contingentes cuya sobrevivencia no dependerá de él.

En ese cuadro, la modernización y perfil económico del país tenderá crecientemente a pasar más por el quehacer de las empresas que por aquél del Estado.

Como ya dijimos, ésta además no es una realidad sólo socio-económica, ni estadística. El fenómeno es más amplio, es cultural. Es el privilegio en la vida

**Se trata de un Estado obligado a actuar distinto porque tiene una misión diferente: transferir y potenciar oportunidades a los miembros de la sociedad a que se debe.**

cotidiana a las pertenencias regionales, locales, grupales, barriales u otras por encima de las nacionales, precisamente porque las confrontaciones ideológicas o políticas han perdido dramatismo y significado para la vida cotidiana. Es la segmentación de culturas derivada de la diversidad de las sociedades. Es la desestatización cultural y la revolución de las telecomunicaciones que crecientemente segmenta los mercados hasta el nivel de cada individuo. Es el arte transformado en producto de consumo extendido y la estética convertida en dimensión de la vida de todos, liberando así a arte, artistas y creadores del mecenazgo y el control estatal. Son, por último, conceptos como «atención personalizada», «volcamiento al cliente» y otros - apoyados por la revolución tecnológica - que proveen a cada vez más individuos de grados antes unimaginables de libertad para elegir, disponibles sin necesidad de adherir o adherirse a pertenencias más amplias que aquéllas de su entorno más vital.

Al Estado lo achica la historia humana, no el neoliberalismo. Quien opte por concentrar su acción y atención sólo en el Estado, estará optando por achicar su gravitación en la vida económica, social y cultural del país.

Pero más aún. El Estado va dejando de ser EL PODER POLITICO, cuyo control desvelaba a conservadores y revolucionarios. Optar por el Estado no es sólo optar por algo que se achica en influencia, en la vida interna de las sociedades: progresivamente, sólo es capaz de reproducir lo existente en ellas, decreciendo su rol transformador.

El problema es que aquella parte de la clase política - sea de derecha, centro o izquierda - que mira con anteojeras sólo hacia el Estado, tendrá siempre dificultad para reconocerlo y también pánico a todo aquello que amenace su tamaño y atribuciones, porque finalmente el poder del Estado es su poder, o más

bien su única expectativa de poder. Y esto nada tiene que ver con el «Estado solidario», que seguirá teniendo sus tareas, pero crecientemente orientadas a dotar a la gente para actuar en la sociedad y no eternamente amparada por el Estado.

IV.- Hay un cuarto comentario que quiero hacer para insistir que el mundo emergente no tiene que ver con las trincheras de ayer

Así como el triunfo ideológico del mercado sobre la planificación marxista ha pasado a ser una conclusión de la humanidad, también en el último tiempo ha pasado a ser un lugar común señalar que el principal factor de competitividad de una empresa y de un país está en su personal, en su «capital humano».

Pensadores de las más diversas escuelas y pensamientos coinciden en situar aquí una clave central de la competitividad. Es quizás otro signo de tiempos nuevos. Esta reflexión tiene raíces mayores en la tradición socialista, que en la capitalista. Más aún, hace un tiempo esta afirmación habría sido sospechosa por socializante o anticapitalista.

Sin embargo, esta conclusión tiene implicancias de enorme trascendencia, que a veces escapan a muchos ejecutivos que se consideran modernos. Esto supone cambios culturales profundos. Más en un país como el nuestro, donde durante largos años se identificó eficiencia con autoritarismo. En el mundo de hoy una empresa autoritaria no es viable: es estratégicamente no competitiva, desperdicia su capital principal. Y ese cambio cultural no es fácil ni rápido. Requiere, sobre todo, que el cambio sea creído, iniciado e impulsado por la cabeza de la empresa.

Esta centralidad en el recurso humano me lleva a otra reflexión.

**En el mundo de hoy una empresa autoritaria no es viable: es estratégicamente no competitiva, desperdicia su capital principal.**

Cuando se define al capital o la máquina como el factor determinante de la competitividad, obviamente es este factor el que regula el diseño de la empresa. Y en ese sentido, la universalidad de la maquinaria deriva en visiones universales de la «empresa eficiente», simplemente incrustada en realidades diversas.

Sin embargo, cuando la centralidad está en las personas, la universalidad del capital pasa a ser accesoria y las lecciones de empresas de otras latitudes, un antecedente interesante, pero no calcable. La organización empresarial se transforma en una creación original ajena a todo calco o copia, vinculada a identidades locales particulares, incluso mucho más precisa que una mera identidad nacional.

Paradójicamente, entonces, en un período de «achicamiento» del mundo y de creciente homogeneización cultural vía medios de comunicación, la empresa -organización del capital humano- pasa a ser específica. Todas las lecciones y todas las creaciones de otros son importantes y potencialmente asimilables, pero crear una empresa centrada en su gente se transforma en una realización tan exclusiva como la obra de un artista. Ese es un desafío de perfil para los capitanes de empresa.

V.- Y permítanme un comentario que aunque les parezca raro, es atingente. Las telecomunicaciones son factor central del mundo que viene. Quien no las integra a su reflexión y a su actuar, está a 5 años de quedar «out».

La «aldea global» no viene de que el mundo se encogió, sino de las telecomunicaciones. Ellas son el principal motor económico y tecnológico del mundo. Las telecomunicaciones, la informática, la TV por cable y la industria del software o de la entretención

se han fundido. En los próximos años alterarán toda la vida humana, como ya la vienen alterando. Son no sólo el vehículo de la economía mundial, sino la clave de la revolución laboral, urbanística, educacional y cultural que ya ha sido detonada y cambiará la vida humana antes de diez años.

VI.- Este punto anterior me remite quizás a lo central que quería decirles. Tengo la impresión que, más allá de las dificultades y los reflujos históricos, la tendencia secular en el desarrollo de la humanidad apunta hacia la creación de mayores espacios de libertad y soberanía de las personas.

Lo importante es que ello no proviene de la «bondad» de determinadas personas, aunque si existe estoy por valorarla. Si se produjo es porque, paradójicamente, el avance tecnológico, económico y cultural, hacen bueno, rentable y valorado, centrar la acción en las personas y su felicidad.

Y que se me entienda bien por favor, no estoy haciendo abominación del Estado. Creo haber explicado que tiene roles importantes y también pienso que

hay áreas donde son importantes las regulaciones, siempre que sean a título de excepción.

Lo que quiero decir es más bien lo siguiente:

Es la búsqueda del consumidor que lleva a reducir progresivamente el «grupo homogéneo» del marketing, hasta llegar a la atención individualizada, basada en la calidad total (TQM).

Es la búsqueda del consumidor, que llevó a la preocupación por el productor, o sea, el trabajador, cuya máxima expresión es el empresario (no el capitalista).

Es la búsqueda de la competitividad de la empresa que lleva a entender que hay una competitividad/país que debe ser preocupación de todos, abriendo camino

**Cuando la centralidad está en las personas, la universalidad del capital pasa a ser accesoria y las lecciones de empresas de otras latitudes, un antecedente interesante, pero no calcable.**

a consensos sobre temas polémicos como los medioambientales, la educación, la PYME, etc.

Es la búsqueda de entender a consumidores, productores y naciones, que hizo obsesiva la preocupación por los seres humanos y sus conductas, aunque más no fuera por interés y no por humanismo.

Es el despliegue de la economía mundial, que libera cada vez a más personas de la dependencia estatal o de la ansiedad cotidiana por la sobrevivencia, permitiéndoles mirar más allá.

El mundo que está terminando se nutrió de tres grandes vertientes culturales con muchos vasos comunicantes entre sí: la cristiana, la liberal y la socialista. Cada una aportó su cuota a las grandezas y miserias de esa fase histórica.


Yo no creo que sirva demasiado para pensar el futuro, seguir proclamando en qué trinchera del pasado cada uno nos encontrábamos.

Pero quisiera hacerles una invitación final, porque jamás el futuro parte de cero o de la demolición del pasado. Siempre el futuro se gesta en el vientre de la historia y el cambio real siempre es gradual, reformista, no cataclísmico o revolucionario. Creo que es indispensable un diálogo abierto y directo

sobre el futuro, entre todos los actores o herederos de esas culturas. Así, creo que las vertientes liberal y socialista tienen espacios amplios de diálogo sin necesidad de intermediario. Así se ha constatado en estos últimos 4 años.

Preveo que en la empresa, en todo el arco político y en casi cualquier actividad, hay un debate larvado entre conservadores y progresistas; entre regu-

lacionistas, censuradores e inquisidores por un lado y defensores de libertades por otra; entre los que viven anclados en la nostalgia por sus respectivos pasados y aquellos que gustan mirar hacia adelante. Yo me inscribo en entre estos últimos y he constatado que, puestos en la tarea de entender el futuro y ojalá de inventarlo o anticiparlo, encuentro coincidencias o discrepancias hasta hace poco insospechadas.

En definitiva, lamento no responder a la pregunta hecha. Si lo hiciera, habrían peregrinaciones internacionales para escuchar a tan exclusivo gurú. Más bien los invitaría a buscar entre todos hacia dónde vamos. Finalizando con lo que comencé: no se puede indicar hacia dónde uno va desde una definición que sólo nos dice de dónde venimos. 

**Siempre el futuro se gesta en el vientre de la historia y el cambio real siempre es gradual, reformista, no cataclísmico o revolucionario.**



# CUATRO AFIRMACIONES SOBRE TECNOLOGIA, DEMOCRACIA Y SOCIALISMO

JUAN RUZ

Entre los ejes posibles para situar la discusión, el de la democracia nos parece ser uno de los más desafiantes para la construcción de una política socialista.

## PRIMERA AFIRMACION:

La confluencia entre el modelo económico neoliberal, por un lado, y el extraordinario desarrollo tecnológico, por el otro, constituyen, hoy día, la principal amenaza a la democracia.

Como se sabe, las políticas neoliberales arrastran consigo una «altísima concentración del poder en manos privadas», instalan una concepción de liberalización de las atribuciones y derechos para los privados y, al mismo tiempo, neutralizan (o vuelven impotente) la capacidad del Estado para actuar en representación de los intereses generales de la sociedad.

El desarrollo de estas políticas trae consigo, según Antonio Cortés Terzi, una creciente formalización de la democracia. Formalización que podemos observar prácticamente en todas las democracias occidentales, bajo la forma de «poderes paralelos» o de «zonas oscuras», en que la toma de decisiones y el ejercicio de la soberanía por parte de los ciudadanos carecen de incidencia real.

La formalización de la democracia viene hoy exigida por el factor más incidente y determinante en nuestra forma de vida: el progreso técnico.

La mayor incidencia del progreso técnico en la formalización de la democracia ocurre con arreglo a los siguientes aspectos:

1. El saber científico-técnico se ha desgajado del

resto de la cultura y se ha constituido en un subsistema que se desarrolla y circula con independencia de las culturas.

2. El saber científico-técnico se ha vuelto hoy la fuerza productiva principal y, por consiguiente, la fuente principal de ganancia.

3. El saber científico-técnico acoplado a la industria, al Estado y particularmente a las FF.AA., ha dado lugar a un complejo «ciencia-industria-Estado» capaz de administrar el modo social de vida en casi todas las sociedades con ciertos niveles de desarrollo. Y, además, lo hace con cierta eficiencia y eficacia.

4. La racionalidad propia del mundo técnico cubre progresivamente cada vez más espacios del mundo práctico-moral: la política, la vida cotidiana, las relaciones familiares, el ocio, el espacio comunicacional, etc. Esta racionalidad se ha vuelto la racionalidad característica de un modo de vida que podemos llamar «modo tecnocrático de vida social».

5. El modo tecnocrático de vida social no necesita de la participación democrática de las masas, ni busca acuerdos consensualmente establecidos. Puede decidir lo que es más conveniente para todos según sus propios criterios y, de esta manera, perjudica a la democracia en sus propios fundamentos.

Como se puede apreciar, la formalización de la

**El modo tecnocrático de vida social no necesita de la participación democrática de las masas, ni busca acuerdos consensualmente establecidos.**

democracia viene exigida y empujada por el ejercicio tecnocratizado del saber instalado en las techno-estructuras del poder.

## SEGUNDA AFIRMACION:

Una propuesta socialista consistente debiera orientarse hacia la profundización y ampliación de la democracia como el mejor camino para garantizar la equidad. La Propuesta CEPAL de «crecimiento con equidad» no es imposible, pero es difícil y riesgosa si se concibe a la equidad como mero adjetivo del progreso.

### 1.- Consideraciones Básicas

1.1. La modernización de la sociedad chilena es un proyecto vigente y en lo fundamental pendiente, que se puede sintetizar en la feliz expresión de «progreso y equidad» o «progreso técnico en democracia». Estas expresiones se refieren a la articulación entre el «progreso técnico», de orden instrumental, con la equidad, de orden valórico, de una ciudadanía moderna.

1.2. El progreso técnico, tal como lo conocemos en las sociedades occidentales, está especificado mediante ciertos indicadores de «progreso» que, en lo esencial, refieren al inventario de bienes y servicios con que cuenta una determinada sociedad o región y a su nivel de incorporación de conocimiento científico y tecnológico.

El progreso técnico, con una fundamentación científicamente racionalizada, se ha convertido en el eje mayor de la modernidad, en la exacta medida en que nos ha aportado bienes y servicios para el bienestar y confort en la vida social. Sin embargo, junto a los citados beneficios, nos ha conducido a una serie de consecuencias prácticas, no menos importantes en términos de polución del medio ambiente, stress y

alineaciones en las formas de vida social.

1.3. La democracia también forma parte integralmente del proyecto de la modernidad. Pero responde a una lógica distinta del progreso técnico. La democracia, en cuanto convivencia democrática y régimen político, tiene que ver con una cuestión esencialmente práctica, la cual se refiere al acuerdo o consenso de cómo quieren y pueden vivir los hombres, contando con la capacidad técnica de que se dispone. No cabe dudas, hay que contar en la convivencia y ejercicio de la democracia con una exigencia de consenso.

### 2.- Las dos series categoriales

**Una propuesta socialista consistente debiera orientarse hacia la profundización y ampliación de la democracia como el mejor camino para garantizar la equidad.**

La articulación de dos lógicas o series categoriales para una comprensión de la modernidad es producto de una feliz coincidencia en el campo de la teoría, particularmente en el de la filosofía. En ella participan tres grandes autores de nuestra época: Martín Heidegger, G. H. Von Wright y Jürgen Habermas.

Heidegger propone distinguir la presencia de dos figuras de pensar: el pensar calculador y el pensar reflexivo. El primero consiste en un mero contar o calcular: «...cuando planeamos, investigamos o montamos una empresa, contamos siempre con determinadas circunstancias. Esas circunstancias las tomamos en cuenta partiendo de la calculada intención hacia determinados fines. Operamos anticipadamente con determinados éxitos». En cambio, el pensar reflexivo es un pensamiento que medita «sobre el sentido que impera en todo cuanto existe».

La distinción entre el pensar calculador y el pensar reflexivo puede ser complementada y potenciada con la distinción entre dos figuras de la racionalidad: lo racional y lo razonable. Esta distin-

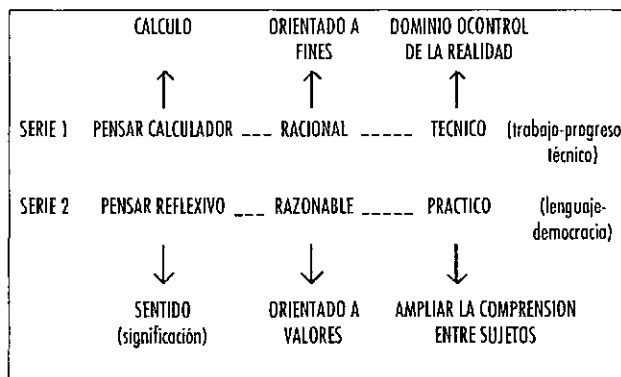
ción la debemos a G. H. Von Wright, quien ha terciado fecundamente en la discusión sobre los problemas de racionalidad, tan presentes en el debate sobre la modernidad.

En términos del autor, «la racionalidad cuando se la contrapone a la razonabilidad está orientada hacia fines. Los juicios de razonabilidad, en cambio, se orientan hacia valores. Atañen a la forma de vivir, con aquello que es bueno o malo para el hombre». Claro está que lo razonable es también racional, pero, lo meramente racional no siempre es razonable.

La distinción entre pensar calculador y pensar reflexivo y la distinción entre lo racional y lo razonable pueden ser complementadas y ampliadas con la distinción de Habermas entre lo técnico y lo práctico. Lo técnico se orienta hacia el control o dominio de la realidad y ordena constantes tales como el rendimiento en el trabajo, las tácticas y las estrategias y el tipo de decisiones que son racionales en relación a fines. En cambio, lo práctico se orienta a establecer y ampliar la comprensión entre los sujetos y ordena constantes tales como la sujeción a normas en la vida social y familiar, la convivencia democrática, la educación, etc. Los espacios de lo técnico y lo práctico se sujetan, pues, a dos lógicas distintas, una monológica y otra dialógica, respectivamente.

Las tres distinciones referidas anteriormente pueden ser organizadas horizontalmente en dos series categoriales mayores, obteniendo así una correlación entre una figura del pensar, un tipo de racionalidad y una actitud determinada frente al mundo.

Estas dos series categoriales son distintas, pero complementarias. Ellas pueden ser representadas transversalmente del siguiente modo:



### 3.- Fecundidad de la distinción

La pregunta clave que hay que formularse a propósito de la aplicación de estas dos series es la siguiente: ¿cuánto de progreso técnico y cuánto de democracia requiere la modernización de la sociedad chilena? o, si se prefiere, cómo combinamos las exigencias del cálculo instrumental y técnico con las exigencias propias de las propuestas socialistas por una sociedad justa, libre y solidaria.

Esta pregunta es válida para enfrentar la modernización del Estado. Pero también, y más específicamente, para enfrentar el desarrollo de la educación, la vida familiar, la empresa, etc. El mayor riesgo reside en la confusión de que el crecimiento económico y el progreso conllevan en sí mismos una vida buena y justa, en circunstancias de que ésta es justamente la tarea re-equilibradora del progreso técnico y que corresponde a la vía de la ampliación y profundización de la democracia.

#### TERCERA AFIRMACION:

El ejercicio de una ciudadanía moderna impone a la democracia una fuerte exigencia de carácter formativo: la educación de los ciudadanos.

**El ejercicio de una ciudadanía moderna impone a la democracia una fuerte exigencia de carácter formativo: la educación de los ciudadanos.**

Tal como sabemos, el funcionamiento de los ideales de la democracia y libertad en nuestra civilización reposa en los siguientes supuestos:

1.- Que el ciudadano común y corriente esté en condiciones de formarse, con independencia, una opinión sobre los asuntos de orden público.

2.- Que el ciudadano pueda examinar las consecuencias de sus propias obligaciones y decisiones, de modo que pueda asumir con plena responsabilidad el ejercicio de sus libertades.

Cualquiera que analice estos supuestos con un mínimo de realismo, podrá advertir con preocupación que la democracia está amenazada por sus propios presupuestos, en la medida en que supone a ciudadanos capaces de contruir sus opiniones y sacar conclusiones con independencia de criterio, lo cual exige, a su vez, identificar y rechazar la manipulación de sus conciencias.

Además, es discutible que estas condiciones puedan ser satisfechas en sociedades cuyas decisiones son muy dependientes del conocimiento experto.

El funcionamiento de la democracia impone, entonces, hacerse cargo de la dimensión formativa, esto es, de la educación de los ciudadanos expresada como cuidado y desarrollo de la democracia.

La educación ciudadana tiene dos tareas fundamentales: una de orden informativo y otra de orden formativo. La primera es instrumental y concierne a la capacidad de hacer circular la información por todos los medios de que la sociedad y el Estado disponen. La segunda es motivacional y concierne al desarrollo de actitudes, valores y normas indispensables para el funcionamiento del sistema de gobierno y de la convivencia democrática en todos los ámbitos de la vida social.

#### CUARTA AFIRMACION:

En dos tradiciones teóricas distintas, la regla fundamental de la democracia, que la define como sistema de gobierno, y la definición de la misma como forma de convivencia social, coinciden en un aspecto decisivo: ambas suponen un espacio comunicacional abierto a la búsqueda del consenso.

Regla fundamental de la democracia:

«...que las decisiones deben ser tomadas con la máxima participación y consenso de aquellos a quienes las decisiones afectan» («La definición mínima de la democracia de N. Bobbio». A. Squella, La Epoca, 28/11/93).

**Lo característico y específico del régimen democrático tiene que ver con la forma en que se toman las decisiones, esto es, con la exigencia de participación y consenso.**

Definición de la democracia:

«...las formas institucionalmente aseguradas de una comunicación general y pública que se ocupa de las cuestiones prácticas: de cómo los hombres quieren y pueden convivir...» (J. Habermas, Ciencia y técnica como «ideología», Tecnos, p. 123, 1984).


La regla fundamental de Bobbio supone resuelta la cuestión de quién y cómo gobernar. Eso tiene que ser resuelto en cualquier forma de gobierno. Lo característico y específico del régimen democrático tiene que ver con la forma en que se toman las decisiones, esto es, con la exigencia de participación y consenso, sin lo cual no estamos frente a un régimen democrático.

Complementariamente, lo que Habermas busca como la definición misma de democracia es que ésta debe asegurar institucionalmente un espacio de discusión que permita a los hombres definir los fines últimos de la convivencia. Este espacio de discusión no puede ser restringido, sin atentar contra la democracia.

El problema reside, para ambos casos, en precisar

qué entendemos por consenso o acuerdo. Habitualmente, la búsqueda de consensos queda remitida al establecimiento de pactos. Pero los pactos no son consensos, porque éstos requieren ser establecidos argumentacionalmente; en cambio, aquéllos dependen de la fuerza o poder que representa cada una de las partes. Así ocurrió, por ejemplo, con el llamado «Acuerdo Marco» entre gobierno, empresarios y trabajadores, al comienzo del anterior

gobierno de la Concertación.

Además, cuando hablamos de consenso debemos suponer que el acuerdo establecido representa el interés común o general de los interlocutores, pues, si el interés en juego es privado y no general, no habrá acuerdo, argumentacionalmente establecido. Al menos, no en términos de acuerdo racionalmente fundado. Aunque sí pueda pasar como «acuerdo», ideológicamente justificado. 

# DECLARACION DE PRINCIPIOS

## EN LA INSCRIPCION LEGAL DEL PARTIDO SOCIALISTA (1990)

1. El socialismo es la más plena expresión de la democracia. En tal virtud, el Partido Socialista de Chile proclama su ineludible voluntad de contribuir siempre a la defensa y al constante perfeccionamiento de la democracia.
2. Los socialistas chilenos fundamentan la legitimidad de su vocación democrática en su histórica lucha por los derechos de su pueblo a la libertad y a la justicia y en sus contribuciones al desarrollo de la democracia política y social de nuestra patria. Desde la experiencia democratizadora de la República Socialista de junio de mil novecientos treinta y dos, pasando por su firmeza en la lucha contra las hordas nazis en la década del treinta, luego por su contribución al desarrollo progresista de Chile en el período del Frente Popular, por su compromiso en la lucha por el derecho a voto de la mujer y su perseverante batallar por el perfeccionamiento del sistema electoral, hasta su participación en el gobierno profundamente democrático del Presidente Salvador Allende y su incansable lucha contra la dictadura, son testimonios concluyentes que avalan ante la historia y el pueblo chileno la adhesión de los socialistas a los valores democráticos.
3. Para los socialistas de Chile, la unidad del socialismo y la democracia se funda en su permanente y suprema aspiración a lograr la igualdad y la libertad de todos los seres humanos, considerando ilegítimo sacrificar una en función de la otra. Por lo mismo, los socialistas luchan contra toda forma de opresión y hacen de la emancipación y de la igualdad de oportunidades de las mujeres y hombres de la tierra, sin exclusiones, el núcleo de su idea de libertad. Rechazan, en consecuencia, los comportamientos egoístas y excluyentes que la lógica del sistema capitalista impone a los seres humanos.
4. La democracia, para los socialistas, es el sistema político que debe asegurar la convivencia entre los diversos componentes de la sociedad e inducir, por tanto, al desarrollo de los valores de la solidaridad y de la participación ciudadana en todas las esferas de la vida social. Coherente con ello, el Partido Socialista de Chile lleva a cabo su acción política respetando a quienes disienten de su ideario, propugnando la resolución democrática de los conflictos de intereses ideas y rechazando la violencia como forma de imponer un determinado proyecto político. El régimen político democrático no es, por lo tanto, una simple forma de administración del orden existente sino la vía para su propia transformación, así como de la estructura de la propiedad en que descansa, con el propósito de abrirlo a la progresiva participación de los ciudadanos y las organizaciones sociales, políticas y culturales en todas las esferas de la vida nacional.

5. El Partido Socialista de Chile, en consecuencia, concibe la efectiva posibilidad histórica de la transformación del sistema capitalista vigente en tanto el proyecto socialista sea encarnado, asumido y respaldado por una amplia mayoría nacional, y no como la imposición de grupos minoritarios que pretendan arrogarse la potestad y la representación de la soberanía popular.
6. Como testimonio de su irreductible compromiso con los valores democráticos universales y con su aspiración a la justicia social y a la libertad de todos los seres humanos, el Partido Socialista de Chile hace suyos los procesos y aspiraciones de la Declaración Universal de Derechos Humanos.
7. En el Partido Socialista de Chile confluyen distintas expresiones del pensamiento emancipador y transformador del mundo contemporáneo, insertas todas en la matriz crítica de la sociedad capitalista. Es así que convergen en su seno el pensamiento marxista enriquecido y rectificado por todos los avances científicos y el devenir social, con las mejores tradiciones humanistas y con los valores solidarios y libertadores del mensaje cristiano.
8. En el escenario político nacional, el Partido Socialista de Chile aspira a ser un instrumento privilegiado de la lucha de los trabajadores, de todos los que sufren algún tipo de opresión y del pueblo chileno en su conjunto, por abrir paso a una sociedad basada en la solidaridad, en la justicia social, en la más profunda democratización de todas las esferas de la vida de nuestro país y orientada, en definitiva, a la más plena y libre realización del ser humano, es decir, a la construcción de una sociedad socialista en nuestra patria.
9. Como partido de los trabajadores manuales e intelectuales, el Partido Socialista de Chile asume el desafío de ser moderno, organizador y orientador de las luchas populares, fuerza audaz y renovadora capaz de ofrecer a Chile un proyecto nacional que convoque a los más diversos sectores de la sociedad que aspiran a un mundo más humano y solidario, de progreso y de paz.
10. En tanto que promotor de la organización del pueblo para su más efectiva participación e incidencia en el quehacer nacional, el Partido Socialista realza la importancia del protagonismo de las masas expresado desde la base, y rechaza las prácticas burocráticas, controladoras y manipuladoras de las organizaciones sociales, comprometiendo su respeto a la autonomía de dichas organizaciones para llevar a cabo las actividades que les son propias de la manera que soberanamente determinen. Asimismo, como instrumento de los cambios profundos, el Partido Socialista de Chile no puede ser ni se siente depositario único y exclusivo de los impulsos y la realización de las transformaciones sociales progresistas. Por el contrario, comparte ese rol con otros agentes e instrumentos de los cambios democratizadores.
11. Durante toda su existencia, como movimiento social y como fuerza política organizada, el socialismo chileno ha formado parte, desde una posición de autonomía, de la pluralidad del movimiento socialista mundial, el que en el curso de más de un siglo no sólo ha inspirado a cientos de millones de hombres y mujeres de todos los continentes, sino que también ha sido protagonista decisivo en el surgimiento

de nuevas naciones y fuerza gobernante en numerosos países, realizando un aporte fundamental al desarrollo de la cultura contemporánea. Haciendo pie en esa tradición y experiencia, la posición del Partido Socialista de Chile ante las realidades y problemas políticos, sociales, económicos y culturales del mundo actual se encuadra y define a partir de una concepción internacionalista y humanista, de su vocación por la paz y la democracia y de su compromiso latinoamericanista. Aspira ante todo a lograr la plena vigencia de la paz entre los pueblos y las naciones, al respeto de los derechos humanos en el mundo entero y a la democratización de las relaciones internacionales con el fin de cerrar la brecha que separa y antagoniza a los países ricos y poderosos de los pueblos débiles y pobres. El socialismo en especial, renueva su histórica convicción de que sólo a través de la solidaridad y de la creciente unidad latinoamericana, los países de nuestro continente podrán superar la condición de marginalidad y subordinación internacional en que han vivido hasta el presente.